

Mario Sáez Brown
Un
Poder Turbio



UN
PODER
TURBIO
MARIO SÁEZ BROWN

A mis tres estrellas, almas y
corazones por su gran apoyo incondicional. ¡Os quiero!

Título original: Un poder turbio

Autor: Mario Sáez Brown

Corrección: Rosina Iglesias

Portada: Mario Sáez Brown y Manuel Miranda Jiménez

Maquetación: Manuel Miranda Jimenez

I Edición

© de Mario Sáez Brown

Depósito Legal: CC-29-2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Eran las 07:00 am cuando sonó el despertador, y la pantalla marcaba treinta grados. La mañana de verano era bastante calurosa y la escasa brisa fresca que entraba por las ventanas, abiertas de par en par, se hacía de rogar. Dean se levantó más cansado de lo habitual, no solo por el calor sofocante que no lo dejaba dormir, sino también debido al cansancio que arrastraba desde hacía varios días por el estrés que llevaba acumulado en el cuerpo por culpa del exceso de trabajo. Estaba exhausto, física y mentalmente. Hasta cuando se iba a la cama, la mente no le dejaba descansar en paz. Afortunadamente, era un trabajo que realmente amaba; no le importaba en absoluto el cúmulo de papeles amontonados que tenía encima de su escritorio en el salón de casa; prácticamente todas las noches tenía trabajo extra con fecha de caducidad.

Como de costumbre, bien temprano por las mañanas, Dean se detuvo en el coffee shop de su barrio en Lower East Side para comprarse un delicioso *cappuccino* con canela y un cruasán tostado para llevárselo de camino al trabajo. Era la clase de hombre que pocas veces desayunaba en casa; no era el tipo de persona a la que le gusta estar en el interior de su vivienda mucho tiempo. A pesar de ello, vivía solo, le gustaba la soledad y la tranquilidad. Una vez pasado el rotundo cacheo de seguridad en la entrada del edificio, Dean se dirigió hacia el ascensor que le subiría al decimotercer piso, a su oficina. Claro que, antes de llegar, tenía que darles los buenos días a las hermosas secretarias por el pasillo.

Dean era un tipo muy atractivo, siempre se le veía muy arreglado y perfumado por las mañanas. Era su rutina diaria para empezar cada día con buen pie.

En la entrada del edificio trabajaban dos agentes de seguridad, Jack y Larry. Su horario era de 07:00 a 19:00 . Eran un equipo de diez agentes que se iban rotando los turnos, pero Jack y Larry eran fijos en los turnos de día, excepto vacaciones, asuntos propios, etc. La empresa se llamaba WEBIMP PLC 2000, y estaba situada en pleno centro de Manhattan. Era un edificio de 35 plantas, muy moderno, que fue construido hace quince años y es verdaderamente lujoso en su interior. Se podría decir que lo era más de lo habitual. Una vez cumplido el protocolo de seguridad, nos encontramos con un gran salón de espera junto a una recepción inmensa fabricada con una de las maderas más caras del mundo, la secuoya, una madera que existe en extensas plantaciones en territorio americano.

Era la mañana del viernes 21 de junio de 2002, exactamente las 10:00 en punto, cuando sonó el teléfono en la recepción. Sally, la secretaria administrativa, cogió el teléfono, pero esta vez no era una llamada cualquiera sino una interna, no como la que sueles ver todos los días en la pantallita. Era la extensión 01, la del jefe. En ese mismo instante, al escuchar el sonido del teléfono y sabiendo quién era, a Sally las décimas de segundo le parecieron más bien minutos. Se puso más nerviosa de lo normal y la razón era entendible: en todos los años que había estado trabajando para la empresa, nunca había llamado directamente el jefe, siempre lo había hecho a través de intermediarios, pero nunca él mismo.

—¡Buenos Días! Le atiende Sally. ¿En qué...

Antes de que pudiera terminar la frase, el jefe la interrumpió con una voz muy aguda que se oyó al otro lado del teléfono, una de esas voces cabreadísimas a las que uno no se querría enfrentar.

—Dígale a Larry, el agente de seguridad, que venga inmediatamente a mi despacho. ¿Está claro?

—¡Sí, señor, ahora mismo! —respondió Sally muy nerviosa.

Y en ese mismo instante colgó el teléfono. Sally fue corriendo a darle el recado al agente Larry. —El jefe quiere verte inmediatamente.

—¿Qué jefe? —preguntó Larry con una sonrisa en la cara.

—El gran jefe, y, por el tono de su voz, no parecía muy contento. Es mejor que vayas cuanto antes.

De repente, esa sonrisa en su rostro tan chulesca se derritió como un cubito de hielo bajo un fuerte sol. Su compañero Jack, que estaba al lado escuchando la conversación, no daba crédito a lo que acababa de ocurrir y se quedó perplejo y con la boca abierta. Como un rayo, Larry corrió a toda prisa hacia el ascensor. Una vez dentro, le dio al botón 35 para que se pusiese en marcha. Se le hacía eterna la trayectoria entre planta y planta. Su nerviosismo se iba acumulando más y más, le sudaba todo el cuerpo y se sentía cada vez más mareado. Al ver que el ascensor ya marcaba la planta 35, se tomó un profundo respiro y se dirigió hasta el fondo del pasillo, donde se veía una doble puerta gigante pintada en color de oro. Se acercó a la secretaria personal del jefe y le dijo: —¡Buenos días, Michelle!, vengo a ver al jefe.

Michelle miró a Larry fijamente, se quitó uno de sus pendientes, se acercó el teléfono a la oreja y llamó a su jefe. —¡Señor Crooley, Larry está aquí para verle!

—¡Hágalo pasar! —respondió Crooley en un tono muy cabreado.

Larry empujó la pesada puerta con nerviosismo y se quedó mirando fijamente a los ojos del señor Crooley, como si se hubiera quedado hipnotizado durante varios segundos.

—¡Pasa y siéntate! —dijo el señor Crooley.

Larry se sentó en una silla muy peculiar tapizada en cuero blanco y, muy atento, se concentró en lo que tenía que decirle su jefe. El señor Crooley se quedó mirando el rostro de Larry durante varios segundos y, de repente, se levantó, se dirigió hasta la mesita donde tenía sus preciadas botellas de alcohol y sirvió dos copas de *whisky* escocés con hielo. Dejó una copa enfrente de Larry y se sentó en su silla.

—¡Señor Crooley!, yo no bebo en horas de servicio.

—Cállate la puta boca y bebe, que lo vas a necesitar —respondió Crooley.

Larry seguía sin tocar su copa y empezaba a sentirse muy nervioso e incómodo por el comportamiento de su jefe, que no paraba de mirarlo atentamente con una mirada desafiante y sin decir ni una sola palabra. De pronto, Crooley se levantó de su silla y se acercó a la ventana con su copa de *whisky* escocés admirando las vistas desde lo más alto. Larry, inquieto, aunque dentro de sus pensamientos ya sabía lo que iba a suceder, no lo entendía. Crooley metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón, sacó unas llaves y se acercó a una estantería llena de libros. Al tocar uno de ellos, asegurándose de que Larry estaba a sus espaldas sin poder ver nada, la estantería se desplazó automáticamente 180 grados. Larry sostenía en ese momento una copa de *whisky* en la mano derecha y vio dos cajas fuertes, una encima de la otra. Crooley metió la llave en la caja fuerte de abajo, la abrió con una combinación numérica y, al hacerlo, a Larry se le quedó la cara blanca como la nieve, y del *shock* se le cayó la copa de *whisky* encima de la alfombra de piel de tigre blanco que cubría casi todo el suelo de su despacho.

Lo normal es que un agente de seguridad sepa siempre dónde están situadas todas las cámaras de vigilancia, pero no tenía ni idea de que el jefe tuviera sus propias cámaras secretas escondidas en su despacho.

—¿A qué viene esto, señor Crooley? —preguntó Larry.

—Creías que no me iba a enterar, ¿verdad? —El señor Crooley le puso en ese momento una

grabación de vídeo y ahí estaba Larry en el despacho de Crooley robando 55 000 dólares en efectivo que tenía guardados en un sobre en el cajón de su mesa.

Larry no podía creer lo que estaba presenciando en ese momento con sus propios ojos. Le empezaron a temblar las manos y, poco a poco, el resto del cuerpo de lo sorprendido que se quedó al ser pillado por el mismo jefe. Entonces, Larry le dijo: —Señor Crooley, esto pasó hace dos semanas; si usted lo sabía, ¿cómo es que no me denunció ante la Policía inmediatamente?

—Es muy simple, tengo mis razones. Yo mismo investigo a todo aquel que trabaja en mi empresa y sabía que tú no eras de fiar. Lo supe desde hace muchísimo tiempo.

—No lo entiendo. Si usted sospechaba de mí desde hace tanto tiempo, ¿por qué no hizo nada al respecto? —preguntó Larry.

—Por diferentes motivos que sabrás más adelante, pero todo a su debido tiempo.

—Señor Crooley, perdóneme por robarle el dinero; se lo devolveré inmediatamente.

—Ni hablar, ¡no lo quiero!

—¿Cómo?, ¿y eso por qué? —preguntó Larry muy sorprendido.

—Primero, porque he perdido toda la confianza puesta en ti y, segundo, porque me has robado, puto cabrón. Yo no soy policía, pero te voy a pedir que saques todo lo que tengas en los bolsillos y lo pongas encima de la mesa.

Larry no entendía nada, pero, sin rechistar, hizo lo que se le ordenaba. Se vació los bolsillos, lo puso todo encima de la mesa y dijo: —¿Qué es lo siguiente?

—Te voy a cachear para asegurarme de que no estás grabando esta conversación. ¿Estás de acuerdo con esto? —preguntó Crooley.

—Sí, no tengo ningún problema.

Una vez hecho el cacheo para asegurarse que no tenía nada sospechoso, Crooley le pidió a Larry que se volviera a sentar y le puso otra copa de *whisky*, ya que con el susto se le había caído la anterior. En cuanto Crooley le dio la copa a Larry, del miedo y nerviosismo que llevaba en el cuerpo, se bebió todo el *whisky* de un solo trago. Larry intuía que, en cuanto saliera del despacho, no iba a tener buenas sensaciones. Crooley se sentó en la silla y de repente se lo soltó. —Si quieres que vuelva a confiar en ti, tienes que hacerme un trabajo. Vas a darle una paliza a un tipo llamado Steven Bradley. Trabaja para mí como contable en la planta 28.

—¿Y si me niego? —preguntó Larry.

—Pues entonces ve preparando tu billete para ir a la cárcel, porque estarás allí una larga temporada. No te olvides de que tengo pruebas contundentes contra ti por robo, y no estamos hablando de poca cosa sino de 55 000 dólares. Cuando salgas de la cárcel, nadie te va a contratar como agente de seguridad otra vez, así que es mejor que te lo vayas pensando. Si te niegas y sales por esa puerta, podrás ir a la policía y contarles lo que te venga en gana, pero tú y yo sabemos que eso no va a suceder.

—Está bien, señor Crooley. Usted gana.

Al oír esa frase de Larry, el señor Crooley abrió uno de sus cajones, sacó un sobre de tamaño A4 y se lo entregó. En ese instante, lo abrió y sacó numerosas fotografías de Steven Bradley besando y abrazando a una mujer rubia de unos 35 o 40 años, además del expediente de empleo de Steven Bradley. En ese expediente Larry tenía los detalles suficientes para saber todo lo necesario sobre Steven.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Larry.

—Eso no es de tu incumbencia, solo límitate a hacer lo que yo te diga —respondió Crooley.

—¡De acuerdo! Cuando acabe este trabajo, estaremos en paz, ¿verdad?

—¡No exactamente! Los 55 000 dólares son un anticipo de tu primer trabajo, una vez hecho, nos volveremos a ver las caras —respondió Crooley.

—Parece que estoy atado de pies y manos, ¿no es así?

—¡No seas tan pesimista! Ahora, déjame tranquilo, que tengo una reunión muy importante.

—¡De acuerdo, señor Crooley!

Larry cogió el sobre que había encima de la mesa, lo dobló en dos y se lo metió en el bolsillo trasero del pantalón. Se dirigió hacia la puerta y estaba a punto de abrirla cuando Crooley alzó la voz y le preguntó: —¿Dónde tienes el dinero?

—Bien escondido, ¿por qué lo quiere saber?

—Hagas lo que hagas, ni se te ocurra hacer algo estúpido con el dinero, no debes llamar la atención y menos trabajando como agente de seguridad, ¿me has entendido?

—No se preocupe, no soy un estúpido —respondió Larry.

—¡Una cosa más No vuelvas a llamarme Crooley jamás; a partir de ahora, me llamas «jefe», ¿entendido?

—Sí, jefe. «Maldito sea el día en que decidí robar ese puto dinero, ahora estoy en un callejón sin salida», pensó Larry al salir.

Acababa de darse cuenta realmente de con quién se la estaba jugando. Acababa de entrar en el mundo de la mafia sin querer y encima se había equivocado de persona, ya que Crooley era uno de los mafiosos más poderosos y peligrosos del mundo. Larry no tenía ni la menor idea de ello hasta ahora.

Cuando volvió a su puesto de trabajo no parecía el mismo de antes. Jack, su compañero, supuso que algo malo le estaba pasando e intuía que algo no iba bien.

—¿Estás bien, Larry?

Él, de lo bloqueado que se había quedado, no quiso ni contestar. Estaba aturdido y la mente se le quedó completamente en blanco.

Eran casi las 17:30 cuando Dean Saunders recogió sus pertenencias de la oficina después de un duro día de trabajo, y se marchó a casa. Había quedado con un viejo amigo de la universidad. No solo era un viejo amigo, sino un amigo de toda la vida. Se reunieron en un pub irlandés muy popular en la zona de Manhattan, The Four Corners, a las 21:15.

—¡Mike, cuánto tiempo sin verte, amigo!

—¡Lo mismo digo, Dean! ¡Madre mía!, lo que has cambiado, colega. Se te ve mucho más delgado.

—Será el trabajo, que no me deja ni comer tranquilo —respondió Dean.

Empezaron a conversar sin parar sobre aquellos tiempos cuando eran estudiantes en una de las universidades de California, donde habían vivido prácticamente toda su vida.

Mike estaba de paso en Nueva York por un asunto de negocios y, en cuanto supo que iba a viajar a la gran manzana, lo primero que se le pasó por la cabeza fue llamar a Dean para darle la magnífica noticia. Obviamente, Dean estaba encantado.

Mike y Dean salieron del pub a las 23:30 y se fueron a un club de *striptease* en la zona de New Jersey llamado Rose Paradise 23. Una vez dentro, se sentaron a una mesa que estaba muy cerca del escenario, se acercó el camarero y dijo: —Buenas noches, caballeros! ¿Qué desean tomar los señores?

—Póngame una cerveza —pidió Mike.

—Otra para mí, por favor.

Se volvieron a contar infinidad de anécdotas de su pasado mientras admiraban con descaro la actuación de las *strippers* que bailaban al desnudo girándose lentamente sobre esos barrotos de color plata relucientes. De vez en cuando, los dos sacaban billetes de sus carteras y, lentamente y con mucho descaro, metían los dólares en las tangas de las hermosas chicas. Una de las *strippers* no le quitaba de encima la mirada a Mike, era una chica muy bella, de rostro latino y el pelo rizado negro que le llegaba hasta el trasero. Él mismo se estaba dando cuenta y se lo comentó a Dean. Los dos se empezaron a reír y entonces Dean le dijo: —Acércate a ella, te la ligas y te la llevas a tu hotel ahora mismo; así me haces un favor porque estoy molido de tanto trabajo y necesito descansar.

—¡Está bien, Dean! Allá voy, deséame suerte.

—No la necesitas, campeón.

Dean terminó de beber su copa, fijándose en la actuación magistral de su amigo para conquistar a la chica. Cinco minutos más tarde, Mike volvió a la mesa con una sonrisa de oreja a oreja.

Dean se fijó en su cara y le comentó: —¡Qué cabrón eres, Mike!, tú al hotel a follar y yo a mi casa a dormir.

Eran las 03:30 am cuando la chica se acercó a la mesa y le comunicó a Mike que ya había acabado su turno de trabajo; entonces Mike tocó el hombro de Dean y los presentó. —Esta chica tan hermosa es Susana.. Susana, este es Dean, mi mejor amigo.

Se dieron un beso en cada mejilla por todo saludo.

—¡Bueno, amigo! Susana y yo vamos a coger un taxi para que nos lleve al hotel donde me hospedo; vente con nosotros y te dejamos en tu casa primero.

Dean respondió: —¡Muy amable, acepto esa gran oferta!

Eran las 03:40 am cuando salieron del club y subieron al taxi. Era un largo trayecto desde el club hasta Manhattan, casi dos horas. Eso le daba igual a Mike, él estaba forrado y siempre se movía en taxi por la ciudad. Quedaban unas cinco calles antes de llegar a casa de Dean cuando, de repente, se oyó: —Para... Para aquí. Rápido.

Dean abrió la puerta del taxi, salió corriendo, apoyó una mano contra un árbol y empezó a vomitar.

Mike no podía contener la risa y gritó desde el coche: —¡Te dije que no mezclaras las bebidas!

Una vez acabado ese pequeño incidente, Dean se acercó al coche y dijo: —Voy a caminar solo lo que queda de trayecto, son unas cuantas calles más y necesito el aire ahora más que nunca.

—Está bien, colega. Cuídate mucho y te llamo mañana por la tarde para ver cómo te encuentras.

—De acuerdo.

—¡Que os lo paséis genial! —dijo Dean con una sonrisa.

El taxi se esfumó y Dean se quedó solo. Empezó a caminar a paso lento las cinco calles que quedaban hasta su casa, que ahora se le hacían eternas; parecía que los ojos no veían el final del trayecto, como si fuera un camino sin final. No había recorrido ni cien metros cuando se paró al lado de otro árbol, se apoyó en él y empezó a vomitar de nuevo. Levantó la cabeza y se fijó en algo muy extraño. Justo enfrente de donde estaba él, salió un hombre por el portal de un edificio con un saco negro muy pesado que llevaba cargado en los hombros. Abrió la parte trasera del coche y lanzó ese fardo tan pesado dentro y cerró con llave. A Dean le resultó muy extraño y verdaderamente sospechoso lo que estaba presenciando; lo que había tirado ese tipo en la parte trasera del coche tenía toda la pinta y la forma de ser un cuerpo. Dean se fijó en su reloj, eran las

05:45; intentó recordar todas las pistas posibles que presenciaba y memorizarlas. El hombre estaba a punto de meterse en el vehículo cuando, de repente, oyó un fuerte golpe, como si una botella se estampara contra un coche, y eso es exactamente lo que había sucedido. Dean se puso muy nervioso y, al moverse para salir corriendo, golpeó una botella de cerveza que había tirada en el suelo y con la patada la había estrellado contra un coche. El ruido sonó tan fuerte que el hombre se giró y le vio la cara. En ese instante, corrió tan rápido por la adrenalina que le entró en el cuerpo que lo despistó por completo y el hombre desapareció. A pesar del alcohol que tenía en el sistema digestivo, del susto que se llevó parecía como si se hubiera evaporado por completo.

A la mañana siguiente, Dean tenía una resaca de mil demonios y en su habitación lo único que se podía apreciar era la oscuridad. Las cortinas gruesas de la ventana no podían estar más cerradas. El silencio en la superficie se apoderó de él por completo, no se podía oír ni el sonido de una mosca.

Eran las 16:15 cuando empezó a sonar el teléfono una y otra vez, y eso fue lo que despertó a Dean. Si no hubiera sido por el constante sonido, podría haber dormido veinticuatro horas seguidas si hubiese sido necesario. Estaba a punto de cogerlo cuando de repente el sonido del teléfono se paró. Enseguida se le pasó por la cabeza que sería su amigo Mike preocupándose para ver cómo estaba. Así que llamó al hotel donde se hospedaba para preguntar por él.

—Buenas tardes, hotel CHS, ¿en qué le puedo ayudar?

—¡Hola, buenas tardes! ¿Me puede poner con la habitación 157, por favor?

—Sí, cómo no, permítame un momento, por favor.

—¡Gracias! —respondió Dean.

—¡Hola, Mike! Soy yo, Dean, me imagino que me habrás estado llamando porque he recibido varias llamadas seguidas.

—Pues sí, era yo; quería saber si ya te encontrabas mejor.

—¡No mejor que tú, por lo que se ve! —respondió Dean—. La próxima vez que salgamos nos cambiamos los papeles, yo me llevo a la chica y tú la resaca.

Empezaron a reírse los dos.

—Estaba a punto de ir a verte. Menos mal que me acabas de llamar porque me estabas preocupando. El lunes me vuelvo a California después de la reunión.

—Me imaginaba que iba a ser una visita relámpago —contestó Dean.

—Lo siento, pero no podré verte esta noche como teníamos planeado, tengo muchas cosas que preparar para la reunión y voy muy corto de tiempo.

—No te preocupes. Yo no estoy por la labor de tener otra aventura como la de anoche, mi cuerpo no lo soportaría —comentó Dean.

—Bueno, amigo mío, si no te veo antes de irme, te deseo lo mejor y espero verte de nuevo en un futuro próximo —se despidió Mike.

—¡Igualmente, amigo! Un abrazo muy fuerte y buen viaje.

Dean colgó el teléfono y, a continuación, se preparó un café bien cargado, ya que el cuerpo le pedía cafeína a gritos. Ya con la taza de café en la mano, se sentó en el sofá, tomó un primer sorbo, dejó la taza en la mesilla y se puso las manos en la cabeza. Intentaba recordar cómo había llegado desde el club hasta su casa y no podía acordarse ni de la mitad de lo sucedido. Dean era un hombre que no solía beber y, cuando empezó a mezclar las bebidas, todo comenzó a darle vueltas. Pasaban los minutos y el café estaba cada vez más frío mientras intentaba pensar para sacar alguna conclusión de lo ocurrido, pero era inútil pensar con la resaca que llevaba encima. Así que se tomó el café de un trago y se volvió a meter en la cama. Se quedó mirando hacia el

techo muy pensativo durante unos treinta segundos y poco a poco los parpados fueron cayéndose hasta que se cerraron por completo.

Lunes 24 de junio de 2002

Dean estaba entrando por Seguridad cuando Larry le hizo el cacheo rutinario. Una vez terminado, Dean recogió todas sus pertenencias y se marchó. Estaba a punto de entrar en el ascensor cuando Larry dio un giro brusco y se fijó en él, pero no podía verle la cara porque estaba de espaldas. Larry sabía muy bien donde había visto a ese tipo y no le gustaba ni un pelo.

La noche en que Dean se percató de que algo muy extraño estaba sucediendo no pudo ver la cara del tipo por culpa de la oscuridad; sin embargo, desde el otro lado de la calle sí se podía ver la suya, ya que justo al lado del árbol donde él estaba vomitando había una farola con una luz potente, y dio la casualidad de que, cuando le dio aquel golpe a la botella, Dean miró al extraño sujeto, por lo que la luz le iluminó la cara.

Eran las 10:00 am y Steven Bradley seguía sin aparecer por la oficina; tampoco había llamado para comunicar que fuera a llegar tarde. Su secretaria intentó llamar a su móvil varias veces, pero sin éxito; cada vez que llamaba, saltaba el contestador. Ya se acercaban las 12:00 pm cuando su secretaria, Jennifer, de lo preocupada que estaba, decidió ir a ver al director de Contabilidad, el señor Brown. Una vez en su despacho, le explicó lo que estaba ocurriendo; entonces el señor Brown le dijo a Jennifer que no se preocupara, porque tenía que haber una explicación simple, pero que se ocuparía personalmente del asunto sin problemas. El señor Brown llamó inmediatamente al teléfono de Bradley varias veces, pero, cada vez que lo hacía, saltaba el contestador. Por eso, decidió llamar a uno de los tres chóferes que tenía la empresa y le dijo a uno de los conductores que fuera al domicilio de Steven Bradley para averiguar si estaba en su vivienda. Una vez en el domicilio, el chófer se encontró con un gran edificio de siete plantas. La fachada era bastante moderna comparada con los otros bloques de la misma zona. Subió por las escaleras que daban a la entrada del portal y tocó el timbre de la quinta planta. Nadie contestó. Siguió insistiendo hasta que salió una señora del portal, lo que aprovechó para sujetar la puerta y así pudo entrar. Cogió el ascensor y, una vez enfrente de la puerta del 5º, dio varios golpes sin respuesta alguna. Entonces bajó corriendo, se metió en el vehículo y llamó a Brown para contarle que no había señales de él.

—¡De acuerdo! Vuelva inmediatamente —le dijo el señor Brown.

Eran ya las 14:00 cuando Brown fue a ver a Jennifer para comentarle que él mismo había llamado a Steven y que incluso había enviado un chófer a su domicilio, aunque no había tenido suerte en localizarle..

—¡Jennifer! Ya no podemos hacer nada más. Si no aparece mañana, iré personalmente a poner una denuncia por su desaparición porque, si vamos a la Policía ahora nos dirán que hasta que no pasen veinticuatro horas desde su desaparición no podrán proceder con la denuncia. ¡Quédate tranquila, Jennifer! Yo ayudaré en todo lo que esté en mi mano —dijo el señor Brown.

Era la hora de comer, muchos salían y otros se quedaban en la cantina que estaba en la quinta planta. Era el turno de Larry para ir a comer, por lo que se dirigió al ascensor y se fue a la cantina.

Cogió una bandeja y se recorrió todo el *buffet*. No tenía mucha hambre, así que se sirvió solo una pequeña ensalada y un botellín de zumo de naranja. Dejó la bandeja encima de la mesa y se sentó en la silla. Lo primero que hizo fue abrir el botellín de zumo y, en el mismo momento en que estaba tragando, se dio cuenta de que tenía enfrente de los ojos, a unos pocos metros, nada más y nada menos que a la persona que estaba esperando encontrar, a Dean, que estaba sentado con sus compañeros. Ya no tenía ninguna duda. Esa era la cara que había visto Larry el pasado sábado de madrugada cuando estaba sacando algo muy sospechoso y pesado del portal donde vivía Steven Bradley.

Larry se levantó y se fue directo al baño, se metió en uno de los retretes y cerró la puerta. Bajó la tapa del váter y se sentó, poniéndose las manos en la cabeza. Estaba pensativo y bastante nervioso. Tenía que hablar con el jefe lo antes posible, porque no le habían salido los planes como él esperaba. Tampoco quería llamar la atención; sería sorprendente que él subiera a su despacho dos veces en cuatro días, cuando jamás había subido antes por ningún motivo. Para él, era necesario averiguar lo antes posible cómo poder hablar con el jefe sin levantar sospecha alguna. Entonces recordó que, cuando hablaron en su despacho, Crooley le dijo que cuando acabara su primer trabajo se verían las caras de nuevo, así que decidió que lo más sensato era esperar, y eso era exactamente lo que iba a hacer. Larry abrió la puerta del retrete y se dirigió al lavabo. Abrió el grifo durante varios segundos mientras se miraba en el espejo, se echó agua fría en la cara y salió del baño andando muy despacio y, sobre todo, muy despistado por lo que tenía en mente en ese preciso instante. Aunque estaba totalmente desorientado, tenía que seguir actuando con normalidad.

Martes 25, 9:45 am

Steven Bradley seguía sin aparecer. Su secretaria, Jennifer, fue al despacho del señor Brown y le comunicó que Bradley seguía sin dar señales de vida.

—¡De acuerdo, Jennifer!, ahora mismo llamo al chófer y nos vamos directos a la comisaría de Policía a poner una denuncia por su desaparición—dijo el señor Brown.

—¡Dios mío! —respondió Jennifer asimilando lo que estaba ocurriendo a la vez que empezaron a saltársele las lágrimas.

Jennifer y el señor Brown salieron del edificio, se metieron en el coche y se fueron de camino a la comisaría. El cielo estaba cubierto de grandes y espesas nubes negras y en ese momento empezó a llover con fuerza. El limpiaparabrisas del coche se movía a toda potencia y aun así la visibilidad era escasa. Todos los coches empezaron a reducir la velocidad. Se generó un gran atasco, los vehículos apenas se movían y la gente buscaba refugio donde fuese con tal de huir de la lluvia y no mojarse. Por fin, después de treinta minutos largos por culpa del mal tiempo, llegaron a su destino. Nunca se hubiera imaginado la población neoyorquina que, en pleno verano, pudiera caer esa espesa tromba de agua. El chófer paró justo delante de la puerta principal de la comisaría, salió del coche, cogió rápidamente un paraguas que tenía en la parte trasera del vehículo, abrió la puerta y salieron los dos bajo el inmenso paraguas. Subieron las escaleras y entraron por la puerta principal. El chófer volvió al vehículo y se fue al *parking* para esperar nuevas instrucciones.

El señor Brown no podía dar crédito a lo que estaba presenciando. Ese lugar estaba lleno de

gente, y no exactamente de la clase de personas que solía ver todos los días. Allí había de todo: prostitutas, drogadictos que parecían hipnotizados, borrachos, vagabundos, delincuentes esposados junto a los policías, etc. Mientras esperaban su turno, el señor Brown se acercó al oído de Jennifer y le dijo: —Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

—No podría estar más de acuerdo con usted—respondió ella.

La aglomeración de gente era insoportable.

—¡Siguiente! —dijo uno de los oficiales.

El señor Brown se acercó al mostrador. —Buenos días, quiero denunciar la desaparición de una persona.

—Bien, rellene este formulario con todos sus datos y, una vez que lo tenga todo completado, venga a verme de nuevo.

El señor Brown se sentó en el mismo sitio donde estaba antes y empezó a rellenarlo; una vez terminado, regresó al mostrador y se lo entregó al oficial.

—Espere sentado, se le llamará por su nombre. Como ve, estamos saturados de trabajo y en la comisaría ya no cabe ni un alfiler.

—Muy bien —contestó Brown. Se sentó junto a Jennifer, respiró profundamente y soltó todo el aire que llevaba acumulado en su interior.

—¿Se encuentra bien, señor Brown?

—Sí, supongo que serán los nervios de estar en un lugar como este, Jennifer.—La miró y le dijo—: No se preocupe, pronto estaremos fuera de aquí.

Eran ya casi las 13:18 cuando se oyó en voz alta: —¡Señor Brown!

Este se levantó y se acercó al mostrador.

—Señor Brown, le presento al detective Lorenzo.

—¡Encantado! —dijo el señor Brown.

—Sígame a mi despacho para hacerle unas cuantas preguntas.

—De acuerdo —respondió Brown.

Una vez dentro, Lorenzo preguntó: —¿Le apetece un café o un vaso de agua?

—Un café me vendría genial, ¡muchas gracias!

Lorenzo, que tenía una pequeña máquina de café, se lo preparó en un instante.

—Lo necesitaba, no he tomado nada en toda la mañana —dijo el señor Brown.

Lorenzo se sentó, cogió el bolígrafo que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa y empezó con las preguntas. —¿Cómo se llama la persona desaparecida?

—Steven Bradley.

—¿Qué relación tiene usted con el señor Bradley?

—Es un empleado en el departamento de Contabilidad de la empresa donde trabajo.

—¿Cómo se llama la empresa?

—WEBIMP PLC 2000.

—¿Cuál es su posición en dicha empresa?

—Soy el director de Contabilidad.

—¿Y el señor Bradley?

—Es contable, trabaja a mis órdenes.

—Bien, voy a necesitar el expediente de trabajo de Bradley; ahí tendrá la mayoría de los datos que necesito: edad, domicilio, fechas, foto, etc.

—El expediente lo he traído; me imaginé que me lo pediría.

—¡Muy bien! Voy a hacer unas fotocopias, ahora mismo vuelvo —dijo Lorenzo.

Cinco minutos después el detective volvió al despacho y le dijo a Brown: —Aquí tiene el expediente; ya tengo las fotocopias necesarias. ¿Tiene usted una foto reciente de Bradley?

—No, lo siento.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—El pasado viernes, el día 21, en su puesto de trabajo.

—¿Terminó ese día el trabajo?

—Así es. Yo personalmente me ocupo de los horarios de entrada y salida del personal de mi departamento.

—¿Cómo sabe exactamente la entrada y salida de los que están a su cargo?

—Todos tienen que hacer el *logging* en el ordenador cuando vienen y el *logout* cuando se van, y todo queda registrado en mi fichero.

—Probablemente, necesitaré una copia de la última semana que estuvo Bradley trabajando. Mañana por la mañana me pasaré por su oficina y lo recogeré —dijo Lorenzo—. Obviamente, señor Brown, si usted no ha vuelto a ver a Bradley desde el viernes 21, eso quiere decir que ayer lunes 24 no se presentó a trabajar, ¿verdad?

—¡Así es!

—Por ahora eso es todo, señor Brown, tenga usted mi tarjeta, por si recuerda algo importante. Y no dude en llamarme. Cualquier detalle que recuerde puede ser de suma importancia para la investigación.

—Así lo haré.

—Permítame que le acompañe hasta la salida.

—¡Muy amable!

Una vez fuera, llamó por teléfono al chófer y le pidió que fuera a la puerta principal lo antes posible. No habían pasado ni cinco minutos cuando llegó. Brown y Jennifer se subieron al coche y, al sentarse, Brown dijo: —¡Gracias a dios que ya hemos salido de ese lugar, no es nada agradable! Jennifer, siento que hayas tenido que esperar tanto tiempo, no sabía que se iba a alargar de esta manera.

—No se preocupe, lo importante es que hemos cumplido con nuestro deber.

Ya eran las 14:30 cuando iban de camino a la empresa. Ya había parado de llover, el cielo no se podía ver más despejado y soleado de lo que estaba. Todo Nueva York estaba cubierto por un cielo azul sin una sola nube. El sol incluso empezaba a calentar y todo volvía a la normalidad.

—No nos dejes en la entrada —le dijo el señor Brown al chófer—, déjanos una calle más abajo y volveremos andando.

—Sí, señor —respondió el chófer.

Se bajaron del vehículo y el señor Brown llevó a Jennifer a un Coffe Shop. .

—Vamos a tomar un par de cafés con unos dulces, que nos lo merecemos. Invito yo, por supuesto —dijo Brown.

—¡Muchas gracias! La verdad es que lo necesito. No he podido tomar nada desde que desayuné en casa esta mañana, pero tampoco sé si lo voy a poder digerir después del disgusto que nos hemos llevado —respondió Jennifer.

Empezaron a hablar sobre lo que el detective Lorenzo había dialogado con él y que el día siguiente se iba a pasar por la empresa.

Lorenzo de inmediato se hizo cargo del caso, movió todos los hilos para obtener una orden judicial ese mismo día y así entrar en el domicilio de Steven Bradley. Una vez conseguidos los papeles, cogió un coche y llamó a su socio, el detective Barch, y se desplazaron hasta el

domicilio. En ese momento el portal de la entrada estaba abierto, ya que estaba el portero limpiando los cristales. Los dos detectives entraron por la entrada, tomaron el ascensor hasta la quinta planta y, una vez en la puerta, llamaron al timbre y dieron golpes varias veces. Como no contestaba nadie, los dos detectives se pusieron los guantes, abrieron la puerta con unas llaves maestras que tenía Lorenzo y entraron hacia el salón. No había indicios de ningún forcejeo en ninguna de las habitaciones, ni en el salón, la cocina, el cuarto de baño ni en el balcón.

A continuación, Lorenzo llamó a la Policía Científica y, una vez finalizado todo el procedimiento, salió todo el mundo del domicilio. Lorenzo y su socio fueron los últimos. Lorenzo estaba a punto de cerrar la puerta cuando, de pronto, vio algo debajo de un mueble. Era un collar de oro muy fino y peculiar. Tenía un grabado con las letras JLF. Lo cogió y lo metió en una bolsa transparente. Se la guardó en el bolsillo derecho de su chaqueta, precintaron la puerta del apartamento y se largaron.

Miércoles 26, 10:28 am

Larry y su compañero estaban haciendo su labor rutinaria cuando observaron un vehículo aparcado enfrente de la puerta del que salieron dos tipos que entraron al edificio. Los dos se acercaron a Larry y uno sacó la placa. —Buenos días, soy el detective Lorenzo y este es mi socio Barch— aclaró enseñando la placa—, venimos a ver al señor Brown, director de Contabilidad.

Larry mantuvo la calma sin dar ninguna muestra de nerviosismo, los acompañó hasta la recepción y le comunicó a Sally que había dos policías que querían hablar con el señor Brown. Sally lo llamó inmediatamente.

—Buenos días, señor Brown. Hay dos detectives aquí en la recepción que desean hablar con usted.

—Muy bien. Diles que suban a mi despacho, por favor.

—¡De acuerdo! —respondió Sally—. Pueden subir a su despacho, señores; está en la planta 28

—¡Gracias y buen día! —dijo Lorenzo.

Una vez en su despacho, se dieron los buenos días y el señor Brown les dijo que lo acompañaran a la sala de juntas, donde estarían más cómodos. Una vez sentados, llamó a su secretaria Lesley y le dijo: —¡Por favor, Lesley!, ¿puedes traer tres cafés a la sala de juntas?

—¡Por supuesto!, ahora mismo se los llevo.

—¡Muy amable! —respondió Lorenzo—. Antes de empezar, detective, aquí tiene los papeles que me pidió ayer: son las entradas y salidas de los empleados durante la última semana.

—¡Perfecto! —dijo Lorenzo.

—Pues usted dirá, detective, ¿en qué le puedo ayudar?

—Ayer nos desplazamos al domicilio de Steven Bradley. No hubo indicios de forcejeo. Aunque encontramos bastantes huellas de dos personas diferentes, la mayoría eran de Bradley. Sin embargo, había muchas más que eran completamente diferentes. Necesitamos interrogar a toda su plantilla de personal de Contabilidad. Lo pueden hacer aquí hoy mismo o pueden pasarse por comisaría mañana por la mañana, como ellos prefieran. Me gustaría que se lo comunique ahora mismo, si es posible, señor Brown.

En ese mismo instante sonó la puerta. Era Lesley con los cafés.

—Por favor, tomen sus cafés mientras le comunico a todo el personal lo que me acaban de

explicar.

—Muy amable —dijo Lorenzo. Antes de que saliera el señor Brown por la puerta, le dijo—: si no le importa, usaremos esta sala para los interrogatorios, si no tiene usted ningún inconveniente.

—Me parece razonable, no tenemos ninguna reunión prevista para hoy, así que me parece perfecto —respondió Brown.

Mientras Lorenzo y Barch saboreaban el buen café que les había preparado Lesley, el señor Brown se encargó de avisar a la plantilla. Volvió a la sala y les comunicó que ya estaban todos informados. Se sentó y se tomó el café con los detectives; Lorenzo sacó una carpeta que llevaba encima, la puso en la mesa y le preguntó a Brown:

—¿Steven Bradley tiene secretaria?

—Sí, se llama Jennifer y es ella precisamente quien me acompañó a las dependencias de la Policía ayer mismo.

—¡Muy bien, señor Brown! Si no le importa, empezaremos con ella. Si le puede avisar ahora mismo, se lo agradecería.

—Sí, cómo no, ahora mismo lo hago y les dejo solos.

—¡Gracias! —respondió Lorenzo.

No pasaron ni dos minutos cuando Jennifer llamó a la puerta y entró. —¡Hola! —saludó nerviosa.

Lorenzo se levantó de la silla y se presentó junto a su socio, el detective Barch.

—¡Siéntese, por favor! Me imagino que usted sabrá por qué estamos aquí.

—Sí, me imagino que será por mi jefe, Steven Bradley.

—Así es —respondió Lorenzo—. No tenemos muchos detalles sobre la desaparición de Bradley, lo único que hemos podido averiguar por ahora es que nadie lo ha visto desde el sábado 22. No hubo ningún forcejeo y, por lo que se ve en el apartamento, todo está en su sitio; no parece que hayan robado nada, así que el robo lo damos por descartado. Pero lo obvio es que ha desaparecido en extrañas circunstancias.

En cuanto escuchó Jennifer esas palabras de Lorenzo, rompió a llorar. Entonces él puso la mano en su hombro y le dijo: —Le doy mi palabra de que vamos a averiguar lo que ha pasado, tarde o temprano. Lo siento Jennifer, pero tengo que hacerle unas cuantas preguntas.

—¡Sí, claro!

—¿Qué relación tenía usted con Bradley?

—Una relación de trabajo, nada más.

—¿Ha estado en casa de Bradley alguna vez?

—Sí, varias veces.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en su casa?

—El jueves 20 de este mes, por la noche.

—¿Le puedo preguntar por qué estuvo allí esa noche?

—Bueno..., algunas veces tenemos tanto trabajo que nos lo llevamos a casa, a la suya o a la mía, depende.

—Jennifer, hemos encontrado muchas huellas en la cama de Bradley y en el baño; lo hemos rastreado en nuestros ordenadores de documentación y esas huellas le pertenecen a usted. ¿Qué tiene que decir al respecto? Antes de responder, si quiere, puede pedir un abogado y contestar en comisaría.

—No hace falta, yo no tengo nada que ocultar, y, sobre la pregunta, nos acostábamos juntos de

vez en cuando —dijo Jennifer.

—Bien, señorita Jennifer, ya hemos terminado por ahora.

Jennifer estaba a punto de levantarse cuando Lorenzo dijo: —¡Ah!, una cosa más, creo que este collar le pertenece a usted, ¿verdad?

—Sí, así es. Fue un regalo.

—¿Qué significan las letras JLF?

—Jennifer Love Forever.

—¡Me lo imaginé!, no creo que él pensara en amistad solamente. Cuando termine la investigación, le devolveré el collar, no se preocupe.

—Muchas gracias.

Al salir Jennifer por la puerta, Barch le preguntó a Lorenzo: —¿Te crees algo de lo que te ha dicho?, porque, para mí, la principal sospechosa de su desaparición es ella.

—No lo sé, no estoy seguro.

Al final del día, Lorenzo había interrogado a 38 empleados de la planta 28. Lorenzo y Barch volvieron a la comisaría a las 17:28, dejaron los papeles en sus despachos y se fueron a la cantina. Estaban muertos de hambre, así que cogieron algo para comer y se lo llevaron al despacho de Lorenzo. Mientras comían, trabajaban sobre los interrogatorios de los empleados

Eran las 19:30 cuando sonó el teléfono de Lorenzo. No eran buenas noticias, habían encontrado el cuerpo de un hombre enterrado en Inwood Hill Park. Lorenzo y Barch se temieron lo peor y se desplazaron enseguida al lugar del crimen. Cuando llegaron allí, estaba oscureciendo por el mal tiempo que había en ese momento; el cielo volvía a cubrirse de nubes negras. La visibilidad no era muy buena. Todo el perímetro estaba precintado y lleno de gente: policía científica, forenses, hasta la prensa estaba merodeando como ratas para ver la información que podían sonsacar de ese lugar. Lorenzo se acercó donde estaba el cadáver, con medio cuerpo desenterrado y envuelto en una gran bolsa negra de plástico, y le preguntó a un oficial de policía que estaba al lado del cuerpo —¿Quién descubrió el cadáver?

—Ese señor que está allí con su perro; bueno, en realidad fue el perro quien lo descubrió.

Lorenzo se acercó al hombre y se presentó. —Buenas noches, soy el detective Lorenzo.

—Buenas noches. Me llamo Dave Riley.

—Señor Riley, necesito hacerle unas cuantas preguntas.

—Sí, claro, por supuesto.

—¿Cómo encontró el cadáver?

—Iba paseando con mi perro Barsey tan tranquilo y de pronto me pegó un tirón y se me escapó. Tuve que ir corriendo detrás de él; tardé por lo menos diez minutos en encontrarlo y fue gracias a sus ladridos. Si no fuera por eso, no creo que lo hubiera encontrado. Cuando me acerqué a Barsey, estaba desenterrando algo y, cuando me di cuenta de que se podría tratar de un cadáver, llamé a la policía inmediatamente.

—¿Se acuerda de a qué hora descubrió el cadáver?

—Serían sobre las 19:25.

—Barsey es un héroe —le dijo Lorenzo—, debería darle un premio. Gracias a él hemos encontrado el cuerpo; si no hubiera sido por él, quién sabe cuándo se hubiera descubierto. Muchas gracias por todo, señor Riley. Aquí tiene mi tarjeta en caso de que recuerde algo más.

—De acuerdo —respondió Riley.

Eran las 21:35 cuando el médico forense fue el último en entrar en la zona del crimen para determinar la causa de su muerte y, después de un tiempo observando el cadáver, estaba seguro de

que ese hombre había sido asfixiado hasta la muerte.

Lorenzo se acercó al cadáver y le tomó las huellas dactilares para luego analizarlas y averiguar su identidad, ya que en su cuerpo no habían encontrado ningún documento que permitiera saber de quién se trataba. Luego se llevaron el cuerpo a la morgue para hacerle la autopsia y determinar oficialmente la causa de la muerte.

Lorenzo intuía que ese era el cuerpo de Steven Bradley, ya que el médico le había informado de que llevaba muerto unos seis días, más o menos, el mismo tiempo de su desaparición, pero no lo podía hacer oficial hasta que se lo confirmaran.

—Te apuesto mi próxima nómina a que es Steven Bradley—le dijo a Barch.

Lorenzo ordenó, una vez que la Policía Científica se retirara del lugar del crimen, que se quedara un coche patrulla toda la noche vigilando la zona hasta la mañana siguiente, cuando volverían a la luz del día para intentar obtener alguna que otra pista, como huellas de zapatos, algún objeto o algo que les pudiera dar más pruebas sobre el caso, ya que por la noche no se podía ver mucho, aun usando luces con reactivos fluorescentes. Lorenzo y su socio estaban rendidos, cogieron el coche y cada uno se fue a su casa a descansar. Se citaron para la mañana siguiente en comisaría sobre las 08:15 para volver a la zona del crimen y luego desplazarse a la morgue.

Jueves 27, 10:04 am

Lorenzo y Barch se acercaron a la morgue. El médico forense confirmaba en su informe que había fallecido por asfixia, pero también le certificó a Lorenzo que hubo un forcejeo antes de ser asfixiado. Había descubierto que la mandíbula estaba dañada, supuestamente por un puñetazo muy fuerte y con mucha presión. También tenía moratones en el costado por las múltiples patadas recibidas. Lorenzo le dio las gracias al médico forense, y su compañero y él cogieron el coche y se fueron directamente a la empresa donde trabajaba Bradley, ya que tenían que notificar las malas noticias al señor Brown.

Llegaron sobre las 11:30 am y, una vez en el despacho de Brown, Lorenzo lo soltó: —Señor Brown, ayer encontramos un cadáver enterrado en Inwood Hill Park y lamentamos comunicarle que es el cuerpo de Steven Bradley.

El señor Brown bajó la mirada y se puso las manos en la cabeza. En voz baja susurró: —Dios mío, no me lo puedo creer. ¿Quién querría matar a ese pobre hombre? Él era un hombre muy querido, muy trabajador y no se metía con nadie.

—Señor Brown, ya hemos comunicado a la familia de Bradley su fallecimiento. Si a usted no le importa, ¿podría comunicárselo a su *staff*?, especialmente a Jennifer, su secretaria.

El señor Brown no respondió, se quedó como paralizado por unos segundos y de pronto dijo: —Pobre Jennifer, no me quiero ni imaginar lo que sufrirá esa pobre chica.

—Señor Brown, mañana vendrán los familiares de Bradley para confirmar su identidad; vienen desde Virginia y se llevarán el cuerpo con ellos para que pueda descansar finalmente en paz.

—Gracias por la información, detective Lorenzo. Van a pillar al cabrón que mató a Bradley, ¿verdad?

—Téngalo por seguro—contestó Lorenzo.

Los dos detectives se despidieron y al señor Brown le tocaba hacer lo que nadie querría: darles la mala noticia a sus compañeros. Pero antes tenía que hacer lo más difícil... Se acercó hasta donde estaba Jennifer, se sentó a su lado, la miró a los ojos y le dijo: —Jennifer, no sé cómo decirte esto, pero ayer la policía descubrió un cadáver en Inwood Hill Park y me han confirmado que se trata de Steven Bradley. ¡Lo siento muchísimo!

En ese instante, Jennifer gritó con todas sus fuerzas y empezó a llorar sin parar hasta que se desmayó. Él la sujetó antes de que pudiera caerse al suelo y hacerse daño. El señor Brown la tumbó con cuidado en el suelo boca arriba con los pies en alto, le dio un poco de aire y después de varios minutos volvió en sí y bebió un poco de agua.

—Jennifer, ahora mismo voy a llamar a un chófer para que te lleve a tu casa. Quiero que te tomes unos cuantos días de descanso. Sin discusiones.

—De acuerdo, señor Brown.

En la planta 28 ya se habían enterado de lo ocurrido, no hizo falta que Brown dijera nada a los demás compañeros. La noticia corrió como la pólvora y entre *e-mail* y *e-mail* ya se había enterado toda la empresa.

Viernes 28

El señor Crooley Mckenzie entró en su despacho y nada más sentarse apareció Michelle llevándole el café y los periódicos, como cada mañana. Empezó con el primer sorbo del café, cuando casi se atraganta por culpa de lo que estaba viendo con sus propios ojos en la página principal del periódico, un titular que decía: «Steven Bradley, un economista de la empresa WEBIMP PLC 2000, hallado muerto en Inwood Hill Park».

Crooley se quedó de piedra, no solo porque no había sido su propósito que acabaran con la vida de Bradley. Ahora el nombre de su empresa estaba involucrada y manchada en la investigación de su asesinato. Crooley lo primero que soltó de su boca fue: —¡Maldito hijo de puta! Este Larry se va a enterar con quien se la está jugando. —Ahora tenía que hablar con él sin levantar sospechas.

Al enterarse Dean Saunders de lo sucedido, se le vino a la cabeza la visión del pasado sábado de madrugada, cuando vio algo muy extraño y sospechoso. Poco a poco, empezó a recordar ciertas cosas que antes le costaba asimilar, pero en aquel momento todas las piezas empezaban a encajar. Lo primero que pensó es que tenía que ir a la policía lo antes posible y contarles todo lo que había visto esa noche. Dean salió de su despacho y se dirigió al del señor Russell, que era el encargado del Departamento de Informática.

—Señor Russell, ¿puedo hablar con usted un momento?

—Sí, claro, pasa y siéntate. Dime, ¿qué se te ofrece?

—Verá, me gustaría ausentarme del trabajo un par de horas si es posible. Es que tengo algo muy importante que hacer.

—¿Y no puede esperar hasta la tarde? Como ves estamos ahora hasta el culo de trabajo —dijo Russell.

—No lo sé a ciencia cierta, pero el pasado sábado de madrugada vi algo muy sospechoso y creo que está relacionado con la muerte de Steven Bradley, y tengo que ir a la Policía a contarlo —respondió Dean.

—¡Claro que sí! Haber empezado por ahí, haremos todo lo que sea para ayudar a la Policía a encontrar al hijo de puta que le hizo eso a ese pobre hombre. Steven Bradley se merece todo mi respeto. Puedes ir y tomarte todo el tiempo que necesites, no te preocupes por nada.

—¡Muchas gracias jefe! volveré lo antes posible.

Dean salió del despacho de Russell y se fue directo a comisaría. Una vez allí, se dirigió al primer oficial que vio. —Perdone, ¿me podría decir quién es el encargado del caso Steven Bradley?

—Es el detective Lorenzo Higgs.

—Tengo información muy útil e importante sobre la investigación del caso, y se lo tengo que contar cuanto antes.

—¡Espere un momento, por favor! —dijo el oficial.

A los tres minutos, apareció Lorenzo en escena y se presentó.

—Muy buenas, soy el detective Lorenzo, acompáñeme a mi despacho, por favor. ¡Siéntese! Dígame, ¿qué información tiene sobre el caso?

—El pasado sábado de madrugada iba de camino a casa andando después de volver de marcha con un amigo cuando vi algo que me pareció muy sospechoso. Vi a un hombre salir del portal de un edificio con algo muy pesado sobre los hombros y lo tiró en la parte trasera de un coche. Por el tamaño y la forma, estaba completamente seguro de que parecía un cuerpo; estaba cubierto por un plástico negro.

—¿Se acuerda del nombre de la calle y el número del portal?

—Hampton Street. El número del portal no lo pude ver por la distancia a la que me encontraba, pero le aseguro de que, si paso por esa calle otra vez, le podré decir qué portal era, seguro.

—¿Puede identificar el modelo, color y la matrícula del vehículo?

—Sí, el coche era un 4x4 y puede que fuese de color azul marino. No se lo puedo asegurar, ya que era de noche. Tampoco me fijé bien en el modelo del vehículo. La matrícula me fue imposible de verla por la distancia y porque, como ya le he dicho, además era de noche. ¿Está relacionado con el caso de Steven Bradley?

—Ya lo creo que sí, y si nos hubiera dado la matrícula del vehículo, estoy seguro de que hubiéramos dado con el asesino.

—¡Siento que no le pueda ser de más ayuda!, pero es que realmente iba como una cuba y encima no me sentía nada bien —dijo Dean.

—¿Cómo es que usted no vino a contarnos toda esta información antes?

—Pues la verdad es que no me acordaba de casi nada, hasta que leí el periódico esta mañana, empecé a encajar la información y me pareció que había demasiadas coincidencias.

—¿Recuerda a qué hora presenció esa escena?

—Serían sobre las 05:45 am.

—¡Muchas gracias, señor Dean! La verdad es que nos ha sido de muchísima ayuda con relación a la investigación. Aquí tiene mi tarjeta, no dude en llamarme si se acuerda de algo más, no importa la hora que sea.

—De acuerdo, así lo haré.

—Gracias.

Eran las 19:20. Larry, el agente de seguridad, salió de la empresa de camino a casa, pero, antes de llegar, se detuvo en un bar y se tomó un par de copas. Larry bebía casi todos los días y hoy no iba a ser una excepción. Había pasado casi cuarenta y cinco minutos largos sentado en la barra del bar

a solas, muy pensativo, cuando dejó un billete de veinte dólares, y decidió subir a su apartamento. Abrió la puerta y tiró al suelo la mochila que llevaba en el hombro. Se desnudó por completo y se metió en la ducha. Varios minutos después, apareció en el salón con la toalla sujeta alrededor de la cintura y se llevó un susto de muerte. En el sofá había dos tipos, uno de ellos era Crooley Mckenzie.

—¿Qué hace en mi casa? ¿Y quién coño es ese tipo?

—¡Cállate la puta boca y sienta ese culo en la silla! —respondió Crooley.

Larry hizo lo que se le ordenó. Una vez sentado, se fijó en las manos de los dos hombres: llevaban guantes de cuero negro y algo le hacía intuir que de allí no iba a salir con vida. Crooley se levantó del sofá, cogió una silla y se sentó enfrente de Larry. Lo miró a los ojos durante varios segundos y le dijo: —Si no recuerdo mal, te ordené que le dieras una paliza a Steven Bradley, pero me he enterado por los medios de comunicación de que ha sido asesinado. ¡Eres un puto imbécil y un inútil! ¿Dónde coño tienes los 55 000 dólares? ¡Y no se te ocurra mentirme!

—Están en el congelador, envueltos en un paquete.

Crooley se levantó de la silla, se dirigió al congelador, sacó el paquete y, tirándolo encima de la mesa, volvió a su silla.

—Ahora me vas a explicar lo que ocurrió esa noche, y no te dejes ni un solo detalle en el camino o te arrepentirás. ¿Está claro?

—De acuerdo. Fue el pasado sábado 22 sobre las 04:15 de la mañana cuando, silenciosamente, entré en el apartamento de Bradley, abrí la puerta de su habitación y allí estaba durmiendo en su cama. En ese momento, lo único que se me ocurrió fue tirarme encima de él y pegarle lo más fuerte posible, y eso fue precisamente lo que hice. Cuando parecía que estaba inconsciente, se despertó, se abalanzó sobre mí y me pegó una patada en el pecho. Del fuerte golpe, caí al suelo, se puso encima de mí, me quitó el pasamontañas que llevaba puesto y me dijo: —Yo a ti te conozco.

»Entonces le di un puñetazo en la cara, me volví a poner encima de él, agarré un cojín que tenía encima de la cama y se lo puse en la cara hasta asfixiarlo. No me quedó otra, me reconoció del trabajo y habría ido a la Policía de inmediato. Yo no quería matarlo, pero no tuve elección.

»Una vez muerto, lo envolví en bolsas de plástico negro con cinta adhesiva y, con mucho cuidado, me lo cargué en los hombros y lo bajé al coche, lo puse en la parte trasera y conduje hasta aquí. Dejé el cuerpo en el coche hasta que fueron las dos de la madrugada del domingo, fui hasta Inwood Hill Park y allí lo enterré.

—¿Por qué esperaste tanto para enterrarlo? Estuvo casi un día entero metido en el coche —preguntó Crooley.

—Pensé que era mejor deshacerme del cuerpo un domingo de madrugada, que no se ve un alma por esa zona, que un sábado cuando hay mucha gente en la calle de marcha y sería mucho más arriesgado, ¿no le parece? —respondió Larry.

—¿Me estás diciendo que nadie te vio desde que sacaste el cuerpo hasta que lo enterraste? Tiene que haber cámaras de vigilancia por muchos lugares sobre esa zona —dijo Crooley.

—Me vio una persona saliendo del portal, pero estoy seguro de que no pudo verme la cara; sin embargo, yo sí lo vi a él. Y, en relación a las cámaras, sabía perfectamente donde estaban situadas.

—¿Cómo coño sabes si te vio o no te vio la cara?

—Porque me cruzo con él todos los días en el trabajo y no me ha reconocido.

—¿Qué me estás contando?, ¿me estás diciendo que ese tipo trabaja en mi empresa?

Larry no quería ni contestar de lo avergonzado que se sentía. Le temblaba todo el cuerpo. El tipo que estaba sentado en el sofá se levantó lentamente y sacó de su abrigo una semiautomática; iba colocando un silenciador lentamente mientras le daba vueltas muy despacio con los dedos; una vez hecho, situó la semiautomática mirando hacia el suelo. Al ver Larry esa escena, empezaron a saltarle las lágrimas de impotencia.

—¡Maldita sea! —exclamó Crooley muy cabreado—. Quiero que averigües cómo se llama ese tipo y en qué departamento trabaja.

—Ya lo sé. Se llama Dean Saunders y trabaja de informático en la decimotercera planta.

—Eres un puto imbécil, nunca debería haberte dicho que te encargaras de ese trabajo; me has decepcionado.

—Lo siento mucho —Larry estaba llorando.

—Puede que ese tal Dean haya ido a la Policía a contar todo lo que vio, y nosotros aquí tan tranquilos como si no hubiera pasado nada. Vas a solucionar este puto problema ahora mismo o eres hombre muerto —dijo Crooley.

—Primero me dices que me quede con el dinero por hacerte el trabajo, lo hago, y ahora vas y te lo quedas. ¿Quién me dice que cuando solucione el siguiente problema no me vais a liquidar de todas maneras? —dijo Larry.

—No eres tan tonto como yo pensaba, Larry.

Crooley cogió el paquete de la mesa, se lo metió en el bolsillo del abrigo largo y negro que llevaba, miró a su compañero a la cara y le dijo: —¡Mata a este puto cabrón!

En ese mismo instante, el matón apuntó a la cara de Larry. Antes de que disparase, Larry miró a Crooley y le dijo: —¡Ojalá nunca te hubiera robado los 55 000 dólares!

—Eso lo debiste haber pensado antes de traicionarme; de todas maneras, era una trampa, quería que robaras ese dinero —respondió Crooley.

El matón apretó el gatillo y la bala le atravesó entre ceja y ceja. Larry cayó desplomado al suelo. A los pocos segundos, Crooley y su compañero salieron del edificio, se metieron en el coche y se esfumaron.

Lorenzo ya tenía nuevas pistas por dónde tirar. Quería ir a WEBIMP PLC 2000, pero sabía que al ser ya viernes por la noche no habría casi nadie en la empresa, excepto los agentes de seguridad. De todas maneras, él no se iba a quedar con los brazos cruzados. Cogió el coche y se dirigió hacia la empresa, aparcó enfrente de la puerta principal y entró. Había un agente de seguridad que medía casi dos metros y con unos brazos que parecían cañones esperándole a que entrara. Una vez dentro, Lorenzo enseñó su placa al agente y se presentó.

—Buenas noches. Soy el detective Lorenzo; estoy aquí investigando el asesinato de Steven Bradley y me gustaría que me dieran información.

—¿Qué clase de información? —respondió el guardia de seguridad.

—Necesito el informe total de empleados que hay trabajando en esta empresa, incluido el modelo de sus vehículos y las matrículas.

Johan, que así es como se llamaba el agente, le dijo a Lorenzo: —Yo no le puedo dar esa información a no ser que me den permiso desde arriba, ya me entiende. Hasta el lunes por la mañana, no podremos facilitarle esos datos.

—¡Muy bien! El lunes a primera hora me pasará por aquí. Una pregunta más, señor Johan.

—¡Sí, dígame!

—¿Usted conocía a Steven Bradley?

—Pues la verdad es que no, yo normalmente hago turno de noche, y, como hay tantos empleados aquí trabajando, es muy difícil quedarse con todas las caras y más si no eres habitual en los turnos de día. Es terrible lo que le pasó a ese hombre, espero que encuentren al culpable lo antes posible.

Lorenzo se le quedó mirando fijamente a los ojos un par de segundos. —¡Claro! —Y con las mismas se marchó. Se fue de camino a su casa porque había tenido un día muy duro y largo. Estaba rendido.

Eran las 23:45. Dean estaba preparándose un café bien cargado; no podía dormir ni tampoco quería, tenía trabajo atrasado y se puso a ello. Pasó el tiempo y cuando volvió a mirar el reloj eran ya las 03:25 am. Estaba a punto de volver a la cama cuando de repente vio como la manecilla de la puerta se iba girando poco a poco,. Le entró pánico y empezó a gritar: —¿Quién coño anda ahí?

Fue andando muy despacio hacia la puerta, la abrió de un tirón y, al mirar, ya no había nadie. La cerró con toda la tranquilidad de la que fue capaz, apagó la luz y se fue corriendo hacia la ventana. Se asomó para ver si podía ver a alguien, y vio a un tipo metiéndose en el asiento del copiloto de un vehículo. No pudo reconocer al tipo, ya que la visibilidad era muy mala. Arrancaron y se largaron y. Dean estaba acojonado y ya no iba a conseguir dormir lo que restaba de la noche. Cogió su cartera, la abrió, sacó la tarjeta que le había dado Lorenzo y se quedó mirándola muy pensativo. Estaba pensando en llamarlo, pero sabía que era muy tarde y no iba a hacerlo solo para decirle que alguien estaba intentando forzar su puerta. Así que decidió dejarlo y ya lo intentaría de nuevo.

Sábado, 12:37 pm

Dean se despertó sin recordar a qué hora se había quedado dormido. Se fue directo a la ducha y, mientras se estaba duchando, alguien pasó un sobre por debajo de su puerta. No se percató del sobre hasta que estaba listo para salir por la puerta. Lo cogió y lo miró por los dos lados, pero no había nada escrito en el exterior, así que lo abrió allí mismo donde lo había encontrado. Sacó del sobre un folio blanco con un texto hecho con letras de revistas cortadas y pegadas que decía: «Te estamos vigilando a todas horas. Si vuelves a hablar con la policía otra vez, eres hombre muerto». En ese mismo instante se le vino el mundo encima, solo podía imaginarse una infinidad de situaciones muy malas, como, por ejemplo, que tendría su teléfono pinchado, cámaras ocultas en todas las habitaciones de su apartamento, matones vigilándolo las veinticuatro horas del día a cualquier sitio que fuera... Tampoco en su trabajo podría fiarse de nadie. Todo lo que tenía que hacer a partir de ese momento iba a ser muy distinto de lo que había tenido planeado.

Dean metió el sobre en el maletín que llevaba siempre cuando salía a la calle, cerró la puerta con llave y se fue andando hasta el coffee shop local donde solía comprar su *cappuccino* todas las mañanas para llevárselo al trabajo. Era un día muy soleado y caluroso, así que decidió tomarse un refresco en la terraza. Se puso unas gafas de sol de color negro y, mientras daba un trago, miraba por todos lados disimuladamente, por si podía sospechar de alguien que lo estuviera vigilando. Dean se dijo a sí mismo, «¿Cómo sabrá esta gente que yo he ido a la Policía a declarar por algo sospechoso que presencié? Tiene que ser alguien de la empresa que esté metido en trapos sucios,

pero tengo que hacer algo; no me puedo quedar con los brazos cruzados».

Lo primero que se le vino a la cabeza fue Russell, su jefe, él era el único al que le había dicho que iba a hablar con la Policía. «Tengo que averiguar quién está detrás de todo esto y qué es lo que pretende. Ya no puedo fiarme ni de mi propia sombra».

Dean era un hombre de 38 años que vivía solo, no tenía mujer ni hijos. Sus padres siempre habían vivido una vida muy tranquila en California. Era un hombre que no tenía atadura ninguna y siempre miraba por su carrera primero ante todo.

Tenía mucho que perder pero poco que ganar, y su vida dependía de ello. Llevaba sentado una media hora cuando apareció una mujer muy elegante vestida de blanco con el pelo rubio liso muy largo, que pasó por delante de él y lo miró fijamente a los ojos. Se sentó a una mesa.

—¡Muy buenas! ¿Qué desea tomar? —preguntó el camarero a la mujer.

—Tomaré un café con canela, gracias.

—¡Muy bien! —respondió el camarero. A los pocos minutos le dejó el café en la mesa y se marchó.

Dean no paraba de fijarse en ella, sentía la necesidad de acercarse y presentarse, pero ya no se fiaba de nadie. Realmente no era el mismo desde que abrió ese maldito sobre. Sentía miedo de todo lo que giraba a su alrededor.

Dean tuvo necesidad de ir al baño, así que recogió sus cosas y se metió en el interior de la cafetería. Al salir, un par de minutos más tarde, miró hacia la mesa donde se había sentado la mujer de blanco, pero ya no aparecía por ningún lado. Su café seguía intacto, como si no lo hubiera tocado y eso le parecía muy extraño, porque no había estado sentada ni diez minutos y había desaparecido por arte de magia.

Lunes, 1 de julio

Lorenzo y Barch entraron por la puerta principal de WEBIMP PLC 2000. Había una gran cola para acceder por Seguridad, por lo que fueron hasta el principio de la cola y enseñaron la placa al agente de seguridad Jack Mooney. Al ver las placas de policía, los hizo pasar. Lorenzo preguntó a Jack: —¿Cómo es que tenéis este caos de gente esta mañana?

—Es que mi compañero Larry no se ha presentado a trabajar hoy y ni si quiera ha llamado. Por ahora, estoy yo solo, hasta que venga otro agente después de hacer sus rondas.

—¡Muy bien! —respondió.

Los agentes se dirigieron a Recepción, donde, como todas las mañanas, Sally estaba ocupada con el teléfono. Mientras colgaba, Sally reconoció a Lorenzo y le dijo que tenía documentación para él.

—¡Muy amable, gracias! La estaba esperando —respondió Lorenzo. Los dos salieron de la empresa y se dirigieron al coche. Barch arrancó y Lorenzo le dijo: —Aparca cerca de aquí, quiero echarle un vistazo a esta documentación primero.

Barch aparcó y Lorenzo abrió el sobre que le había entregado Sally. —Aquí está todo lo que pedí, la lista de todos los empleados con sus vehículos, modelos y las matrículas.

Lorenzo se acordó de lo que dijo Jack, el agente de seguridad, que su compañero Larry había faltado al trabajo ese día y ni siquiera había llamado por teléfono para dar alguna explicación. Por eso buscó su nombre en el manifiesto, y al verlo no se lo podía creer. El vehículo de Larry era un

4x4 de color azul marino, tal y como lo había descrito Dean Saunders en la comisaría. Al tener el número de la matrícula a mano lo introdujeron en el ordenador inteligente del coche de policía y dieron con su dirección. En ese mismo instante condujeron hacia allí y al llegar a su puerta, notaron un olor muy desagradable. Llamaron varias veces.

—¡Policía! Abra la puerta.

No hubo respuesta, así que Barch, fuerte y robusto, le dio una patada a la puerta y la abrió sin más. Lo que vieron no era nada agradable: había un cuerpo tirado en el suelo cubierto de sangre y un par de ratas comiéndose la parte del cráneo por donde había atravesado la bala. El olor era repugnante; se taparon la nariz y salieron para llamar a la Policía Científica y al médico forense.

—Esta persona lleva aquí tirado unos dos días y solo le han pegado un tiro en la frente —dijo el forense.

—Entonces, lleva aquí desde el viernes por la tarde —añadió Lorenzo.

Mientras Lorenzo tomaba apuntes en su pequeña libreta, Barch estaba husmeando dentro del armario de la habitación de Larry y encontró un sobre con fotos de Steven Bradley y de una mujer rubia besándose. También encontró unas botas llenas de barro. Barch las metió en una bolsa para llevarlas a analizar y le entregó las fotos a Lorenzo para que las viera.

—Como se demuestre que Larry mató a Steven Bradley, te podré asegurar que el trabajo fue por encargo.

—¿Me estás diciendo que Larry era un sicario? —preguntó Barch.

—Te lo diré en cuanto averigüemos quién es la mujer de la foto. De todas maneras, Larry ya no podrá ser juzgado por asesinato, ya se han encargado otros capullos de hacerlo por nosotros.

La Policía Científica les confirmó que no se había encontrado ni una sola huella que no fuera de Larry en todo el interior del apartamento. Una vez que se llevaron el cadáver, precintaron la vivienda y se marcharon todos de allí. Lorenzo y Barch se montaron en el coche y se dirigieron a WEBIMP PLC 2000. Mientras Barch conducía, Lorenzo le dijo: —Esto me huele a gato encerrado. Dos empleados que trabajaban en la misma empresa mueren en un periodo de dos semanas. Estoy seguro de que alguien de dentro de la empresa está involucrado en todo esto y te puedo asegurar que descubriremos de quien se trata.

Barch respondió: —Estoy de acuerdo con usted y le aseguro que cogemos a los culpables, de eso que no le quepa ni la menor duda.

Una vez allí, se dirigieron a la recepción y Lorenzo le dijo a Sally: —Hola, de nuevo.

—Buenas tardes. ¿Qué desean, detectives?

—¿Quién es el jefe de esta empresa?

—Se llama Crooley Mckenzie.

—Pues necesito ver al señor Mckenzie lo antes posible. ¿Puede avisarle de que la Policía está aquí para hablar con él?

—Un momento, tendré que avisar a su secretaria e informarla.

—¡De acuerdo! —dijo Lorenzo.

Sally llamó a Michelle y le contó que la policía estaba en la recepción esperando para hablar con Crooley, pero Michelle le comunicó a Sally que Crooley estaba de viaje de negocios en San Francisco y que no volvería hasta el jueves, aunque que de todas maneras se lo haría saber a Crooley y que llamaría al detective nada más volver de su viaje. Sally colgó el teléfono y les explicó a los detectives todo lo que Michelle le acababa de decir.

—Muy bien. Aquí le dejo mi tarjeta para que me pueda llamar.

—Se la haré llegar, gracias.

—Por cierto, Sally, quería preguntarte si tú has notado algo extraño en la empresa en las últimas dos semanas, algo fuera de lo normal.

—Pues la verdad es que no —respondió Sally.

—De todas maneras, te voy a dejar una tarjeta a ti también por si te acuerdas de algo, así me puedes llamar en cualquier momento; no importa a la hora que sea.

—De acuerdo —respondió Sally.

Lorenzo entonces se acercó a Jack, el agente de seguridad que había trabajado codo con codo durante tanto tiempo con Larry y le dijo: —Jack, tengo que darte malas noticias. Larry, tu compañero, ha fallecido. No puedo darte más detalles, pero pensé que tenía la obligación de decírtelo, eso es todo.

Jack no se podía creer lo que estaba escuchando, se puso pálido. Ni siquiera sabía cómo había fallecido, pero algo le decía que muy pronto lo iba a averiguar.

Dean salió bastante tarde del trabajo ese día. Eran las 20:30 y él nunca había salido tan tarde antes; la verdad es que no era por el exceso de trabajo precisamente, porque podía llevar su trabajo a casa, sino porque no quería estar allí, sabiendo que posiblemente le estarían vigilando en todo momento.

De camino a su casa, tuvo la tentación de llamar al detective Lorenzo desde una cabina de teléfono para comentarle los dos incidentes que le habían ocurrido en un solo día, pero pensó que si decía algo sería hombre muerto. Iba caminando por la acera cuando un hombre que venía de frente se tropezó con él haciéndose el despistado y le dijo: —¡Perdón!

—No pasa nada —respondió Dean, aunque por la situación en la que estaba metido obviamente se asustó bastante.

Cuando se giró para ver a ese tipo, ya había desaparecido. Entonces decidió meterse en un bar que vio cerca y le preguntó al camarero: —¿Puedo usar el baño, por favor?

—¡Sí, claro! Está al fondo del pasillo, a la izquierda —le indicó el camarero.

Una vez en el baño, se metió las manos en todos los bolsillos que tenía y encontró una nota. No era como la anterior, con letras recortadas y pegadas. Estaba escrita a mano y decía lo siguiente: «Sé que no confías en nadie y tendrás tus motivos, pero esto es diferente. Quiero proponerte algo muy importante. Mañana, martes 2 de julio a las 21:00 un coche de color negro aparcará enfrente de tu portal y el conductor saldrá y se apoyará en el coche para fumarse un cigarro. En cuanto veas eso, te metes en la parte de atrás». No había nada más escrito en esa nota. Dean la rompió en todos los pedazos posibles y los tiró a la basura. Lo tenía bien memorizado y no se le iba a olvidar.

Salió del baño y se fue a la barra, se sentó y pidió al camarero un *whisky* doble con hielo. Dean no solía beber en días de trabajo, pero el cuerpo se lo estaba pidiendo a gritos. Se lo bebió de un solo trago, pagó la cuenta y se marchó.

Una vez dentro de su apartamento, cerró la puerta con llave. Cerró todas las cortinas y empezó a buscar por todos los rincones del apartamento para ver si encontraba algo que le pareciera extraño. Desarmó el teléfono para ver si estaba pinchado, pero no había absolutamente nada. Dean estaba agotado, así que se tomó una ducha para relajarse y después se metió en la cama.

Martes, 2 de julio

Lorenzo recibió noticias contundentes que incriminaban a Larry como el autor del asesinato de Steven Bradley. Encontraron ADN de Bradley en la parte trasera del coche de Larry. Por lo visto se habían encontrado restos de sangre que había traspasado el plástico en el que estaba cubierto el cuerpo. La sangre procedía de su mandíbula al ser dañada por los golpes. No fue mucha sangre la que encontraron, pero la suficiente para incriminarlo. Las botas que mandó Barch para que fueran analizadas también dieron resultados: las huellas coincidían con las que se encontraron junto al cadáver en Inwood Hill Park. Lorenzo le dijo a Barch: —Acompáñame a la cantina para tomar un café, necesito despejarme aunque sea solo por un momento.

Una vez sentados y con el café en la mano, Lorenzo fue el primero en empezar a hablar. — Mira, Barch. Es evidente que Larry mató a Steven Bradley, pero la cuestión es por qué. Puede que Larry estuviera obsesionado con la mujer de la foto y, al ver que se estaba besando con otro, se volviese loco por los celos. También puede ser que sea un trabajo por encargo. Hay muchas incógnitas, pero para mí esas dos son las más evidentes.

—Estoy de acuerdo contigo. En mi opinión, fue un asesinato por encargo, y me da que esta mujer de la foto tiene mucho que ver.

—¿Sabes quién es la mujer? —preguntó Lorenzo.

—No tengo ni idea, ¿y tú?

—Es Helen Mckenzie, la esposa de Crooley Mckenzie. Estoy seguro de que ella tuvo una relación con Steven Bradley a escondidas de su marido.

—Las fotos no engañan, Crooley se enteró y contrató a Larry para liquidarlo —dijo Barch.

—Yo pienso exactamente lo mismo que tú, pero son palabras mayores. Será muy difícil demostrar que Crooley Mckenzie está detrás de todo esto. Crooley parece un tipo muy poderoso y se buscará el mejor abogado del país, si es necesario, para limpiar su imagen.

—Bueno, vayamos al despacho a ver si podemos encontrar algo más, lo que sea que nos pueda dar alguna otra pista.

20:45

Dean, muy nervioso, no paraba de mirar a través de la ventana; estaba dudando si debería bajar y meterse en el coche. Dos cosas le rondaban por la cabeza en ese preciso momento. La primera: entraba en el interior de ese vehículo y volvía a salir sano y salvo de ahí. Y la segunda: lo encontraban enterrado en algún lugar desconocido de Nueva York. Decidió bajar al portal con una gorra de béisbol puesta en la cabeza, para disimular aunque fuera un poco, y una sudadera, ya que en ese momento empezaba a llover. Eran las 21:00 cuando de un vehículo que ya estaba aparcado con las luces encendidas se abrió la puerta del conductor y salió un hombre, abrió un paraguas, se apoyó en el vehículo y se puso a fumar. Lo primero que se le vino a la cabeza a Dean fue: «¿Cuánto tiempo habrá estado ese coche aparcado ahí fuera vigilándome?».

Se acercó, abrió la puerta de atrás y se metió dentro.

El conductor tiró el cigarrillo al suelo, cerró el paraguas y entró en el vehículo. Dean no se podía creer quién estaba sentada a su lado: era aquella mujer rubia y tan bella a la que se le había hecho tan difícil quitarle ojo de encima. Era la persona en la que se fijó en la terraza del *coffee shop*. No se lo podía creer, ni tampoco tenía la menor idea de quién era ella.

Dean la miró atentamente a los ojos, mientras ella le decía al conductor: —Vámonos de aquí inmediatamente.

Una vez que el vehículo se puso en marcha, esa bella mujer comenzó a hablar. —Hola, Dean. Tengo entendido que fuiste a la Policía para declarar como testigo de algo que presenciaste. Como ya sabes, el cuerpo que viste era el de Steven Bradley. Él era mi amante. Tuve una relación con él durante dos años a escondidas de mi marido. Me llamo Helen Mckenzie; soy la esposa de Crooley Mckenzie, el propietario de WEBIMP PLC 2000. Estoy al cien por cien segura de que cuando mi marido averiguó mi relación con Bradley, se encargó de matarlo o puede que haya encargado a un sicario para hacer sus trabajos sucios.

—¿Por qué no va a la Policía y le cuenta lo que me acaba de contar a mí?

—La policía no es tonta y menos el detective Lorenzo, que está encargado del caso —respondió Helen.

—¿Cómo sabe usted que yo declaré ante la Policía y que Lorenzo está al cargo de esta investigación?

—Además de leer los periódicos, yo también puedo investigar por mi cuenta —dijo Helen.

—Usted tiene razón, yo declaré, pero también estoy amenazado de muerte si vuelvo a hablar con la Policía, y creo que mi vida vale mucho más que una declaración. Después de lo que me acaba de contar, me imagino quién es el culpable de todo esto. Además, ¿qué pinto yo en todo esto? ¿Qué quiere de mí?

—Necesito tu ayuda: quiero que acabes con mi marido.

—¿Cómo? Yo no soy un asesino y nunca lo seré.

—No te estoy diciendo que lo mates, quiero que le arruines completamente la vida, que se quede sin un puto centavo.

—¿Y cómo se supone que debo hacer eso?

—Tengo entendido que tú eres uno de los mejores informáticos que hay en este país y uno de los mejores del mundo; por esa razón te contrataron en esta empresa y por eso necesito que seas tú quien haga este trabajo.

—Lo que usted está buscando es un *hacker* y yo no soy uno de esos tipos. Ellos se dedican a robar y falsificar cualquier tipo de documentos y eso es un grave delito. Está penado con la cárcel por mucho tiempo. Olvídelo, yo no soy ningún delincuente, siempre he tenido una vida honrada y respetable, he trabajado mucho para llegar a donde estoy y no lo pienso tirar todo por la borda —dijo Dean.

—Si me haces este trabajo, serás un hombre muy rico.

—Aunque yo hiciera ese trabajo, ¿cómo explicaría el origen del dinero?

—Yo te enseñaré cómo esconderlo, te diré dónde tienes que abrir las cuentas bancarias y a nombre de quién las puedes poner. Pero todo a su debido tiempo, primero necesito saber si puedo confiar en ti.

—En mí si puede confiar, lo que yo no sé es si yo puedo confiar en usted.

El vehículo estaba llegando de vuelta al domicilio de Dean, después de dar unas cuantas vueltas por varias manzanas. Volvió a aparcar enfrente del portal y Helen preguntó: —¿Me vas a ayudar o no?

—Necesito pensármelo detenidamente. Déjeme un número y le daré una respuesta pronto.

—No, nada de teléfonos. En dos días quiero una respuesta. Yo me pondré en contacto contigo.

Dean salió del vehículo y antes de cerrar la puerta del coche le dijo a Helen tuteándola: —Yo no sé quién es más malvado: tú o tu marido.

Cerró la puerta y en ese mismo instante Helen sonrió con una mirada pícaro, y el vehículo se puso en marcha y desapareció lentamente entre la oscuridad. Dean empezó a subir las escaleras del portal y se quedó mirando con una mirada inquieta pensando si alguien lo estaría espiando. Después de varios minutos, se metió dentro del portal y subió a su apartamento.

Al día siguiente sobre las 08:55 am, Lorenzo estaba saliendo del coche en el *parking* de las dependencias de la Policía cuando recibió una llamada en su móvil. —Detective Lorenzo al habla.

—Buenos días, detective. Soy Sally, la recepcionista de WEBIMP PLC 2000.

—Hola, Sally. ¡Dígame! ¿Qué se le ofrece?

—Verá, usted me dijo que si recordaba algo sospechoso de las últimas dos semanas se lo comunicara. Pues resulta que hace un par de semanas, si no recuerdo mal, el propietario de la empresa, el señor Crooley Mckenzie, llamó a la recepción para que le diera un recado a uno de los agentes de seguridad, para que fuera a hablar personalmente con él a su despacho. Eso me pareció muy extraño, porque, en todo el tiempo que llevo trabajando en la empresa, nunca había llamado para hablar con ningún agente ni con otro tipo de persona, siempre lo hacía por intermediarios.

—¿Se acuerda del nombre del agente?

—Sí, se llamaba Larry.

—Muchas gracias, Sally. Esa información nos será de gran ayuda.

—De nada, detective, y que pase un buen día.

Lorenzo entró en su despacho. Tenía mucho trabajo por hacer; una de esas tareas era localizar el domicilio de Crooley, pero no para hablar con él sino con su esposa, Helen Mckenzie. Lorenzo estaba pensando que, aunque el caso de Bradley estaba casi cerrado oficialmente, para él seguía abierto, todavía quedaban muchas incógnitas y muchos flecos por resolver. Lorenzo se preguntaba: «¿Larry mató a Bradley por decisión propia o fue contratado para hacerlo?». Él estaba seguro de que había más gente involucrada en todo este asunto y no iba a parar hasta que quedara todo resuelto. Nunca había dejado un caso sin resolver y no lo iba a hacer ahora.

Barch le entregó la dirección de Helen Mckenzie, recogieron las llaves del vehículo que estaban en su mesa y se fueron de camino a su domicilio, en pleno centro de Nueva York. Entraron por la puerta principal y se encontraron con el portero del edificio sentado dentro de la recepción junto a una sala de espera con unos lujosos sofás de cuero marrón brillante y una gran lámpara de diamantes colgando del techo como si fueran cadenas cruzadas. Era un sitio donde solo los ricos se podían permitir vivir. Lorenzo se quedó impresionado con lo que estaba viendo, se acercó a la recepción y le dijo al portero: —Buenos días! Soy el detective Lorenzo y este es mi socio Barch. Estamos aquí para ver a la señora Mckenzie.

—Un momento, por favor! —El portero cogió el teléfono y llamó al mayordomo de los Mckenzie—: —Buenos días. Tengo en la recepción a dos detectives que desean hablar con la señora Mckenzie.

—¡Un momento por favor! —Después de unos treinta segundos, el mayordomo volvió al teléfono—. ¡Dícales que suban!

—De acuerdo —respondió el portero—. Pueden subir, está en la décima planta. Solo hay un apartamento dúplex.

—¡Gracias! —contestó Lorenzo.

Los policías entraron en el ascensor y le dieron a la décima planta. El ascensor era todo un lujo y ellos no estaban acostumbrados a ver tanto valor a su alrededor. Una vez que se abrieron las

puertas, se encontraron con otra doble puerta de madera maciza, tocaron al timbre y el mayordomo abrió. —Bienvenidos, señores, entren, por favor. Pasen al salón y siéntense, la señora vendrá en un instante.

Lorenzo se quedó impresionado con el diseño arquitectónico del apartamento y le comentó a Barch que antes de ir se había entretenido en echarle un vistazo al precio de esos apartamentos en la zona céntrica de Nueva York y que costaban no menos de cuatro millones de dólares.

Barch respondió con su humor irónico: —Mañana me compro uno.

En aquel momento se oían desde la distancia unos pasos muy seductores y lentos que se iban acercando poco a poco desde el pasillo. A Lorenzo se le pasó por la cabeza: «Seguramente lleva unos tacones que cuestan más de lo que yo gano en dos meses de sueldo». Una vez que Helen apareció en escena, Lorenzo y Barch se quedaron con la boca abierta, se levantaron del sofá y se presentaron. Una vez sentados, Helen llamó a George, el mayordomo. —George, por favor, tráenos los cafés.

—Enseguida, señora.

—Caballeros, ustedes dirán. ¿En qué les puedo ayudar?

Lorenzo sacó unas fotos de la chaqueta y se las dio a Helen: —¿Me podría decir quiénes son esta mujer y este hombre?

—Yo creo que ya lo sabe, detective, ¿no le parece? Por eso están ustedes aquí, ¿o me equivoco?

—Yo sé quiénes son esas dos personas, pero me gustaría que me lo dijera usted.

En ese momento, llegó George con los cafés, los dejó en la mesita y se marchó.

—Las dos personas que ve en las fotos somos Steven Bradley y yo.

—¿Tuvo usted una relación con Steven Bradley?

—Sí.

—¿Me puede decir durante cuánto tiempo, aproximadamente?

—Unos dos años, más o menos.

—¿Su marido supo o sospechaba de algo durante su relación?

—No lo sé, y, si sospechaba de algo, nunca me lo hizo saber. —A Helen le estaban traicionando los nervios, así que cogió un cigarro y se puso a fumar.

—Señora Mckenzie, sé que es un momento muy difícil para usted, pero es necesario que le haga unas cuantas preguntas.

—Sí, claro.

—¿Cómo es su relación con su marido?

—Él siempre me ha tratado muy bien, pero lo veo muy poco; hay días que ni siquiera lo veo y siempre ha sido así, desde el día en que me casé con él. Solo piensa en su empresa y nada más que su empresa, viaja mucho por negocios. Casi nunca tiene tiempo para mí y eso, al final, se acaba pagando, porque yo ya perdí el amor por él hace bastante tiempo.

—¿Cuándo conoció a Bradley?

—Lo conocí en una fiesta que organizó la empresa hace un par de años y todo empezó a partir de ese momento.

—Tengo entendido que su marido está ahora mismo de viaje, ¿verdad?

—Sí, creo que se fue a San Francisco, si no me equivoco, pero no se lo podría asegurar.

—Muy bien, señora Mckenzie, ya hemos terminado, no le vamos a robar más tiempo. Muchas gracias por los cafés.

—A ustedes —dijo Helen.

Lorenzo y Barch salieron del lujoso edificio, se metieron en el coche y se dirigieron a la comisaría.

Jueves 4 de julio, 7:30 am, aeropuerto JFK, Nueva York

El señor Crooley aterrizó en su avión privado, bajó las escalerillas y se subió a una limusina que lo llevaría directamente a la empresa. Ni siquiera tuvo la decencia de ir a ver a su mujer primero, después de llevar varios días de viaje de negocios. Para él esa clase de comportamiento era muy normal. Una vez en su despacho, empezó a revisar todos los sobres que tenía pendientes encima de su mesa, como era habitual en él. Encendió su ordenador para revisar sus correos, y Michelle, su secretaria, entró por la puerta.

—¡Muy buenos días, señor Crooley! ¿Ha tenido usted un viaje agradable?

—¡Buenos días, Michelle! Como siempre, no me puedo quejar.

—Aquí tiene usted su café y los periódicos.

—Muy bien, ¡gracias, Michelle!

Antes de salir por la puerta, Michelle le recordó: —Creo que van a venir un par de detectives esta mañana para hablar con usted.

—Sí, ya me acuerdo. Me lo comentó usted cuando me llamó por teléfono. Voy a estar en el despacho casi todo el día trabajando, así que cuando aparezcan por aquí, hágalos pasar.

—De acuerdo, señor Crooley.

Eran las 10:05 am cuando Lorenzo y Barch entraron a la empresa WEBIMP PLC 2000, se dirigieron a la recepción y allí estaba Sally, como siempre, al pie del cañón.

—¡Buenos días, Sally! La veo muy elegante hoy —le comentó Lorenzo.

—¡Muchas gracias! —respondió con una sonrisa.

—Venimos a ver al señor Crooley.

—Un momento, por favor, voy a comunicárselo a su secretaria. ¡Buenos días, Michelle! Tengo a dos detectives aquí que desean hablar con el señor Mckenzie.

—Díales que pueden subir —contestó Michelle.

—¡De acuerdo! —dijo Sally colgando el teléfono—. Detectives, pueden subir cuando quieran.

Al momento entraron en el ascensor y subieron hasta la planta 35, se acercaron al final del pasillo, donde estaba Michelle esperándolos. Se presentaron y los hizo pasar al despacho de Crooley. Lorenzo abrió aquellas dos puertas tan pesadas y allí estaba Crooley, de pie con un traje azul marino y unos zapatos tan relucientes que se podrían ver sus propios reflejos en ellos.

—¡Pasen, señores, encantado de conocerlos! Por favor, siéntense!

Una vez sentados, Lorenzo se fijó que encima de la mesa Crooley tenía una copa de *whisky* con hielo y eran las 10:12 am. «¿Sería eso una muestra de nerviosismo por su parte o simplemente era un alcohólico?», se preguntaba Lorenzo.

—¿Quieren tomar un café, detectives?

—Sí, por favor.

—Michelle, ¡traiga dos cafés! —gritó Crooley.

—Pues ustedes dirán. ¿En qué les puedo ayudar?

—Estamos investigando dos asesinatos ocurridos en un periodo de dos semanas, y las dos víctimas trabajaban en su empresa.

—Sí, es cierto, y siento mucho lo que les ha pasado a los dos; esto también me está perjudicando a mí de una manera u otra a nivel profesional.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Será muy egoísta por mi parte decir esto, pero estas investigaciones están perjudicando a mi empresa, ya que se menciona en todos los medios de comunicación, y no es un buen negocio para las acciones en Bolsa. La cotización está cayendo mucho, y quiero que esto acabe cuanto antes y que todo vuelva a la normalidad.

—¿Me puede decir dónde estuvo usted el viernes 21 de junio por la noche?

—Estuve cenando en el Golden Restaurant con unos amigos y luego me fui a casa.

—Necesitaremos los nombres de las personas que estuvieron con usted en esa cena para verificarlo —dijo Lorenzo.

—¡Sí, claro! Le haré una lista ahora mismo.

—¿Y dónde estuvo usted el viernes 28 de junio por la tarde, a partir de las 18:30?

—Ese fue el día en el que me fui de viaje a San Francisco y he vuelto esta mañana temprano.

—¿Ha venido directamente desde el aeropuerto a la empresa?

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada. —En ese momento lo que se le pasaba a Lorenzo por la cabeza era: «Vaya gilipollas, su mujer tenía toda la razón». Mientras Crooley estaba escribiendo la lista de los amigos que estaban con él en la cena, a Lorenzo se le ocurrió decirle—: ¿Sabe que la tarde que se fue usted de viaje, el viernes 28, fue el día que asesinaron a Larry, el agente de seguridad?

Crooley paró de escribir durante unos segundos. —No, pues no lo sabía. Disculpe, detective, pero me da la impresión de que me está interrogando como si yo fuera sospechoso de su asesinato.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, señor Crooley, eso es todo.

En ese momento entró Michelle con los cafés, los dejó en la mesa y se fue de vuelta a su despacho.

—¿Ha estado Larry, el agente de seguridad que fue asesinado, en su oficina alguna vez?

—Sí, solo una vez, fue hace un par de semanas.

—¿Nos puede decir por qué vino a verle?

—Yo le pedí que viniera porque estaba pensando en poner CCTV en mi despacho, por seguridad, y quería que él me diera su opinión y experiencia, ya que llevaba trabajando en esta empresa bastante tiempo y me podría orientar sobre la seguridad del edificio.

—¿Conocía usted a Steven Bradley?

—No, personalmente no. ¿Sabe usted cuánta gente hay trabajando en mi empresa? No puedo conocer a todo el mundo. Mientras conozca a los directivos, con eso tengo más que suficiente.

Lorenzo sacó unas fotos de su chaqueta, las puso encima de la mesa y le dijo a Crooley que las mirara con detenimiento. Crooley las cogió y rápidamente la expresión de la cara le cambió completamente: se quedó atónito. Cogió la copa de *whisky* y se lo bebió de un solo trago. Devolvió las fotos a Lorenzo y le dijo: —Yo ya sabía que mi mujer me estaba engañando con otro, lo supe hace muchísimo tiempo.

—¿Y no está enfadado con ella? —preguntó Lorenzo.

—No, al contrario, estoy feliz por ella porque la veo feliz, así de simple. No le echo la culpa de esta infidelidad; es culpa mía. Sé que no estoy con ella todo el tiempo que debería estar y ese es el resultado.

—¿Y no le parece mucha casualidad que Steven Bradley, un empleado suyo, haya sido asesinado por otro empleado de su empresa?

—Pues sí, es mucha casualidad, pero yo no tengo nada que ver con todo esto. Yo solo me dedico a mi empresa y nada más que a mi empresa.

—Muy bien, señor Crooley, hemos terminado por hoy, pero nos volveremos a ver muy pronto. ¡Muchas gracias por el café, que tenga un buen día!

—Igualmente, señores.

Cuando los detectives salieron por la puerta, Crooley cogió el teléfono y dio la orden a uno de sus hombres de que pararan todo tipo de vigilancia a todas las personas involucradas en el «asunto» hasta que se calmaran las aguas. Obviamente, no lo dijo con esas palabras exactas por sí las moscas, por si su teléfono estaba pinchado por la policía.

Nada más salir del despacho de Crooley, Lorenzo le dijo a Barch: —Ve al Golden Restaurant y pídele al propietario que te enseñe las grabaciones de seguridad, a ver si es cierto que Crooley estuvo el 21 de junio cenando allí, como dice.

—¡Ahora mismo!

21:00

Sonaron tres golpes en la puerta del apartamento de Dean Saunders. Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta, la abrió y se encontró con un hombre vestido de uniforme de una empresa de pizzas. —¡Buenas noches, señor! Aquí tiene su pedido: una pizza con extra de tomate y *mozzarella*, y su bebida.

Dean no había hecho ningún pedido, pero se imaginaba que algo raro había detrás de todo esto, así que le dio 35 dólares al hombre y cerró la puerta. Dejó la pizza y la bolsa con la bebida encima de la mesa, se quedó mirando todo varios segundos hasta que se sentó en una silla y abrió la caja de la pizza. Y eso es exactamente lo que se encontró, una deliciosa y gruesa pizza de tomate y *mozzarella*. Nada más verla, se le hizo la boca agua. Se fijó en la bolsa donde estaba el refresco y se dio cuenta que esa bolsa pesaba más de la cuenta, así que la abrió y se quedó perplejo por lo que estaba viendo. Se encontró con 250 000 dólares en efectivo, un refresco y una nota que decía: «Necesito una respuesta, espero que elijas la correcta y que sea esta noche, a ser posible». La pizza tenía muy buena pinta, así que decidió coger un trozo y comérsela. Sabiendo ya de quien era, no se iba a temer que la pizza estuviese envenenada sabiendo que lo necesitarían para hacer un trabajo tan serio como el que le iban a proponer.

Dean se sentía muy relajado, mucho más de lo habitual, quizá pensaba que de alguna manera se había metido en algo de lo que no podría escapar aunque quisiera, y, en vez de sentirse nervioso y con miedo, ya le daba igual lo que le pasara. Por un lado, alguien le estaba vigilando día y noche y no tenía ni puta idea de quién era y, por otro lado, una mujer muy avariciosa y con dinero lo estaba presionando para que cometiera un grave delito, que era robarle a Crooley toda su fortuna y que ella se apoderara de todo.

Dean sabía muy bien que su única solución era escapar y tenía 250 000 razones encima de la mesa para hacerlo, pero había luchado mucho durante toda su vida como para salir huyendo como un cobarde ahora. Decidió hacer lo impensable: hacer creer a la señora Mckenzie que se iba a salir con la suya.

También tenía que averiguar por su cuenta quiénes coño eran los otros tipos que no paraban de vigilarlo día y noche.

Dean era muy listo, pero no lo iba a demostrar a no ser que fuera para sus beneficios personales. Necesitaba salir y tomar el aire; después de haberse comido media pizza, tenía la necesidad de ir a correr y perder unas cuantas calorías. Habían pasado unos 45 minutos cuando se puso un chándal, unas zapatillas de deporte, una gorra y decidió salir a correr. Se metió por calles desconocidas por las que nunca habría pensado jamás en atravesar; tenía la mente tan ocupada en ese momento que ni se daba cuenta realmente por dónde se estaba metiendo. De repente, empezaron a seguirlo dos tipos vestidos de negro y con capuchas en esas calles tan solitarias y oscuras que, en cuanto el sol desaparecía y solo se veía la oscuridad, pocas personas se atrevían a pasear en solitario. Esos dos tipos se lanzaron sobre él y le robaron el poco dinero que llevaba encima, empezaron a pegarle patadas por todos lados y entonces, de la nada, surgió un coche de color negro, pegó un frenazo y salió un tipo con un bate de béisbol que empezó a pegarles a esos dos tipos sin piedad, rompiéndoles las piernas y los brazos, hasta que Dean gritó: «¡Para ya, que los vas a matar!». Los dos tipos tirados en el suelo no podían ni moverse de la brutal paliza que habían recibido; lo único que podían hacer en ese momento era llorar del dolor que estaban sufriendo. El tipo con el bate de béisbol se acercó a ellos: —Como os vuelva a ver por este barrio otra vez, os mataré a los dos.

A esas dos personas les entró tanto miedo en el cuerpo que ni se hubieran atrevido a denunciarlo ante la Policía.

El conductor ayudó a Dean a levantarse y lo metió en la parte trasera del vehículo. Una vez dentro, se encontró a Helen Mckenzie sentada a su lado.

—¡Vaya!, debí suponer que iba a ser usted, pero de todos modos les doy las gracias, a usted y a su chófer, por haberme salvado de esos desgraciados.

—Eres mi seguro de vida, Dean, tengo que asegurarme de que estás bien protegido.

Helen sacó un pañuelo de su bolso y se lo puso a Dean en el labio. —Presiónalo, que estás sangrando.

Dean cogió el pañuelo tocando la mano de Helen y le dio las gracias.

—Hay más gente vigilándome aparte de vosotros y no sé quiénes son.

—Yo sí lo sé —dijo Helen—, seguro que son los matones que contrató mi marido.

—¡Soy un tipo con suerte! —respondió Dean con ironía—. Tu marido puede que esté vigilando todos tus movimientos y puede que sepa que estás conmigo en este mismo instante.

—Seguramente que sí, pero yo creo que lo ha estado haciendo desde hace muchísimo tiempo, así que no me preocupa para nada, porque, si hubiera querido borrarne del mapa, ya lo habría hecho.

—Helen, necesito volver a casa. Mañana trabajo y ya es tarde.

—¡De acuerdo! Bob, a casa de Dean lo antes posible.

—Sí, señora, inmediatamente.

—¡Muchas gracias por salvarme de esos tipos!

—Siempre es un placer poder ayudar —respondió Bob.

Helen preguntó a Dean: —¿Has tomado una decisión ya sobre lo que quieres hacer?

Dean salió del coche, se apoyó en la ventanilla, la miró a los ojos fijamente y le contestó: — Sí, haré lo que tú digas. Si quieres, quedamos el sábado por la mañana y te digo todo lo que necesito para empezar a trabajar

—¡Muy bien! El sábado por la mañana a las 10:00 am vendremos a recogerte.

—¿Tu marido no va a sospechar nada?

—Tú no te preocupes por eso.

La ventanilla se cerró y se marcharon.

Sábado, 6 de julio, 10:00 am

Dean estaba asomado por la ventana y vio un coche negro muy distinto al de la última vez. El vehículo dio dos destellos con las luces frontales para avisarle de que lo estaban esperando. Dean se dio cuenta y bajó inmediatamente. Se metió en el coche y el chófer se dirigió rumbo a Brooklyn, donde él mismo tenía una pequeña casa.

Helen no podía encontrarse en un lugar público para evitar ser descubierta, así que mejor un lugar discreto como la casa de Bob, su chófer, para desviar la atención. Tenían que tomar todas las precauciones posibles, no podían delatarse porque entonces todos sus planes se irían a la mierda y Crooley se encargaría de deshacerse de ellos, incluida su mujer, por mucho que la quisiera. No iba a ser una tarea fácil para ninguno de los tres y, aunque tuvieran éxito en sus planes, tendrían que abandonar el país de inmediato. Seguro que con toda la fortuna de Crooley no tendrían ningún problema.

Una vez dentro de la casa, se fueron directos al patio, porque Bob les dijo que su teléfono podría estar pinchado y que por eso era mejor conversar fuera. Mientras Bob fue a preparar los cafés, Helen cogió un cigarro, lo encendió y le preguntó a Dean: —¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Supongo que la adrenalina de poder conseguir algo muy grande.

—Con el dinero que vas a conseguir, seguro que podrás hacer lo que te propongas.

Dean lo que realmente estaba pensando en ese momento era: «No tenéis ni puta idea de lo que os espera a ti y a tu marido, os habéis equivocado de persona».

—Dime, Dean. ¿Qué es lo que necesitas para realizar tu trabajo?

—Necesito dos servidores, uno externo y otro privado, también necesito lo más importante: el mejor ordenador que puedas conseguir en el mercado.

—¿Para qué sirven los servidores? —preguntó Helen.

—El servidor externo es por donde podré tener acceso desde la red interna de la empresa. Yo ya puedo acceder porque trabajo desde dentro pero, claro, esto es muy diferente. Tenemos la gran ventaja a nuestro favor de que Crooley me contrató para proteger su seguridad como administrador contra cualquier ataque en sus redes. Es irónico, ¿no le parece? ¿Quién iba a decir que uno de los empleados que contrató para protegerle iba a terminar arruinándole económicamente?

»No hace falta analizar los fallos de seguridad interna de la empresa, ya que yo mismo los instalé y sé exactamente lo que tengo que buscar.

—¿Me estás diciendo que tú puedes acceder a sus cuentas bancarias tan fácilmente? —preguntó sorprendida Helen.

—No exactamente, pero no será difícil acceder a ellas. Mi trabajo es buscar y comprobar que no haya fallos de seguridad en el sistema informático del administrador ante cualquier ataque de un probable *hacker*. Pero esta vez voy a ser yo quien ataque mi propio sistema.

—¡Vaya!, estoy impresionada, me has dejado atónita, ¡sí señor! Me parece fascinante lo que haces profesionalmente. Vas a ser un tipo muy rico cuando acabes con todo esto —dijo Helen.

—¿Qué planes tienes tú para cuando acabe todo esto? —le preguntó Dean.

—No lo sé todavía. Todo lo que tengo en propiedades está a nombre de mi marido. Yo realmente no tengo absolutamente nada, aunque parezca todo lo contrario.

—Bueno... eso no puede ser del todo cierto, Helen —comentó Dean.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que hace poco me diste 250 000 dólares para hacer este trabajo.

—Bueno, son unos ahorros que tengo, nada más.

—Ya, claro... —dijo Dean.

—En dos días lo tendrás todo preparado para empezar. He alquilado una pequeña nave a las afueras de New Jersey con un nombre falso y he pagado en metálico. Trabajarás desde allí. Te vas a ausentar del trabajo un par de días, diles que tienes algún tipo de virus, invéntate cualquier cosa que sea creíble, y una vez que hayas instalado todo el equipo y puedas empezar a trabajar y acceder a todas las cuentas de mi marido, te diré a qué nombres las debes poner, cuántas cuentas bancarias debes abrir y en qué países debes hacerlo.

—Entendido —respondió Dean.

Al día siguiente, el domingo 7 de julio, todos los periódicos de Nueva York publicaban en sus páginas principales la historia de cómo Steven Bradley había sido asesinado por un agente de seguridad que trabajaba en la misma empresa que él. Lo que la prensa no había publicado todavía era la relación que mantenía Steven Bradley con la esposa de Crooley Mckenzie, el propietario de WEBIMP PLC 2000. Pero eso no iba a tardar mucho en salir a la luz y, en cuanto eso se supiese, Crooley estaría en boca de todo el mundo y él sería el principal sospechoso.

Ya lo era para la Policía, pero, por desgracia, no podían encontrar ni una sola prueba que lo incriminara. Lorenzo era un tipo muy listo, pero Crooley siempre estaba un peldaño por encima de él en todo momento.

Aunque a Crooley casi nunca se lo veía por casa, ese domingo 7 de julio decidió quedarse a desayunar con su mujer. Mientras Crooley desayunaba, leía el periódico, como era de esperar. Estaba leyendo todo lo que habían publicado sobre los dos asesinatos de Bradley y Larry. Una vez terminado el desayuno, Crooley le cogió la mano a Helen.

—Cariño, ¿por qué no nos vamos mañana de vacaciones durante una semana? Tú eliges el destino si quieres.

Helen se quedó de piedra, no sabía cómo reaccionar.

—Me gustaría mucho poder hacer ese viaje contigo, pero me va a ser imposible. Precisamente la semana que viene había quedado con varias mujeres de la asociación para organizar algunos eventos para niños con discapacidad desde nuestra fundación. ¡Ya sabes que me implica mucho en este tipo de eventos!

—¡Está bien! —respondió Crooley—, yo necesito largarme de aquí durante una semana y desconectar de todo. Si te pregunta alguien por mí, le dices que me he ido de viaje de negocios y que estaré de vuelta el lunes 15 de julio.

—¡Así lo haré, no te preocupes!, ve tranquilo.

En ese mismo momento a Helen solo se le pasaba por la cabeza una cosa, y lo veía muy claro. Su marido era el responsable de los asesinatos de Bradley y Larry, y necesitaba largarse para despejar la mente.

—Voy al baño —dijo Helen.

Una vez dentro, subió la tapa del váter y empezó a vomitar. Ella lo intuía desde el principio, pero ahora se estaba dando cuenta realmente de lo que era capaz de hacer su marido. Cuando se

calmó un poco, se fue al lavamanos y se echó agua en la cara. Volvió al comedor, pero Crooley ya no estaba allí, así que se pasó por la habitación y se encontró a su marido haciendo la maleta para el viaje.

Crooley la miró a los ojos y le dijo: —Cuando vuelva de viaje, tendremos que hablar seriamente.

—¿Sobre qué?

—Cuando vuelva, hablaremos, tengo un par de cosas que comentarte.

—¿No me las puedes decir ahora?

—¡No!

Al acabar de hacer la maleta, se metió en la ducha y después llamó a su chófer para que lo llevara al aeropuerto JFK. De camino hacia el aeropuerto, Crooley le ordenó a su chófer: —Quiero que vigiles a mi mujer durante el tiempo que yo esté fuera, las 24 horas del día, ¿entendido?

—Sí, señor, así lo haré —dijo Jeff, su chófer personal. Claro que no era solo eso, sino también uno de sus matones.

Crooley salió de la limusina y se fue directo a su jet privado, donde lo recibió el capitán muy amablemente, como siempre. —¿A qué destino, señor Crooley?

—A las islas Caimán, capitán.

Crooley se sentó, se abrochó el cinturón y esperó a despegar.

—¡Buenas tardes, señor Crooley! Le habla el capitán Davis; el vuelo durará tres horas y veinte minutos. La distancia desde Nueva York hasta las islas Caimán es de 2658 kilómetros y volaremos a unos setecientos kilómetros por hora. La temperatura ahora mismo en las islas Caimán es de veintiocho grados, una temperatura ideal. ¡Espero que tenga un vuelo agradable, señor Crooley!

Lunes, 8 de julio

Eran las 08:00 am cuando Dean llamó a Russell, su jefe de sección.

—¡Buenos días! Informática. Russell al habla. ¿En qué le puedo ayudar?

—Russell, soy Dean Saunders, lo siento mucho pero no voy a poder ir a trabajar hoy y seguramente tampoco podré ir mañana, tengo algún tipo de virus y no puedo moverme de la cama.

—No te preocupes, Dean. La salud es lo primero, cuídate mucho y que te mejores, y si podemos hacer algo por ti no dudes en llamarnos. Vuelve cuando ya estés recuperado totalmente.

—Muchas gracias, Russell.

Dean colgó el teléfono pero se sentía muy angustiado por lo que había hecho: mentir a su jefe diciéndole que estaba enfermo. Dean nunca había faltado al trabajo en todos los años que llevaba en la empresa, y su jefe, Russell, estaba encantado con él y con su rendimiento laboral.

Eran las 09:30 am. Bob, el chófer de Helen, llegó al domicilio de Dean, subió hasta su apartamento y tocó a la puerta. Dean se acercó y la abrió.

—Buenos días, Dean. Tenemos que irnos.

Dean cogió una mochila del gimnasio que tenía preparada, se la puso en el hombro y salió por la puerta. Los dos se metieron en el coche y se dirigieron a Nueva Jersey.

—¿Dónde está la señora McKenzie? ¿Por qué no ha venido con nosotros? —preguntó Dean.

—Por lo visto, se dio cuenta de que alguien la estaba vigilando y no quiso arriesgar la

operación —contestó el chófer.

—Me parece muy sensato por su parte.

—En el maletero tienes todo lo que pediste para hacer tu trabajo —dijo Bob.

Una vez llegado a la nave, Dean instaló todo su equipo y empezó a trabajar.

Esa misma mañana, Lorenzo decidió ir a WEBIMP PLC 2000 para ver a Jennifer. Pasó por recepción, saludó a Sally y le preguntó si podía ir a ver a Jennifer porque tenía que hablar con ella. Tras consultarlo, Sally le indicó que subiera a la planta 28.

El detective siempre solía llevar a Barch a todos los lugares donde él fuera, pero esta vez Lorenzo tenía la necesidad de tratar este asunto a su manera, y por eso acudía solo.

Una vez en la planta 28, se dirigió a donde estaba Jennifer y se dieron los buenos días cordialmente.

—Jennifer, ¿podría hablar con usted en privado?

—Sí, cómo no. Entremos en esta sala de reuniones, allí estaremos solos y no nos molestarán.

Se sentaron los dos y Jennifer preguntó: —¿En qué lo puedo ayudar, detective?

Lorenzo sacó de su bolsillo el collar que Bradley le había regalado a Jennifer: —Aquí tiene; como le prometí, le devuelvo este precioso collar.

—¡Muchísimas gracias, detective! Me imagino que el caso ya está cerrado, ¿no?

—Desafortunadamente, sí lo está. Todos sabemos que un empleado que trabajaba aquí como agente de seguridad mató a Bradley, lo que no sabemos es qué motivo le hizo llegar hasta ese punto. Bueno... yo tengo una remota idea de por qué lo hizo, pero por desgracia todavía no lo puedo demostrar.

—Pues espero que pueda usted resolverlo lo antes posible y que se haga justicia, detective —contestó Jennifer.

—Sí, yo también lo espero, señorita Jennifer.

—Detective, he decidido dejar mi puesto de trabajo en esta empresa; necesito marcharme, no puedo seguir aquí después de todo lo que ha ocurrido. Mis compañeros han intentado convencerme para que me quede, incluso me ofrecieron otro puesto en un departamento diferente, pero es inútil. Después de lo que ha pasado, usted comprenderá que necesito algo diferente en mi vida.

—Lo comprendo y lo entiendo perfectamente, pero, Jennifer, antes de que me vaya tengo que decirle algo que probablemente no le va a gustar nada, y si se lo digo seguramente no me creerá, así que se lo voy a demostrar con estas fotos, porque una imagen vale más que mil palabras.

Lorenzo sacó las fotos de Steven Bradley besándose con una mujer y las puso encima de la mesa para que Jennifer las viera. Nada más mirarlas, se le saltaron las lágrimas.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Jennifer.

—Es la esposa de Crooley Mckenzie.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cuánto tiempo llevaban juntos?

—Unos dos años, aproximadamente.

—¡Dios mío!

—Siento muchísimo que tenga que decirle esto, pero no podía dejar que se fuera usted sin saberlo.

—Es usted un buen hombre, detective, y se lo agradezco mucho por contármelo. De todas maneras, Bradley era un hombre libre de su propio destino y lo respeto; él y yo no estábamos comprometidos absolutamente para nada. Ahora empiezo a entender por qué y quién fue el

responsable de su muerte.

—Por favor, no diga nada a nadie, esta información es confidencial —dijo Lorenzo.

—No se preocupe, detective, que por mi boca no saldrá nada de este tema. Solo espero que se haga justicia y que al final atrapen al verdadero culpable de todo esto. Usted ya sabe a qué y a quién me refiero.

—¡Sí, claro! Sé perfectamente a quién se refiere, haremos todo lo posible para que el culpable esté entre rejas lo antes posible. Bueno, señorita Jennifer, no la quiero entretener más de lo necesario, le deseo toda la suerte del mundo para el futuro. Le dejo mi tarjeta, en caso de que quiera o necesite hablar conmigo de lo que sea y en cualquier momento.

—Muchas gracias por todo, detective.

Cuando Lorenzo salió por la puerta, Jennifer cogió el collar que le había regalado Bradley, se quedó mirándolo fijamente durante varios segundos mientras se le saltaban las lágrimas y, cuando se dirigió a la puerta para salir, tiró el collar en la papelera fijándose como caía lentamente, como si lo estuviera viendo a cámara lenta, y nada más alcanzar el collar la papelera cerró la puerta de un portazo. Jennifer estaba lista para una nueva etapa en su vida y nada ni nadie se iba a interponer en su camino.

Eran las 13:45 cuando sonó el celular de Bob. —¡Sí, señora Mckenzie, dígame!

—¿Cómo le va a Dean con el trabajo?

—Por lo que yo estoy viendo ahora mismo, se le ve muy entretenido; eso sí, yo no tengo la menor idea de lo que está haciendo en el ordenador, yo no sé de esas cosas tan tecnológicas.

Helen con una sonrisa le dijo: —¡Muy bien!, que siga así. Cuando termine la primera fase, tráemelo al apartamento y asegúrate de que no sea visto al entrar en el edificio y que no sea reconocido.

—¡Así se hará, señora!

16:45

Dean acaba de informar a Bob de que ya había acabado por ese día y que querría que lo llevase a su casa.

—¡Así lo haré! Pero antes debemos hacer una parada en casa de la señora Mckenzie. Quiere verte.

—¡Muy bien! Pues hagámoslo cuanto antes porque estoy muy cansado.

Se metieron en el vehículo y se dirigieron al centro de la gran manzana. Bob metió el coche en el *parking* del bloque donde vivía Helen. Al aparcar el vehículo, Bob le dijo a Dean: —¿Ves ese coche negro que está aparcado allí enfrente?

—Sí —respondió Dean.

—Pues ese cabrón está vigilando todos los movimientos que hace la señora Helen y ten por seguro que es uno de los matones que trabaja para Crooley Mckenzie. Hay que distraerlo para que tú puedas acceder dentro del edificio sin levantar sospechas.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Muy fácil, ahora vas a ir cuidadosamente agachado por detrás de los vehículos y, una vez que me ponga delante de él con mi coche, tú te metes por la puerta que da acceso al bloque y

entras en el ascensor, que te llevará a la décima planta. El portero ya ha sido avisado y te ayudará sin problemas.

—¿Y qué va a pasar cuando tenga que salir del edificio?

—Ya cruzaremos ese puente cuando llegue el momento. Por ahora, haz lo que te digo. Cuando vea que estás cerca de la puerta, le tapo la vista con el coche.

—¡Bien, allá voy!

Dean se bajó del coche y siguió paso a paso las instrucciones que le había dado Bob. Este arrancó el vehículo y condujo hasta donde estaba Jeff, el chófer de Crooley. Pegó un brusco frenazo, como si estuviera fingiendo que el coche se había averiado y quedó bloqueándole totalmente la visión. En ese instante, Dean salió corriendo hacia la entrada del bloque y se metió directamente en el ascensor, donde le estaba esperando el portero, que lo envió a la décima planta.

Jeff salió del coche muy cabreado. —¿Qué coño estás haciendo?

—Lo siento, hombre. Se me acaba de averiar el vehículo.

Jeff cerró la puerta de su coche y fue corriendo hacia la entrada, a la recepción, donde estaba el portero sentado leyendo el periódico, y le preguntó: —¿Has visto a alguien pasar por aquí en los últimos dos minutos?

—¡No, no he visto a nadie! Por lo menos en los últimos quince minutos.

—Está bien —dijo Jeff.

El matón de Crooley regresó a su vehículo, pero, al llegar, ni Bob ni su coche estaban allí. —¿Qué coño está pasando aquí? —gritó Jeff.

Una vez que Bob desapareció del lugar, llamó a Helen para decirle que Dean ya subía a su apartamento.

—Está bien, te puedes ir a casa. Vuelve mañana a las 08:30 am para recoger a Dean.

—¡De acuerdo! —respondió Bob.

Una vez dentro del apartamento, Dean se sentó en el sofá del salón, donde George, el mayordomo, le pidió que esperara hasta que llegara la señora Mckenzie. Tres minutos más tarde, apareció Helen en el salón.

—¡Hola, Dean! ¿Cómo te encuentras?

—Muy cansado, he tenido un día muy ajetreado y quiero meterme en la ducha y después en la cama.

—Lo entiendo —dijo Helen.

—¿Me puedes explicar qué hago aquí, en casa de tu marido? ¿Y si aparece de repente?

—¡Tranquilo! Se ha ido de viaje y no volverá hasta el próximo lunes.

—Bueno, eso me tranquiliza un poco. Ya veo que tu marido no se fía un pelo de ti.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque te ha puesto vigilancia las veinticuatro horas del día.

—Sí es cierto, precisamente por eso no pude ir contigo a la nave hoy. Si lo llego a hacer, ese hijo de puta nos hubiera descubierto y todos nuestros planes se habrían esfumado para siempre.

—En el *parking* había un tipo metido en un vehículo vigilando, pero estoy convencido de que tiene que haber otra persona vigilando la entrada del edificio —le dijo Dean.

—Sí, es lo más probable, y tampoco me sorprendería de que este piso tuviera cámaras ocultas o que los teléfonos estuvieran pinchados .

—Entonces, ¿qué coño hago yo aquí? No entiendo nada.

—Relájate, Dean, solo era una broma —dijo Helen mientras sonreía—. Bob es un experto en

estas cosas y te aseguro que no hay nada que temer. Bueno, Dean, ahora te das una buena ducha mientras George te prepara algo de comer y después hablamos del trabajo que has realizado hoy, si te parece bien.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto! Es lo menos que puedo hacer por toda la ayuda que me estás ofreciendo.

—¿Y qué pasa con George?, ¿tú crees que hablará con tu marido sobre esto?

—No, yo confío en George con mi propia vida y pongo la mano en el fuego por él. Puedes tener total confianza en él, eso te lo aseguro, y lo mismo te digo con el portero de recepción.

—Muy bien, Helen. No me queda más remedio que creerte y confiar en ti, porque ahora mismo mi vida depende única y exclusivamente de ti. Si me dices dónde está el cuarto de baño, me doy una buena ducha, que la necesito.

Helen lo acompañó al baño y, cuando abrió la puerta, Dean se quedó impresionado con lo que estaba presenciando: era todo un lujo, mirara por donde mirara. Había una bañera tan grande que por lo menos se podían meter dentro unas cinco personas y una ducha de diez metros de largo, cubierta con cristales brillantes. Era impresionante.

—Ahí tienes las toallas y todo lo que necesites, tómate todo el tiempo que sea necesario y relájate.

—¡Muchas gracias!

Una vez que Helen cerró la puerta del baño, Dean se desnudó y se metió en esa enorme ducha. Cogió el gel y empezó a echárselo por todo el cuerpo. A Dean le encantó el olor de ese gel, era un aroma fuerte, floral y marino a la vez. Cuando se estaba echando el champú y lavándose el cabello, a medida que le caía el agua templada aclarándole todo el cuerpo, abrió los ojos y se encontró a Helen completamente desnuda a su lado. La primera impresión de Dean fue que casi le dio un infarto del susto que se pegó, y, la segunda, que era un tío muy afortunado al tener semejante mujer justo a su lado. No se lo podía creer, Helen era una mujer muy atractiva e impresionante. Dean no pudo resistirse a la tentación. La cogió suavemente de la cintura, la apoyó junto a su cuerpo y empezaron a besarse apasionadamente como si no hubiera un mañana. Con cuidado, se agacharon lentamente hasta que los dos quedaron tumbados en el suelo de la ducha y se acariciaron sus suaves cuerpos despacio mientras se besaban apasionadamente. Dean acarició las piernas de Helen con una lentitud y un cosquilleo que la hacía perder el control con gemidos exuberantes mientras se mordía los labios. Entonces Dean abrió las piernas de Helen y la penetró hasta el fondo repetidamente durante un largo periodo de tiempo. Hicieron todo lo imaginable, toda clase de posturas. Hicieron el amor hasta que se les agotó la energía en los cuerpos. Una vez duchados los dos, se secaron, se pusieron una bata cada uno, fueron al comedor y se sentaron a la mesa grande listos para cenar, ya que, después de la gran actuación en la ducha, habían perdido toda la energía y tenían que reponer fuerzas de nuevo. George les había preparado la mesa; todo lo que había en los platos era muy apetecible y se pusieron a comer como si no hubieran comido en dos días. George les sirvió un exquisito vino tinto. Dean probó un sorbo y dijo: —¡Qué rico está este vino!

—Es un vino de 800 dólares la botella —dijo Helen.

Dean se quedó con la boca abierta de lo impresionado que se había quedado. Lo que estaba pensando Dean en ese momento era: «¡Qué bien viven los ricos!, nosotros bebiendo vino de 800 dólares la botella cuando hay niños muriéndose de hambre todos los días en el mundo por falta de alimentos».

A Dean nunca le había atraído la vida de lujo. Ganaba un sueldo muy bueno por el trabajo que

estaba realizando, vivía de alquiler en un apartamento en Manhattan y, aunque tenía carnet de conducir, no tenía vehículo, aunque tampoco le hacía falta. Se conformaba con el transporte público para ir a donde quisiera. Todos los meses, cuando cobraba, le mandaba una cuarta parte de su nómina a sus padres en California, donde vivían, ya que los dos estaban jubilados.

Mientras comían y saboreaban ese estupendo vino, Helen le preguntó a Dean: —¿Cómo te ha ido con lo nuestro?

—¿Me preguntas por lo de la ducha?

Helen empezó a reírse. —Ya sabes a qué me refiero.

—Mejor de lo que esperaba —respondió Dean—, he accedido a toda su información confidencial, lo que me permitirá entrar en la red interna de todas sus cuentas bancarias y hacer que desaparezca cada centavo que tenga. Dicho esto, ya he violado la seguridad, la confidencialidad y la integridad de su uso legítimo. Mañana averiguaré de cuánto dinero estamos hablando, porque imagino que tú no tienes ni idea de todo el capital que tiene tu marido. ¿O me equivoco?

—¡Pues no! No lo sé, lo único que sé es que es uno de los empresarios más ricos del planeta, pero no sabría decirte la cantidad. Si tuviera que decir una cifra, pues te diría que tiene que ser más de tres mil millones de dólares, como mínimo.

—¡Eso es una gran cantidad! —dijo Dean.

Helen sacó de una carpeta un par de documentos en los que tenía escritos varios nombres con distintas cuentas bancarias. La mitad de ellas eran de las islas Caimán, y la otra mitad estaban en Suiza.

—Dean, la fortuna de mi marido está en tus manos, confío plenamente en ti. El 50 % de toda su fortuna quiero que ladesvíes a estas cuentas que te estoy dando ahora mismo y con estos nombres; el otro 50 % quiero que te lo quedés tú.

—Eres muy generosa, Helen, pero yo no sé qué podría hacer con tanto dinero ni cómo esconderlo.

—Yo te enseñaré a hacerlo, por eso no te preocupes.

—¿Tú eres consciente, Helen, de que, si sigo con todo esto, la empresa de tu marido se irá a la quiebra y todos sus empleados se irán a la calle?

—Sí, claro que lo he pensado, y muchas veces, además, pero yo también tengo que pensar en mí misma y no puedo seguir viviendo en este infierno ni un solo minuto más. Necesito ser feliz e irme de aquí cuanto antes, y precisamente ahora sería una grandísima oportunidad, ya que mi marido está de viaje. Me gustaría ver su cara cuando vuelva y descubra que su empresa, con la que ha trabajado toda su vida, se va a ir a la mierda y que él estará arruinado... Me ha entristecido y robado mucho tiempo de mi vida, no puedo más.

—Debes de odiarlo mucho para hacer todo esto —dijo Dean.

—¡No sabes cuánto!, pero él se lo ha buscado.

—Helen, estamos jugando con fuego. ¿Lo entiendes?

—Escúchame, Dean. Si pudiera buscar la forma de hacerlo de otra manera, créeme que lo haría, pero no veo más salida que esta. Yo sé que él nunca me va a conceder el divorcio y que me haría la vida imposible. Y, después de lo que ha hecho con Steven Bradley, se merece lo peor.

—Supongo que tienes toda la razón del mundo. ¡Está bien, Helen! Mañana será el día en que cambiarán nuestros destinos por completo, tanto para ti como para mí. Nada volverá a ser lo mismo y tendremos unas vidas muy distintas a partir de ese momento. Será mejor que vayás preparando una maleta y busques un destino bien lejos de Estados Unidos. También tendrás que

cambiar tu identidad, eso va a ser primordial; con todo el dinero que vas a tener, no te resultará difícil hacerlo. Con todo ese dinero se puede comprar a cualquiera y más si es un avaricioso capaz de traicionar a su mejor amigo, y esa clase de gente es la peor, en la que no puedes confiar para nada.

—Dean, ¿tú crees que yo no he pensado ya en eso? Llevo planeándolo desde hace meses. La verdad es que estoy muy nerviosa y con miedo por todo el cuerpo, porque sé que, si el plan no funciona y se entera mi marido, él acabará conmigo sin piedad.

—Tranquila, Helen, eso no va a pasar, yo me ocuparé de que no te haga daño.

—Dean, agradezco tu ayuda, pero tú tienes que pensar en ti mismo, ser egoísta y desaparecer. Créeme, es lo mejor que puedes hacer. Te voy a explicar cómo puedes esconder el dinero legalmente con un nombre diferente y transferirlo entre cuenta y cuenta.

—No te preocupes por eso ahora, mañana será otro día.

Él estaba pensando precisamente en ese momento: «Si puedo crear un sistema de seguridad con un cifrado ejecutable contra cualquier ataque, ¿cómo coño no voy a saber esconder el dinero? Que siga creyendo lo que quiera, lo único que sé es que mañana cambiará todo y para todos los involucrados».

—Helen, ¿qué tienes pensado hacer cuando llegues a tu destino?

—En cuanto llegue a mi destino habrá gente de confianza esperándome con mi nueva identidad; una vez que la tenga, cambiaré de país, iré a un lugar lejos de aquí y viviré una vida tranquila y feliz para siempre, si dios quiere.

—Ya veo que lo tienes todo muy bien pensado. Y dime, Helen, ¿cómo es que confías tanto en mí como para contarme todo esto? Tú sabes que trabajo para la empresa de tu marido.

—Tú mismo lo acabas de decir, Dean, trabajas para la empresa de mi marido, no para mi marido directamente. Tú eres la única persona en la que puedo confiar aparte de George, Bob y unos colegas lejanos, quienes, como ya te he mencionado anteriormente, serán los responsables de darme una nueva identidad. No puedo confiar en nadie más.

—Yo también tendré que desaparecer de aquí lo antes posible, en cuanto esté todo hecho. Y, teniendo en cuenta que mis padres viven en California, les estoy poniendo en serio peligro en cuanto descubran que yo soy el responsable de todo esto.

—No eres el responsable, Dean. Aquí solo hay una culpable y esa soy yo. Pasado mañana tienes que ir al trabajo como si no hubiera ocurrido absolutamente nada para que no sospechen de ti y, al cabo de un tiempo, dimites y desapareces.

—Sí, todo eso suena muy bien, Helen, pero me temo que las cosas no son tan fáciles como las pintas. Mañana todas las cuentas de tu marido estarán en números rojos. En cuanto abra el mercado, la empresa entrará en pánico total y se irá a la quiebra. Así que seguramente mañana yo también desaparezca, al mismo tiempo que tú. Iré a California, recogeré a mis padres y nos largaremos muy pero que muy lejos de este lugar. Al igual que tú, tendré que cambiar mi identidad y no solo la mía sino la de mis padres también.

—No te preocupes por eso, Dean, mañana te voy a dar unos contactos para que te puedan facilitar tu nueva identidad y la de tus padres. Eso sí, tendrás que desplazarte a Londres. Dean, quiero que te quedes conmigo aquí esta noche. Bob te recogerá mañana sobre las 08:30 am y te llevará a la nave para que finalices tu trabajo. Esta noche posiblemente será la última vez que nos veamos y necesito pasarla contigo. Me esperan unos días con mucha incertidumbre.

Dean estaba cambiando la manera de pensar sobre Helen; algo le decía que, si ella desaparecía de su vida, él lo iba a pasar mal. «¡Creo que estoy sintiendo algo que no he sentido

jamás por una mujer y no quiero que sea con la persona equivocada!»), pensó Dean. Después de conversar tanto tiempo en la mesa donde estaban comiendo, se trasladaron hasta el sofá del comedor.

—George. ¿Nos puedes traer un par de brandis, por favor?

—Sí, señora, ahora mismo.

—¿Y qué va a pasar con George cuando te vayas?

—Él se viene conmigo, por supuesto, y a Bob no se lo he tenido ni que preguntar: él se ofreció. Yo sé que Bob me protegería con su vida, siempre ha sido muy leal conmigo y confío en él al cien por cien, al igual que en George.

En ese momento trajo George los brandis con chocolatinas de menta en una bandeja de plata y lo colocó encima de la mesita enfrente del sofá.

—¡Gracias, George! —dijo Helen mientras se retiraba.

Eran las 23:45 y Dean ya estaba bostezando de lo cansado que estaba.

—¿Dónde voy a dormir esta noche, Helen?

—En la habitación de los huéspedes, te acompaño para enseñarte dónde está.

Una vez en la habitación, Helen le dijo: —Tras esa puerta hay otro cuarto de baño más pequeño con una ducha. Te dejaré ropa limpia para que puedas llevártela puesta por la mañana.

—¡Muchas gracias, Helen! Me has tratado como un rey y nunca lo olvidaré.

—¡Todavía no he acabado contigo! —dijo Helen sonriendo y cerrando la puerta tras de sí.

Dean se fue al cuarto de baño, se limpió los dientes y se metió directamente en la cama. Nunca se había sentido tan cómodo en una cama como en esa. Las sábanas eran de seda pura, el colchón era increíblemente suave y enorme. No tardó ni dos minutos en quedarse dormido.

Media hora después, Helen entró silenciosamente en la habitación, tenía puesto un camisón rosa de seda transparente y no llevaba nada debajo. Se quitó el camisón, lo tiró al suelo y se metió en la cama tratando de no despertar a Dean, aunque fue inútil el intento. Dean se despertó inmediatamente y empezaron a besarse como locos. Hicieron el amor hasta las cuatro y después se quedaron dormidos.

Cuatro horas más tarde, sonó el despertador.

Martes 9 de julio, 8:00 am

Dean y Helen estaban rendidos.

—¡Buenos días, princesa!

—¡Buenos días, Dean!, ¿cómo te encuentras?

—Pues cansadísimo, y no me extraña después del ajetreo que tuvimos toda la noche.

Helen sonrió y le dio un beso en los labios. —¡Venga!, dúchate y vístete; cuando estés preparado, desayunaremos juntos.

Eran las 08:25 am cuando Dean salió de la habitación y se sentó a la mesa del comedor.

—¡Buenos días, señor Dean!

—¡Buenos días, George!

—¿Desea tomar café el señor?

—¡Sí, por favor! ¡Muchas gracias, George!

Un minuto más tarde, Helen se sentó a la mesa y acompañó a Dean en el desayuno. La verdad

es que los dos comieron más de lo normal, estaban hambrientos. Los dos tomaron lo mismo: café, zumo de naranja natural, cóctel de frutas y, por último, dos tostadas de queso fundido con mermelada de frambuesa. Mientras estaban comiendo, Helen le dijo a Dean: —Bob ya está abajo en el *parking* esperándote para llevarte a la nave, Dean, pero me ha dicho que hay un tipo en un coche vigilando y aparentemente es el mismo que estuvo ayer todo el día por aquí.

—Dile a Bob que se vaya y se encuentre conmigo en Central Park a las diez en punto. Que se quede sentado en el banco que hay justo enfrente de la pista de patinaje.

—¡De acuerdo! Ahora mismo se lo digo.

Dean ya llevaba puesto un chándal y unas zapatillas de deporte que le había regalado Helen.

—Acabo de decírselo a Bob, te esperará a esa hora y en el lugar donde has dicho.

—Muy bien. —Dean se levantó de la mesa, cogió a Helen de la mano y le dijo: —Es la hora de irme, Helen. Quiero que sepas que nunca olvidaré estos momentos que he pasado contigo. Te has portado muy bien conmigo y te deseo lo mejor para la nueva etapa de tu vida. Cuando vuelvas a ver esta noche a Bob, serás una mujer muy rica.

—Todavía no te he enseñado cómo esconder tu dinero, Dean.

—No te preocupes por eso, sé apañármelas solo.

Se dieron un largo beso, Dean cogió una gorra, se la puso y se despidió de George.

—Encantado de conocerte, George.

—Lo mismo digo, señor Dean.

Helen acompañó a Dean hasta la puerta. Antes de abrirla, le dio otro beso y le dijo: —Cuídate muchísimo. Aquí tienes un sobre con los contactos para que te hagan la nueva identidad de tus padres y la tuya. Les dices que vas de parte de Helen Mckenzie y ellos se ocuparán de todo y te tratarán como a uno más de la familia.

—¡Muchas gracias por todo, Helen!

—Dean, necesito decirte algo muy importante antes de que te vayas. Mi padre, que en paz descansa, me dijo lo que te voy a decir yo ahora: la decepción, la tristeza, la amargura e incluso el miedo, son sentimientos muy duros que se cruzarán en tu camino en cualquier momento de tu vida. Lo único que vas a conseguir con todo eso es hacerte mucho más fuerte, sabio, maduro y con la confianza de poder afrontar todo reto que se te presente en la vida. ¡Recuerda eso siempre!

Dean le dio a Helen de nuevo un beso muy largo en los labios, agradeciéndole el consejo, saltándole algunas lágrimas de lo triste que se sentía en ese preciso momento, y salió por la puerta principal del edificio a través de la recepción, pero antes de salir saludó al recepcionista y le dio un sobre. No tuvo tiempo ni de darle las gracias porque se fue corriendo a paso ligero. El recepcionista abrió el sobre y se encontró dentro con trescientos dólares en metálico y una nota que decía: «¡Muchas gracias por ayudarme ayer!».

Dean seguía corriendo por las calles de una Nueva York aglomerada de gente. La verdad es que no podía correr mucho. De repente, se paró en un *coffee shop* y se compró un *cappuccino*. Al salir, empezó a andar hasta Central Park a paso lento, ya que tenía bastante tiempo para llegar. Cuando llegó, Bob estaba sentado en uno de los bancos que rodeaban la pista de patinaje. Dean se sentó a su lado sin levantar sospechas y Bob le dijo: —Voy a empezar a andar hasta el coche, cuenta unos treinta segundos y luego me sigues.

—¡De acuerdo! —respondió Dean.

Una vez que los dos ya estaban dentro del vehículo, Dean preguntó a Bob: —¿Tú crees que alguien nos habrá podido seguir?

—No se sabe, pero hay que estar atentos a cualquier imprevisto. —Bob arrancó y se

marcharon hacia la nave. Al llegar allí, Bob le dijo a Dean—: Tengo que ocuparme de un asunto y tardaré un par de horas. Luego volveré a por ti.

—Muy bien, pues nos vemos entonces.

Bob se fue y Dean se puso inmediatamente a lo suyo. Empezó a explorar la red y, al abrir uno de los archivos personales de Crooley se encontró con las cuentas anuales de la empresa: la cuenta de pérdidas y ganancias, el balance abreviado, compras, gastos, ventas e ingresos. Tenía al alcance de la mano todas las cuentas financieras de la empresa. Al parecer Crooley tenía demasiados ingresos de valores de renta fija a través de otras empresas e ingresos de créditos a largo plazo a otras empresas asociadas por una cantidad inexplicable. Lo que realmente le importaba a Dean era el valor del capital que tenía Crooley. Lo increíblemente asombroso era que Crooley no tenía pérdidas. Su capital con todas sus acciones estaban valoradas en la increíble cantidad de diez mil quinientos millones de dólares y no la cifra que se creía su mujer de tres mil millones de dólares.

Dean se puso a descifrar las claves correspondientes para acceder a sus cuentas bancarias. No le resultó nada fácil, pero finalmente había dado en el clavo. Miró el reloj y ya habían pasado casi tres horas desde que empezó a trabajar y Bob todavía no había vuelto. No podía creer lo que sus ojos estaban presenciando en la pantalla del ordenador. Tenía catorce cuentas bancarias en diferentes paraísos fiscales con una suma total de nueve mil millones de dólares y el resto del dinero estaba invertido en acciones de otras grandes empresas.

A él solo le interesaba el dinero en metálico, las acciones no le importaban una mierda, pero al mismo tiempo pensó que tenía que destruir económicamente a Crooley, porque con las más pequeñas acciones que le quedaran en su poder sería una gran amenaza, volvería a levantarse y no descansaría hasta encontrar a los culpables y acabar con todos ellos. Con todo lo que se estaba encontrando Dean en los archivos de Crooley, no tenía ninguna duda de que estaba involucrado en todo tipo de trapicheos ilegales. Dean no era economista, pero tampoco era tonto. No le extrañaría nada que estuviera involucrado en tráfico de drogas, prostitución, apuestas, tráfico de personas etc. Estaba claro que era un mafioso muy peligroso y una de las personas más poderosas que se pudiera encontrar. Dean ya tenía en su poder todas las cuentas bancarias de Crooley y era hora de empezar a trabajar, aunque ya comenzaba a preocuparse por Bob, porque estaba tardando demasiado en volver.

Un informático con la experiencia de Dean iba a convertir de repente a un mafioso muy poderoso en un desgraciado criminal sin un centavo en el bolsillo. Cuando eres poderoso y acabas en la ruina, de alguna manera u otra, todo el mundo se vuelve en tu contra. Eso es lo que Dean planeaba para Crooley y lo hacía todo por Helen. Sus sentimientos hacia ella habían cambiado radicalmente y no iba a dejar que su marido pudiera hacerle ningún tipo de daño. Dean no solo iba a quitarle a Crooley todo lo que poseía, sino que tenía otro plan preparado para él. Sacó una carpeta que tenía metida en su mochila con un par de folios en las que estaban las cuentas bancarias con los nombres de los titulares, nombres de los bancos y a qué paraísos fiscales iban a ser destinados. Eran las cuentas que Helen le dio a Dean para que ingresara el dinero, y así lo iba a hacer. Ingresaría entre todas las cuentas que le dio, a partes iguales, la cantidad de cinco mil millones de dólares. De los cuatro mil millones restantes, donó mil millones para las investigaciones de todo tipo de cáncer; mil millones para la lucha contra el hambre en los poblados más desfavorecidos de África, para medicinas y equipamiento para instalar agua potable: los niños serían la prioridad; quinientos millones para la lucha contra el maltrato a la mujer y quinientos millones para la lucha contra el maltrato animal y todo esto a nombre de

Crooley Mckenzie. Los mil millones de dólares restantes que quedaban, Dean los desvió a diferentes cuentas bancarias, con otros tantos nombres de titulares que ya había planeado desde hace tiempo y, por supuesto, los desvió a paraísos fiscales, siendo Suiza y Mónaco sus mayores ingresos; una cuarta parte fue ingresada en una cuenta en Andorra. Dean no quería el 50 % del dinero como le había dicho Helen, por eso hizo esas donaciones tan generosas y se quedó con mil millones en vez de cuatro mil millones de dólares. Para mucha gente, Crooley iba a ser un héroe por las donaciones que se habían ingresado, pero para el resto de la humanidad no era nada más que un criminal que iba a ser detenido muy pronto por NYPD, el Departamento de Policía de Nueva York, más pronto que tarde.

Dean hizo una copia en un *floppy-disk*, un disco flexible, con todos los registros económicos de contabilidad. Se lo iba a mandar al detective Lorenzo. Dean pensó en ese momento que, tal vez, no habían podido detener a Crooley por el asesinato de Bradley y Larry por falta de pruebas, pero con estas pruebas de evasión de impuestos y delitos fiscales que llevaban ocurriendo desde hace ya bastante tiempo, esperaba que lo encerrarán una larguísima temporada y con una multa muy elevada más los intereses. Dean sacó de su mochila unos guantes blancos de algodón, se los puso y luego sacó un paquete de sobres de tamaño A4, rompió el envoltorio de plástico y cogió uno. Dentro del sobre metió el disco flexible y una nota anónima que escribió por ordenador y lo cerró. Imprimió la dirección de las dependencias policiales de Nueva York a la atención del detective Lorenzo y volvió a poner el sobre en su mochila.

Eran las 22:55 cuando Bob volvió a la nave. —Perdón por el retraso. Lo que tenía que hacer me ha llevado más tiempo de lo esperado.

Dean se fijó en las manos de Bob y vio que tenía restos de sangre seca, pero siguió con lo suyo sin decir ni una sola palabra. Bob se metió en el baño para limpiarse a conciencia las manos. Una vez que salió del baño se dirigió a Dean y le preguntó: —¿Cuánto falta para que termines el trabajo?

—Ya está casi todo hecho, faltará una hora como mucho. Las transferencias a las cuentas de Helen ya están hechas y se va a llevar una grandísima sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Pues sencillamente se va a llevar una cantidad de dinero mucho mayor de lo que esperaba. Va a ser una mujer muy pero que muy rica.

Nada más escuchar esas palabras de Dean, a Bob le salió una sonrisa de oreja a oreja porque él sabía que, cuánto más dinero tuviera su jefa, mejor estaría él económicamente.

Ya eran las 23:40 cuando Dean acabó con todo su trabajo. Antes de salir de la nave, metieron todos los aparatos electrónicos en un bidón, echaron gasolina y le prendieron fuego para no dejar ninguna pista. Bob acompañó a Dean hasta su domicilio y, antes de bajarse del coche, Dean le dijo a Bob: —Dale a Helen las gracias por confiar en mí.

—¡Así lo haré!

—Muchísimas gracias, Bob, por todo, y por salvarme la vida cuando aquellos dos tipos quisieron robarme; no sé qué habría pasado si tú no hubieras estado allí en ese momento.

—No tienes que darme las gracias, Dean. Es mi trabajo.

Allí mismo se chocaron las manos y se despidieron. Al día siguiente, se esperaba que Dean volviese al trabajo, bueno al menos eso es lo que se creían en su departamento, pero no iba a ser así. Dean no volvería a pisar WEBIMP PLC 2000 jamás.

Miércoles, 10 de julio, 08:00 am

Dean llamó a un taxi para que lo recogiera en un cuarto de hora. Al salir del apartamento, le echó un último vistazo y, al cerrar la puerta, le dio mucha pena tener que irse cuando todo le iba tan bien hasta hacía poco. Tenía una vida estable y era muy feliz en su trabajo, pero todo eso iba a cambiar de ahora en adelante. Cerró la puerta y, al bajar a la recepción, le dio las llaves al portero y le dijo: —Cuando venga el dueño del apartamento, dele las llaves con este sobre, por favor.

—De acuerdo, señor Saunders, así lo haré.

Dean se puso los guantes de cuero negro, sacó el sobre de su mochila, se acercó al buzón que estaba justo enfrente de su edificio y metió el sobre dentro. Después, se quitó los guantes y los lanzó al contenedor de basura. Por último, se quedó en su portal esperando hasta que llegase el taxi.

Dean no llevaba maleta, solo su mochila con toda su documentación, además de doscientos cincuenta mil dólares en metálico. ¿Cómo iba a explicar eso, si la seguridad privada o la policía lo pillaban en la terminal del aeropuerto con todo ese dinero encima?

El taxi llegó puntual, y subió a él. Le dijo al taxista: —¡Al aeropuerto de La Guardia, por favor!

Al llegar, pagó al taxista y se dirigió al mostrador de una línea aérea estadounidense muy conocida y le dijo a una de las asistentes de tierra: —¡Buenos días! Quisiera un billete para el próximo vuelo que tengan para Los Ángeles International Airport, por favor.

—El siguiente vuelo sale a las 12:45 pm, señor.

—Muy bien, cogeré ese.

—¿Cómo va a pagar, con tarjeta o en metálico?

—En metálico.

—De acuerdo, déjeme su documentación, por favor. Son setecientos dólares, por favor, señor Saunders.

Dean sacó siete billetes de cien dólares de un sobre en el que solo había puesto mil quinientos para no levantar sospechas y pagó a la asistente.

—¡Muchas gracias y feliz vuelo, señor Saunders!

—¡Gracias!

Una vez que terminó el *check-in* tenía que pasar por el control de seguridad para llegar a la puerta de embarque, se puso a la cola y cuando le llegó su turno metió la mochila por la máquina de rayos x y luego se dirigió hacia el detector de metales. Pasó sin ningún problema y eso lo alivió bastante, teniendo en cuenta que su mochila había pasado por la máquina sin que a nadie le llamara la atención.

Todavía le quedaba tiempo para coger el vuelo, así que se fue a la cafetería justo enfrente de la puerta de embarque donde él iba a subir. Pidió una cerveza y un sándwich de atún.

12:05 pm

En la puerta de embarque ya se estaba anunciando que dentro de unos minutos iban a empezar a embarcar. Dean estaba a punto de levantarse, cuando vio como Helen, Bob y George pasaban por

delante de él y se quedó alucinado. No podía creer lo que sus ojos estaban presenciando. Los tres se pararon en el *gate* que estaba justo al lado de Dean y se sentaron a esperar para embarcar a su vuelo. Antes de que Dean se pusiera en la cola, se fijó en el destino de Helen. Se dirigía a París. Él tenía muchísimas ganas de ir a ver a Helen y poder besarla y abrazarla de nuevo, pero algo le decía que no debía hacerlo. Dean se puso en la cola y, cuando le dio a la azafata la tarjeta de embarque, él miró hacia atrás y Helen se quitó las gafas fijándose en Dean mientras levantaba la mano para saludarla. A ella le saltaron las lágrimas sabiendo que no podía despedirse de él como a ella le hubiera gustado. Dean, destrozado por dentro, desapareció de su vista para lo que se supondría que sería para siempre.

Harry y Jane estaban sentados en el sofá del salón viendo la televisión como hacían todas las noches cuando empezó a sonar el timbre.

—¿Quién será a estas horas de la noche? —preguntó Harry a su mujer.

Los dos se levantaron y fueron hacia la puerta. Cuando Harry la abrió, se quedaron con la boca abierta y empezaron a llorar de la emoción. Ahí estaba Dean de pie enfrente de sus padres después de tanto tiempo. Se dieron un fuerte abrazo y muchos besos entre los tres. Harry cerró la puerta y se fueron al salón. Jane no paraba de llorar mientras su hijo se sentaba al lado de ella sujetándole la mano. Los padres de Dean querían muchísimo a su hijo, siempre se esforzaron al máximo e hicieron lo que pudieron para que Dean tuviera la mejor educación posible. Pasaron un par de horas mientras cenaban los tres juntos, conversando de todo lo que sus padres quisieron saber de él. Lo que no esperaban era lo que Dean les iba a contar a continuación, cuando de repente lo soltó todo, absolutamente todo de lo que le había ocurrido en las últimas tres semanas. Les explicó que él mismo cometió un delito al violar la red de seguridad y que tenía que huir del país lo antes posible, antes de que fuera descubierto. Les contó que no solo lo hizo por ayudar a una mujer, sino que al ser un testigo de la desaparición de un cadáver, por así decirlo, lo perseguían día y noche para vigilarlo. No le quedó más remedio que huir, pero, para hacer eso, primero tenía que debilitar a su enemigo, y creía que lo había conseguido.

—Mamá, papá, tenemos que irnos los tres mañana mismo porque, una vez que descubran lo que hice, no solo vendrán a por mí, sino a por vosotros también, y eso no lo voy a permitir.

—¿Te das cuenta, hijo, que todo por lo que has luchado en tu vida para llegar a donde has llegado ya no sirve absolutamente para nada?

—Sí, lo sé, papá, pero no me quedó más remedio que hacerlo. Tendréis que preparar una maleta con poca ropa para los dos y los documentos más importantes, sin olvidar los pasaportes. No os preocupéis por nada, haremos un par de trasbordos antes de llegar a nuestro destino. Tendréis una identidad nueva cada uno, compraremos una casa y tendréis todo lo que vais a perder aquí y más. Os quiero más que a nada en este mundo y no dejaré que os pase absolutamente nada, ¡os lo prometo!

—Hijo mío, después de todo lo que nos has contado, te ayudaremos en lo que necesites. Sé que tú no eres un criminal y, si tuviste que hacer lo que hiciste, es porque no te quedó más remedio y lo entendemos.

—Muchas gracias, papá, por entenderlo.

—Nosotros ya somos viejos, Dean, pero tú tienes toda la vida por delante.

—No sois tan viejos, papá, a vosotros todavía os quedan muchísimos años por delante. Os aseguro que no os va a faltar de nada. Ahora quiero que descanséis, mañana prepararemos lo necesario y nos iremos directos al aeropuerto.

—¡De acuerdo, hijo! ¡Buenas noches!

Viernes, 12 de julio, 10:05 am, Nueva York

El cartero entró en la comisaría de Nueva York para entregar un sobre a la atención del detective Lorenzo. Él no se encontraba en el despacho en ese momento, así que dejó el sobre a cargo de un oficial que estaba de guardia. Este fue al despacho de Lorenzo, puso el sobre encima de su mesa y cerró la puerta.

A unos 4489 kilómetros de distancia, en California, tres horas antes a las 07:05 am, Dean se levantó y bajó a la cocina para prepararse el desayuno, y, para su sorpresa, se encontró a sus padres desayunando a la mesa de la cocina. —¡Buenos días! ¡Qué temprano estáis desayunando!

—La verdad, hijo, es que no podemos dormir, como comprenderás, después de contarnos lo de anoche —dijo su madre, Jane.

—No os preocupéis por nada, veréis como todo va a salir muy bien.

—Te voy a preparar el desayuno, hijo.

—¡Gracias, mamá!

Su madre le preparó sus famosos huevos revueltos, que a Dean lo enloquecían de pequeño. Le puso el plato en la mesa con dos gruesas tostadas y los huevos revueltos por encima con *bacon*, su café y un zumo de naranja recién exprimido. —¡Muchas gracias, mamá! Esto es lo que yo llamo un desayuno de verdad —Dean tenía que reponer fuerzas porque le esperaba un día muy largo.

Mientras, en Nueva York, Lorenzo tardaba bastante en llegar a su oficina, y no era normal en él. Barch llamó tres veces seguidas hasta que por fin lo cogió.

—¿Sí?, ¿quién es? —preguntó Lorenzo.

—Soy yo, Barch, ¿qué te ha pasado?

—¡Mierda!, me he quedado dormido, ni siquiera oí la alarma. Enseguida estoy ahí, me doy una ducha y voy enseguida.

—Tranquilo! Aquí te espero.

Viernes, 12 de julio, 10:00 am, California

El taxi paró justo enfrente de la puerta donde vivían los padres de Dean. Los tres salieron de la casa con una mochila cada uno y sin ninguna maleta. Harry cerró la puerta y metió la llave dentro del buzón. Subieron al taxi y se dirigieron al aeropuerto.

Eran las 11:30 am en Nueva York cuando Lorenzo apareció en su despacho y se estaba tomando un café cuando vio un sobre a su nombre. Lo abrió y sacó un disco flexible y una nota escrita por ordenador que decía: «En este disco hay suficientes pruebas para incriminar a Crooley Mckenzie por fraude fiscal, evasión de impuestos, apuestas ilegales, redes de explotación sexual y prostitución de mujeres, la mayoría extranjeras, y por extorsión y secuestro. Creo que tendrá suficiente con esto para que se pudra en la cárcel». La nota era anónima y no decía nada más. A Lorenzo se le cambió el rostro por completo: de estar medio dormido y sin querer hablar con

nadie, a sonreír y desear empezar a trabajar con buen pie por la mañana. Empezó a analizar el disco mientras llamaba a Barch por teléfono.

—¡Ven a mi despacho inmediatamente!

No pasaron ni diez segundos y Barch ya estaba allí. —¿Qué ocurre?

—Mira lo que tengo en la pantalla del ordenador.

—¿Qué es esto?

—Son todas las irregularidades de las cuentas de Crooley Mckenzie. Necesito llamar a un experto financiero para que examine todo esto; mientras yo hago eso, tú lleva esta nota para que sea analizada, a ver si pueden encontrar huellas dactilares o ADN.

—¡De acuerdo, ahora mismo me pongo a ello!

—Aquí hay ingresos de mucha importancia a otras empresas muy pequeñas. Esto me huele muy raro —dijo Lorenzo.

Dio la casualidad de que este mismo día, en Wall Street, el mercado en bolsa de la empresa WEBIMP PLC 2000 se estaba desplomando más que nunca. Estaban todas las acciones cayendo como piedras pesadas en un charco de agua; ya no tenían ningún valor en absoluto y todos los accionistas perdieron millones de dólares. Un auténtico desastre para la empresa.

Viernes, 12 de julio, 13:00, California

Dean y sus padres estaban sentados en una cafetería en el LAX, el Aeropuerto Internacional de los Ángeles. Mientras bebía un sorbo del café, Dean se fijó en el televisor de la cafetería y, en un canal, estaban transmitiendo en directo las noticias del mercado financiero, por lo que vio como WEBIMP PLC 2000 se estaba desplomando. En la parte inferior de la pantalla del televisor se veía como corrían los números en rojo. Era un caos total. «¡Y pensar que todo esto lo he causado yo!», pensó Dean Saunders. Empezó a sonreír y su padre le preguntó: —¿De qué te ríes, Dean?

—Creo que vamos a estar mucho más tranquilos de lo que esperaba.

En un hotel de las islas Caimán, estaba Crooley alojado en una de las suites más caras con vistas al mar. Eran unas vistas impresionantes. Se encontraba en la cama con una mujer morena de alto *standing* que trabajaba en una agencia de *escorts*. La había conocido la noche anterior en un bar cercano al hotel y le pedía mil dólares la noche. Crooley aceptó y pasaron la noche juntos. Mientras ella se iba desnudando, Crooley sacó cinco mil dólares de su cartera y se lo dio a la mujer. Ella le dijo: —Esto es muchísimo más de lo acordado.

Crooley respondió diciendo: —¡No te preocupes!, tómatelo como una gran propina.

A la mañana siguiente, las puertas del balcón estaban abiertas mientras entraba la brisa fresca del amanecer y con ese olor espléndido del mar. Crooley se acababa de despertar, se levantó de la cama y se sirvió un café; se sentó en el sofá y se dio cuenta de que en su móvil tenía 34 llamadas perdidas del mismo número. Devolvió la llamada para averiguar qué había pasado y su director de finanzas le contó que la empresa estaba de repente en quiebra, que todas las acciones perdieron todo su valor y todas las empresas que tenían cualquier tipo de negocios con WEBIMP PLC 2000 se habían retirado de dichos acuerdos. Crooley se volvió completamente loco, la chica que estaba en la cama se asustó, se puso la ropa lo más rápido posible y salió corriendo, dejando la puerta

abierta. Crooley ni se había percatado de que ella se había largado de la habitación. Lo único que pensó en ese momento era en volver a Nueva York cuanto antes y averiguar qué fue lo causante de todo esto. Preparó su maleta, se metió en la ducha y se fue directo al aeropuerto a coger su jet privado.

14:15, California

Dean Saunders y sus padres embarcaron en el avión con destino a Londres, al aeropuerto de Heathrow.

Dean tenía planeado, una vez llegaran al hotel, ponerse en contacto con la gente que les iba a proporcionar las nuevas identidades de sus padres y varias identidades para Dean con los mismos nombres de todas las cuentas bancarias que había creado, y luego coger otro vuelo con destino a Barcelona, donde alquilaría un coche para desplazarse hasta Andorra. Allí se quedaría tres días para luego conducir hacia Madrid al Aeropuerto de Barajas con el fin de tomar un vuelo que sería su último destino.

Crooley aterrizó en el Aeropuerto de JFK justo a las 20:00 donde la limosina de la empresa le estaba esperando. Jeff, el chófer habitual de Crooley, no era el que estaba conduciendo, sino otro chófer distinto. —¿Dónde está Jeff, mi chófer personal?

—Fue asesinado dentro de una de las limosinas que estaba en el *parking* de su domicilio, señor Crooley.

—¿Qué? ¿Quién coño ha cometido semejante atrocidad?

—No lo sabemos, señor.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—La Policía encontró el cadáver ayer por la mañana, pero dicen que llevaba muerto desde el miércoles por la noche.

—¿Cómo lo han matado?

—Fue apuñalado diez veces por todo el cuerpo dentro de su coche.

—¿Y por qué nadie me avisó de esto?

—Se lo comuniqué a Mark y él me dijo que se lo diría a usted inmediatamente.

—¡Está bien! Vámonos a la empresa.

Cuando llegó al despacho, lo primero que hizo fue entrar en todas sus cuentas bancarias. No paraba de dar golpes en la mesa cada vez que entraba en cada una de ellas y se la encontraba en números rojos. Se metió en sus archivos personales y descubrió que toda su información confidencial había sido alterada y copiada. Crooley cogió el teléfono y dijo: —Mark, ¡ven a mi despacho inmediatamente!

—¡Sí, señor, ahora mismo!

Mark Perry era el director financiero de Crooley. Habían trabajado juntos los últimos quince años codo con codo. Mark entró en el despacho de Crooley y preguntó: —¿Qué ocurre?

—Primero quiero saber por qué no se me avisó de que Jeff había sido asesinado.

—Lo llamé unas treinta y cuatro veces, y usted no cogía el teléfono: además, no creo que sea buena idea hablar sobre ese asunto por teléfono. ¿No le parece?

—Quiero que averigües quién ha manipulado mis archivos personales y quién ha transferido mi dinero y lo quiero saber cuanto antes. ¿Entendido?

—Sí, señor, me pongo a ello inmediatamente.

—Quien haya hecho esto lo va a pagar con su vida, lo juro.

La empresa estaba seriamente perjudicada. Había muchos empleados trabajando durísimo para poder solucionar sus problemas en cada departamento hasta las tantas de la madrugada, pero iba a ser inútil todo eso. La empresa ya estaba prácticamente en la quiebra total. Mark llamó a Russell por teléfono y le pidió que enviara al mejor informático que tuvieran a su disposición lo antes posible al despacho de Crooley.

—El mejor informático que tengo no está disponible. Da la casualidad de que no sabemos nada de él desde el miércoles.

—¿Y eso cómo es posible?

—El lunes llamó diciendo que se iba a ausentar del trabajo un par de días porque le había entrado algún virus y no se encontraba bien. Tenía que haber vuelto el miércoles, pero no hay señales de él. Hemos llamado a su teléfono un montón de veces, pero no contesta.

—¿Cómo se llama ese tipo?

—Dean Saunders.

—¡Muy bien! Mándame a otro informático y que se traiga la dirección de ese tal Dean.

—¡Sí, señor, inmediatamente!

Mark volvió al despacho de Crooley y le dijo que un informático ya estaba de camino, aunque no era el mejor que tenían.

—¡Yo quiero el mejor, maldita sea! —respondió Crooley muy alterado con una copa de *whisky* en la mano.

—Yo creo que ya sé quién ha podido ser el responsable de todo lo que está pasando en la empresa.

—¿Quién coño ha sido?

—El mejor informático de su empresa se llama Dean Saunders y por lo visto no ha trabajado desde el lunes.

«¡Dean Saunders! Ese es el tipo que vio a Larry con el cadáver de Steven Bradley», se dijo a sí mismo Crooley. En ese momento llegó Paul, el informático que había mandado Russell.

—¡Dame la dirección de Dean! —le pidió Mark.

—Aquí tiene, señor.

—Ya no te necesitamos, puedes volver a tu despacho.

—¡Muy bien, señor!

Mark le dio la dirección a Crooley y este le dijo: —Mark, déjame a solas, tú ya te puedes ir a casa, no hay nada más que hacer aquí.

—¿Está bien, Crooley?

—Sí, sí, no te preocupes, quiero estar solo.

—De acuerdo. Si me necesita, solo tiene que llamarme.

Mark salió de su despacho y cerró la puerta. Crooley se bebió el *whisky* de un trago, lanzó la copa contra la pared y se rompió en mil pedazos. —¡Dean, eres hombre muerto! ¿Querías una guerra? Pues ya la tienes —dijo Crooley en voz alta. Se levantó de su silla, cogió el teléfono y le dijo al chófer que estuviera listo esperándole en la puerta principal del edificio, que iba a bajar en cualquier momento. Crooley bajó inmediatamente, se metió en la limusina y cerró la puerta. —Llévame a esta dirección lo antes posible.

—¡Sí, señor!

Al llegar, Crooley bajó del coche y entró en el portal. Pasó por delante del mostrador y ahí

estaba el portero, sentado, viendo un partido de béisbol en una televisión pequeña.

—Vengo a ver a Dean Saunders, soy un viejo amigo suyo.

—Dean ya no vive aquí, me dejó las llaves del apartamento para que se las entregara al dueño en cuanto viniera.

—¿Sabe dónde lo puedo encontrar?

—No, lo siento, no me dijo a dónde se iba.

—¡Muy bien, gracias! —Crooley volvió al vehículo y le ordenó al chófer que lo llevara a su casa. Una vez que Crooley entró por la puerta principal de su edificio, saludó al portero y subió al apartamento. Al abrir la puerta se encontró todo oscuro y silencioso. Nunca había ese ambiente mientras él vivía ahí. —Helen, Helen, ya he vuelto. ¡George! ¿Hay alguien en casa? —Habla en voz alta, pero nadie contestaba. Al encender la luz del comedor, se encontró un sobre con su nombre encima de la mesa. Cogió el sobre, lo abrió y sacó una nota escrita a mano que decía lo siguiente: «¿Qué se siente al ser humillado y derrotado al mismo tiempo? Te has quedado solo y sin un centavo. Tú mismo te lo has buscado. ¡Hasta siempre! Love, Helen».

Crooley vio como la nota de papel, que estaba escrita a puño y letra de su mujer, se caía lentamente al suelo, como si fuera la pluma de un faisán. En vez de derrumbarse y caerse de rodillas, se sirvió una copa de *whisky* y se fue a su habitación para tumbarse en la cama. Miró hacia el techo y dijo: —Todos mis trabajadores serán despedidos y no les podré pagar ningún tipo de indemnización; luego vendrán las denuncias, querellas, juicios. Seguro que averiguarán que he cobrado millones de dólares en comisiones ilegales de empresas ficticias. Me han robado información muy comprometida que, al ser descubierto, hará que me encierren en una prisión de por vida y, por último, va mi mujer y me deja, y todo eso es porque amenacé de muerte a Dean si hablaba con la Policía otra vez. Dean, has ganado esta batalla, pero no la guerra. —De repente, empezó a reírse a carcajadas, parecía estar loco. Media hora después, se levantó de la cama y llamó al chófer de nuevo. —Recógeme en mi domicilio dentro de una hora y espérame en el *parking*.

—¡Sí, señor, allí estaré! Crooley preparó una mochila de deporte, se dio una ducha, se vistió y bajó al *parking* donde ya estaba el chófer esperándole.

—Vamos de vuelta a la empresa.

Una vez allí, le dijo al chofer: —Espérame aquí. Tardaré como mucho unos veinte minutos.

—¡Sí, señor!

Crooley subió a su despacho, abrió las dos cajas fuertes y sacó de ellas cinco millones de dólares en metálico, todos sus vídeos grabados de su despacho más unos pasaportes falsos con diferentes nombres para situaciones previstas como esta y lo puso todo en su *gymbag*. Bajó otra vez al vehículo y le dijo al chofer que le llevara de vuelta a su domicilio. Al llegar, le dio tres billetes de cien dólares. —Mañana quiero que me recojas a las nueve de la mañana en punto, no llegues tarde. Si eres puntual veras más billetes como esos.

—Sí, señor, a las nueve estaré allí.

—Perdón, no sé tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Joe, me llamo Joe Lang, señor.

—Muy bien, Joe, mañana nos vemos. ¡Buenas noches!

Crooley se bajó del vehículo y subió a su apartamento de nuevo. Una vez allí, sacó todos los vídeos grabados que tenía de su despacho y los quemó todos sin dejar pista ninguna de cualquier grabación. Se preparó una pequeña maleta de mano con poca ropa, los cinco millones de dólares y los pasaportes falsos.

Sábado, 13 de julio

Joe llegó al *parking* justo a las 08:50 am. Crooley bajó puntualmente y se metió en el coche a las 09:00 am.

—¡Buenos días, señor Crooley! ¿Cuál es su destino?

—El Aeropuerto de La Guardia.

Sábado, 13 de julio, 9:00 am, Londres

Dean se reunió en la cafetería del hotel donde se hospedaba con tres caballeros vestidos de traje, corbata y unos zapatos verdaderamente caros. Nunca se había fijado en unos zapatos tan espectaculares como esos, le llamaban mucho la atención. Nada más sentarse los caballeros a la mesa, Dean llamó al camarero y le dijo que trajera cuatro cafés. —¡Buenos días, señores! Vengo de parte de Helen Mckenzie. Me contó que ustedes me pueden ayudar a conseguir nuevas identidades para mis padres y para mí.

—¡Así es! Podemos hacer eso y mucho más —dijo uno de ellos. En ese momento vino el camarero con los cafés y todo el mundo se quedó callado en esa mesa hasta que se fue.

Dean sacó de su mochila una carpeta que contenía dos folios, en uno de ellos había escrito los nombres y apellidos nuevos para sus padres y para él. En el otro folio, diez nombres y apellidos diferentes que serían los titulares de las cuentas bancarias que él mismo se había abierto. — Necesito pasaportes para cada uno de esos nombres y apellidos, carnets de conducir, partidas de nacimiento, certificado de boda de mis padres con estos nombres y visados para entrar en Australia. Les doy cien mil dólares en metálico ahora mismo y trescientos mil cuando los tenga en mi poder. Este es el hotel que tengo reservado para pasado mañana en Andorra, ahí tienen la dirección.

Uno de ellos cogió los folios y respondió: —¡De acuerdo! El martes 16 de julio, probablemente por la tarde, recibirás un paquete en mano con todo preparado, aunque no te vamos a cobrar un centavo por ello.

—¿Cómo? ¿Y eso por qué? —preguntó Dean.

—Cortesía de Helen Mckenzie. Ha pagado una enorme cantidad para que lo tengas todo solucionado cuanto antes.

Dean no podía creer lo que estaba escuchando, se quedó con la boca abierta. —Por favor, denle a Helen muchísimas gracias por todo y díganle que la voy a echar muchísimo de menos.

—Así lo haremos, no se preocupe.

—Bueno, esta reunión se da por concluida —dijo otro de los caballeros. Se estrecharon las manos y se despidieron.

11:30 am, *parking* del aeropuerto LaGuardia, New York

Crooley le dio al chófer un sobre y le dijo: —Si alguien te pregunta, a mí nunca me trajiste al aeropuerto. ¿Entendido?

—¡Sí señor!, lo entiendo perfectamente. ¡No se preocupe!

—Joe, lo mejor es que te busques otro trabajo. WEBIMP PLC 2000 va a desaparecer muy pronto y todos sus empleados quedarán en la calle. —Crooley salió del vehículo y se fue hacia la terminal.

Joe en ese momento abrió el sobre y contó veinte billetes de cien dólares cada uno. Nada más ver eso pensó: «Yo quiero trabajar para este tipo». Puso el sobre dentro de su chaqueta, salió del vehículo, cerró la puerta con llave y fue corriendo detrás de Crooley. La terminal estaba abarrotada de gente, pero al final Joe dio con él.

—¡Señor!

—¡Joe!, ¿qué haces tú aquí?

—Señor, yo quiero trabajar para usted, no tengo familia ni nada que me retenga aquí. Deje que me vaya con usted.

—¡Muy bien! Pero no en este viaje. Además, no quiero que dejes la limosina en el *parking* de la terminal, porque entonces eso sí que sería muy sospechoso. Llévate el vehículo al *parking* de la empresa y lo dejas allí. Luego te vas a casa y descansa. Dame un número de teléfono y espera mi llamada. Te llamaré. ¡No te preocupes!, ya hablaremos.

—¡Muchas gracias, jefe! Aquí tiene mi número.

Mientras, en Londres, Dean ya les estaba comunicando a sus padres que el día siguiente, domingo 14 de julio, iban a coger un vuelo con destino a Barcelona. Los padres de Dean no eran tan viejos como parecía; eran bastante fuertes físicamente los dos, por lo que podían aguantar estos viajes que estaban haciendo y muchos más. Todo tenía que salir perfecto. Si a Dean le pasaba algo, sus padres no se lo iban a perdonar nunca y ellos estarían perdidos.

—¿Cómo es ese tal Crooley, hijo? —preguntó Harry.

—Es de la peor calaña que te puedas imaginar. Es un hombre despreciable hacia su mujer, un asesino, un estafador y encima sus hombres me amenazaron de muerte por hablar con la Policía. Así que te puedes imaginar qué clase de persona es.

—Normal que quieras empezar tu vida en otro lugar, yo hubiera hecho lo mismo.

—Lo estás haciendo, papá. Los tres lo estamos haciendo, no nos queda otra, pero no os preocupéis por nada, porque vais a tener mejor vida que antes.

—Eso no nos importa, hijo, lo importante es que estemos juntos y a salvo.

—Lo estaremos, papá, ya lo verás.

Dean no iba a dejar que se preocuparan por nada en absoluto, así que les dijo a sus padres: — Nos vamos ahora mismo a un buen restaurante a comer. ¿Qué os apetece?

—Ya sabes que a tu padre y a mí nos gustan mucho las especias —respondió Jane.

—¡Pues eso está hecho! Esta ciudad es perfecta para esa clase de comida porque, aunque no os lo creáis, aquí en Londres hay muchos restaurantes indios y hacen unas comidas extraordinarias.

—¡En ese caso, a un restaurante indio!

Salieron del hotel y cogieron un taxi que los llevó a uno de los restaurantes indios más famosos de Londres. Nada más llegar, Dean pagó al taxista dejándole una buena propina y se bajaron del taxi. Una vez en el restaurante, se notaba un ambiente mucho más calmado de lo que ellos estaban acostumbrados. En California era más ruidoso, carcajadas, risas etc., y aquí era todo lo contrario, silencio y seriedad. Pero esta clase de ambiente les agradaba a Harry y a Jane, les gustaba el silencio y la tranquilidad. Se sentaron a una mesa y el camarero de inmediato trajo la carta. — ¡Muy buenas! ¿Qué desean tomar los señores?

—Dos pintas de cerveza y un vino blanco, por favor.

—Enseguida —dijo el camarero. Mientras estaban charlando, sin pasar ni cinco minutos, el camarero ya volvió con las bebidas y las puso encima de la mesa—. ¿Han decidido los señores lo que desean comer?

—¡Sí, queremos tres korma de cordero y tres de arroz, por favor!

—¡De acuerdo!

Quince minutos más tarde, el camarero trajo esos deliciosos platos de korma de cordero y a Dean se le hizo la boca agua solo de verlo. No solo tenía buena pinta, sino que el aroma era fantástico. Pasó una hora y media cuando por fin salieron del restaurante y cogieron un taxi de vuelta al hotel. Tenían que descansar, especialmente los padres porque les esperaba otro largo viaje.

Joe Lang era una persona sin familia; sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando él era solo un niño y se crio en un orfanato hasta cumplir los 18 años. No tenía mujer ni hijos, era un tipo muy maduro y verdaderamente responsable, pero eso no le llevaba a ninguna parte. Él sabía perfectamente en qué se iba a involucrar, pero le daba exactamente igual. Quería acción y estaba seguro de que lo iba a conseguir. Solo pensaba en esa llamada de Crooley que le podía cambiar la vida por completo.

Domingo, 14 de julio, 12:30 pm, Villavicencio, a 120 kilómetros de Bogotá

Crooley salió de su hotel para reunirse con un narcotraficante que él conocía desde hacía años llamado El Pico, muy conocido en todo el municipio de Guayabetal. Se iban a reunir en un restaurante muy cercano al hotel donde se estaba alojando Crooley. Fue él quien entró primero al restaurante, cuando se le acercó un camarero y le preguntó. —¡Muy buenas tardes! ¿Qué desea el señor?

—Tengo una mesa reservada a nombre de Smith.

—Sí, señor, le estábamos esperando, ¡por favor, sígame! Espero que esta mesa sea de su agrado, señor Smith.

—¡Es perfecta, gracias! —dijo Crooley, que, obviamente, ya estaba utilizando nombres falsos para no ser descubierto. Se sentó a una mesa en un rincón aislado del resto, justo lo que requería para hablar de sus negocios con El Pico.

El camarero se acercó a la mesa y le preguntó a Crooley. —¿Desea tomar algo el señor?

—Sí, tráigame un *whisky* con hielo.

—¡Ahora mismo, señor!

Justo en ese mismo instante, El Pico entró por la puerta y le dijo a uno de los camareros. — Vengo a ver a un amigo, creo que ya me está esperando.

—¡Así es, señor, acompáñeme, por favor!

Al verse las caras los dos, se dieron un abrazo muy fuerte y se sentaron a la mesa. —¿Qué quieres beber, amigo mío?

—Tengo que conducir, así que solo me tomaré un zumo de tomate.

—Pues, un zumo de tomate para mi amigo —le dijo Crooley al camarero—. Juan Antonio Rosales, cuánto tiempo, amigo. —Ese era el verdadero nombre de El Pico, pero Crooley era uno de las poquísimas personas que le podían llamar por su verdadero nombre. Aun así, casi nunca lo hacía.

—¡Lo mismo digo, Crooley! ¿Qué te trae por aquí, viejo amigo?

—Tú te acuerdas del favor que te hice, ¿verdad?

—¡Cómo me voy a olvidar de ello! Lo tengo grabado a fuego en la memoria noche y día.

—Pues ahora necesito que tú me hagas un favor a mí.

—Dime. ¿De qué se trata?

Crooley giró la cabeza para asegurarse que no había nadie a su alrededor, miró a El Pico a los ojos y le dijo: —Quiero que mates a dos personas, uno de ellos es un informático que trabajaba para mi empresa, WEBIMP PLC 2000.

—Ya oí lo que ha pasado con tu empresa últimamente, ¡lo siento! ¿Y quién es la otra persona que va a tener la misma fortuna?

—Mí mujer.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé a ciencia cierta, pero creo que mi mujer contrató a Dean Saunders para arruinarme por completo. Lo que no saben es lo que tú y yo sabemos, y voy a gastar cada puto dólar que tengo hasta encontrarlos y matarlos.

—Me dejas sin palabras, Crooley, nunca pensé que tu mujer pudiera hacer una cosa semejante.

—Toma, aquí tienes todos los detalles personales de Dean Saunders y los de mi mujer. Ahora vamos a comer y luego hablaremos de todo este asunto a solas en tu hacienda, amigo mío.

—Como quieras, Crooley.

El Pico llamó al camarero y le dijo: —Tráenos dos de hayacas, dos de mamonas y una pequeña ensalada con una botella de vino de la casa.

—¡Muy bien, ahora mismo, señores!

—No sé lo que has pedido, pero seguro que está delicioso —dijo Crooley.

—Son típicas comidas de estas tierras. La mamona es carne de ternera, es un sabor típico del Meta; se trata de carne asada que se acompaña con papa cocida, plátano maduro, yuca y ajo. Y la hayaca es de forma rectangular y contiene carne picada de cerdo, especias y pollo, todo adobado con cebolla y cilantro.

—Ya me está entrando hambre, eso tiene que estar delicioso —dijo Crooley.

—¡Ah, por cierto! El vino es muy bueno, pero, como te he dicho, solo me puedo tomar una copa, ya que tengo que conducir.

—¡No te preocupes!, yo me encargaré de beberme el resto, seguro que estará delicioso.

Pasaron casi dos horas y media en el restaurante cuando, por fin, salieron y se montaron en el todoterreno de El Pico, de una marca muy conocida de las que ya no se fabricaban, y se dirigieron hasta su hacienda Los Soles. La distancia entre Villavicencio y Guayabetal era de unos treinta kilómetros, por lo que tardaron más o menos media hora en llegar. Cuando salieron del coche, Crooley no se podía creer lo que había cambiado la vivienda de El Pico desde la última vez que había estado allí. La hacienda Los Soles tenía doscientas hectáreas de terreno, un establo con caballos y la vivienda era ahora una gran mansión con doce habitaciones, cinco cuartos de baño, dos cocinas inmensas, dos salones grandes, una salita de estar, una pequeña biblioteca y su despacho particular. Detrás de la mansión, tenía un jardín inmenso con una piscina con cascadas y rodeaban el jardín árboles de distintas clases. Era verdaderamente una joya arquitectónica y un lugar donde uno viviría muy feliz para pasar el resto de sus días, por lo menos eso era lo que pensaba Crooley.

—Vamos a la biblioteca y hablemos tranquilamente —sugirió El Pico.

Una vez allí, se sirvieron dos copas de coñac y se sentaron en los sofás de cuero que rodeaban una pequeña mesa de mármol negro. El Pico empezó a mirar con todo detalle toda la información que Crooley le había dado sobre Dean Saunders y le dijo: —Ya veo que tienes aquí la dirección de sus padres en California.

—¡Así es!

—Pues les vamos a hacer una visita inesperada muy pronto. Me imagino que Dean ya no vivirá en Manhattan, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, yo mismo fui donde vivía y el portero del edificio me dijo que le había entregado las llaves del apartamento para que se las devolviera al dueño porque se iba de allí para no volver, y el portero no tenía ni la menor idea a dónde podría haber ido. Estoy seguro de que Dean y mi mujer se han cambiado sus identidades. Serían muy estúpidos si no lo hiciesen después de la que han liado los dos.

—Si eso es cierto, complicaría bastante las cosas y se pondría muy difícil la situación, pero el dinero lo cambia todo, eso lo sabes mejor que nadie, ¿verdad Crooley?

—¡Así es! Yo compraba a personas todos los días.

—¡No te preocupes, Crooley! Aunque creo que tardaremos en dar con ellos, no te quepa la menor duda de que los encontraremos, sea como sea.

—¡Gracias, eres un buen amigo!

—No me las tienes que dar. Tú me salvaste la vida hace muchos años y siempre estaré en deuda contigo. Eso sí, esto va a costar mucho dinero, no te olvides de que yo tengo contactos con

jueces, fiscales, funcionarios, policías y muchos más que trabajan para mí y, claro, van a querer cobrar su parte.

—No creo que tus contactos te sean de mucha ayuda —le dijo Crooley—, seguramente ya no estén ni en Estados Unidos. Tendréis que encargáros personalmente del asunto tú y tus hombres. No te preocupes por los gastos, todo eso corre por mi cuenta; los dos sabemos muy bien que tengo dinero suficiente y dónde está guardado.

—Acompáñame —dijo El Pico a Crooley.

Entraron por un pasadizo secreto cuya entrada estaba detrás de las estanterías de la biblioteca y bajaron por unas escaleras que daban a un corredor que se desviaba por dos caminos. Tomaron el camino de la derecha y, a unos veinte metros, llegaron hasta un cuarto oscuro en el que había una bombilla colgando. Encendieron la luz y ahí mismo se veían dos cajas fuertes enormes, una junto a la otra. La caja fuerte de la derecha era la de Crooley. El Pico le dijo: —Tú sabes cuál es la tuya.

Crooley se acercó a ella y, al abrirla, le dijo a El Pico: —Mucha gente ahora mismo pensará que estoy totalmente arruinado, pero esto demuestra todo lo contrario. —Dentro de la caja fuerte había mil millones de dólares en metálico, todo en dinero negro, evidentemente, dos relojes de oro con diamantes valorados en trescientos cincuenta mil dólares cada uno y una semiautomática de oro macizo que le regaló el mismo Juan Antonio Rosales, El Pico. Crooley, que ya tenía su *gymbag* preparada, la abrió y metió cien millones de dólares más los dos relojes. Cerró la caja fuerte y volvieron los dos a la biblioteca.

Una vez allí, El Pico le dijo a Crooley: —Vayamos a mi despacho y terminemos con todo esto.

—¡De acuerdo!

Se sentaron con sus copas de coñac, que se habían dejado en la biblioteca, y luego Crooley cogió su *gymbag*, la abrió y puso cincuenta millones de dólares a un lado de la mesa y treinta millones al otro lado con un reloj encima del montón de billetes, cerró la *gymbag* y la dejó en el suelo. Desplazó con las dos manos los treinta millones de dólares con el reloj hacia donde estaba sentado El Pico y le dijo: —Esto, amigo mío, es para ti, por todo lo que estás haciendo por mí.

—¡Muchas gracias, Crooley! Pero tú sabes que yo no hago esto por dinero, sino porque, como te dije antes, tú me salvaste la vida y por eso siempre estaré en deuda contigo.

—Lo sé, amigo mío, pero de todas maneras quiero que lo aceptes. En este otro montón, hay cincuenta millones de dólares para que puedas empezar a pagar a tu gente para buscar a esos dos hijos de puta.

—¡De acuerdo, amigo mío, así se hará!

Se dieron las manos y Crooley le dijo: —Si necesitas más dinero, solo tienes que llamarme y volveré a por más.

El Pico se levantó de su silla, se puso el reloj que le había regalado Crooley, admirando su belleza, diciéndole: —Ya tenemos relojes idénticos.

—¡Así es! —respondió Crooley.

El Pico cogió todo el dinero y lo metió en una caja fuerte que tenía en su despacho empotrada en la pared detrás de un cuadro y se volvió a sentar en su silla. —¿Por qué no te quedas en la hacienda un par de días?

—Me gustaría, pero ya estoy hospedado en el hotel. Además, tengo que irme de aquí mañana; no quiero dejar rastro ninguno de mi estancia.

—¿Adónde piensas ir, amigo?

—Como tú ya sabes, los americanos probablemente tendrán en breve pruebas suficientes para

detenerme, si es que no las tienen ya, sobre evasión de impuestos y fraude fiscal. En Emiratos Árabes Unidos no podrán detenerme y, además, ya he organizado e informado a gente que conozco para que me den una nueva identidad. Y estoy pensando en hacerme cirugía plástica para que no pueda ser reconocido. Necesito ir a un país sin tratados bilaterales con los Estados Unidos relativos a extradición, y Emiratos es uno de ellos.

—Me parece muy buena idea. Quiero que sepas que he dado órdenes a mis hombres para que, si acaso me pasara algo, tu puedas venir a la hacienda cuando quieras a por tu dinero.

—¡Muchas gracias, amigo! Te lo agradezco, pero tengo planeada otra cosa y volveré a necesitar tu ayuda. Te llamaré pronto y te diré lo que quiero que hagas por mí.

—De acuerdo. Estaré pendiente de tu llamada. Bueno, amigo mío, te acompaño a la salida. Uno de mis hombres te va a llevar al hotel. ¡Muchas gracias!

—Gracias. Como siempre, ¡todo un caballero conmigo! —dijo Crooley.

—Paco.

—¡Sí, patrón!

—Lleva a mi amigo a su hotel en Villavicencio.

—¡A sus órdenes, mi patrón!

—¡Hasta pronto, amigo!, estaremos en contacto. —Crooley se metió en el todoterreno y se marchó de la hacienda Los Soles. Nada más llegar al hotel, dejó todo en el suelo y se dio una buena ducha caliente. Estaba rendido. Se sirvió una copa y se tumbó en la cama hasta quedarse dormido.

Lunes, 15 de julio, 9:30 am, Nueva York

Lorenzo y Barch ya tenían en su posesión una orden judicial para dirigirse al domicilio de Crooley McKenzie para su detención por presunto fraude fiscal y evasión de impuestos. También tenían el permiso para hacer una redada en el domicilio de Crooley y en su empresa WEBIMP PLC 2000. Lo que lamentaba Lorenzo es que no tenía ni una sola prueba de los asesinatos de Steven Bradley y Larry. Sabía que había sido él, pero no podía incriminarlo por ello. Aunque tenía ese alivio en su conciencia sabiendo que se iba a pudrir en la cárcel de todas maneras. Lorenzo y Barch se desplazaron al domicilio de Crooley mientras cuatro patrullas de la Policía se dirigían a WEBIMP PLC 2000.

Cuando los detectives llegaron al domicilio de Crooley, entraron por la puerta principal. Lorenzo sacó la placa y le pidió al portero que los subiera hasta el apartamento de Crooley y que se llevara una copia de las llaves por si no había nadie dentro. Nada más salir del ascensor timbraron en la puerta del apartamento varias veces, pero nadie contestaba. —¡Abra la puerta! —le ordenó Lorenzo al portero. Nada más abrir la puerta, lo único que se vio dentro era la oscuridad, todas las cortinas estaban cerradas. Barch se encargó de abrirlas y empezaron detenidamente a inspeccionar todo el apartamento buscando alguna pista por mínima que fuera, pero al final no encontraron absolutamente nada. Lorenzo llamó a uno de los compañeros que se había desplazado a la empresa de Crooley. —¿Has dado con él?

—No, jefe, no hay ni rastro de él. Su secretaria tampoco sabe nada de él desde el viernes.

—¡De acuerdo! Intentad encontrar cualquier irregularidad, por nimia que sea.

—Entendido, jefe.

Lorenzo colgó el teléfono bastante cabreado: —¡Maldito hijo de puta!, se nos ha escapado y ha sido culpa mía; tenía que haberle puesto vigilancia las veinticuatro horas del día.

—No te preocupes, Lorenzo! Pillaremos a ese cabrón, sea como sea —dijo Barch. En el domicilio de Crooley no encontraron absolutamente nada. La caja fuerte que estaba en el apartamento se encontraba abierta y completamente vacía.

Esa misma mañana, Crooley cogió un vuelo rumbo a Londres, a Heathrow, para luego hacer un trasbordo a Emiratos Árabes Unidos. ¡Qué casualidad!, Dean y sus padres cogieron ese día un vuelo desde Londres, también desde Heathrow, con destino a Barcelona para luego trasladarse en coche hasta Andorra. ¿Qué habría pasado si Crooley hubiera viajado un día antes? Quería irse de Estados Unidos cuanto antes y lo más lejos posible.

Lorenzo de inmediato ordenó a diez patrullas de la Policía que se dispersaran hacia los dos aeropuertos de Nueva York, el JFK y LaGuardia, para averiguar si Crooley Mckenzie había cogido algún vuelo en las últimas 72 horas, pero el intento fue inútil. Crooley había viajado con una identidad falsa de las varias que poseía. Lo que sí pudieron obtener del mismo Aeropuerto de LaGuardia fue una grabación en el *parking* con la limosina de la empresa en la que se veía claramente como Crooley salía del vehículo primero y unos minutos más tarde lo hacía su chófer, aunque regresaba unos minutos más tarde para llevarse el vehículo de vuelta a la empresa. Así que era obvio que Crooley había viajado ese día.

Lorenzo le comentó a Barch. —Quiero que averigües quién es ese chófer, su nombre, apellidos, domicilio, cuánto tiempo lleva trabajando en WEBIMP PLC 2000, si tiene familiares cercanos, etc., lo quiero saber todo.

—¡Me pongo a ello ahora mismo!

Martes, 16 de julio, 9:00 am

Barch entró en el despacho de Lorenzo con toda la información sobre Joe Lang, el chófer de Crooley Mckenzie. Después de revisarla, Lorenzo ordenó a sus compañeros que fueran en su busca para interrogarlo.

Eran las 10:30 cuando volvieron a las dependencias sin el chófer. En su domicilio no había señales de él y en la empresa tampoco lo localizaban. Parecía que se lo hubiese tragado la tierra. Lorenzo ya sospechaba de ese tipo. ¿En qué estaría involucrado? ¿Qué tenía que esconder? Crooley tenía que haber cogido un vuelo el sábado día 13 de julio, porque, sino, qué coño hacía en el aeropuerto. Las grabaciones estaban ahí y encima no se había ido en su jet privado desde JFK sino que había volado desde LaGuardia, y ninguna línea aérea tenía registrado su nombre. «Estoy al cien por cien seguro de que ha tenido que volar con un nombre falso».

16:45, Soldeu, Andorra

Dean estaba tranquilamente viendo la televisión en su habitación en el hotel donde estaba alojado cuando recibió una llamada. —¡Dígame!

—¡Buenas tardes, señor Saunders! Hay un señor en la sala de espera preguntando por usted.

—¡Muy bien!, dígame que ahora mismo bajo.

—¡De acuerdo, señor!

Dean bajó a la sala de espera y se reunió con un señor vestido con un traje gris que llevaba un maletín de cuero negro. Salieron del hotel y se sentaron en un banco a veinte metros de la puerta principal del hotel.

—Dentro de este maletín tienes todo lo que pediste más una tarjeta con un número de teléfono. Es un contacto al que solo debes llamar en caso de emergencia cuando estés en apuros.

—¡De acuerdo, muchas gracias!

—¡Por favor!, dale las gracias a Helen de mi parte por todo lo que ha hecho por mí.

—Así lo haré, ¡no se preocupe!

Allí mismo se despidieron y Dean volvió al hotel a toda prisa con el maletín en la mano. Entró en su habitación, se sentó en una silla y puso el maletín encima del escritorio. Se aseguró de que la puerta de su habitación estaba bien cerrada, abrió el maletín y dentro se encontró un sobre bastante grueso además de una tarjeta blanca con dos palabras escritas a máquina que decía: «Diamante Negro», y un número de teléfono. Dean abrió el sobre y dentro tenía todo lo que había pedido, toda la documentación con las nuevas identidades, las de él y la de sus padres. Ya podía empezar una nueva vida sin que nadie les persiguiera ni les molestaran, sin que nadie pudiera amenazarlos de muerte. Y encima Dean se había convertido en un hombre muy rico, mil millones de dólares, nada más y nada menos. Dean llamó a la puerta de al lado, donde se alojaban sus padres. Harry abrió y Dean entró con el maletín, cerrando la puerta tras de sí, no sin antes haber dejado fuera el cartel de no molestar.

—¡Papá, mamá!, aquí os traigo vuestras nuevas identidades, a partir de ahora ya no os llamáis Harry y Jane Saunders sino Kenneth y Kimberly Walker. Aquí tenéis vuestros pasaportes, partidas de nacimiento, certificado de boda y demás documentación. A partir de ahora os tenéis que llamar por vuestros nuevos nombres, es muy importante: Harry y Jane ya no existen.

—¿Y tú cómo te llamas ahora, hijo? —preguntó su madre

—A mí me llamaréis Michael, Michael Walker, con el mismo apellido que vosotros como hijo vuestro que soy.

En realidad, Dean tenía más de un nombre nuevo: en total tenía diez nombres diferentes por motivos de desviación de capitales a diferentes bancos.

—Mañana mismo nos iremos a Madrid al aeropuerto de Barajas y allí cogeremos un vuelo para los tres en primera clase con destino Sídney. Será un viaje muy largo pero ese será el último vuelo que vais a coger y ya podréis vivir tranquilos. En cuanto lleguemos a Sídney viviremos en un hotel durante un par de semanas mientras os busco un chalet a las afueras de la ciudad.

—Pero, hijo, ¿no necesitamos un visado para entrar en el país? —preguntó Kimberly.

—Los tengo aquí, los pedí con nuestra nueva identidad.

—Eres muy listo, hijo, mucho más de lo que pensaba.

—A partir de ahora, tendréis una vida mucho mejor y no dejaré que os pase nada. Bueno, ahora a descansar, que nos espera un largo viaje a partir de mañana.

Unas horas antes, sobre las 14:00, Barch llegó al domicilio de Joe Lang para intentar dar con él. Llamó al timbre de su apartamento y por arte de magia Joe abrió la puerta. —¿En qué le puedo ayudar? —preguntó Joe.

Barch sacó su placa y se presentó. —Soy el detective Barch y le voy a pedir que me acompañe

a comisaría para hacerle unas cuantas preguntas, necesitamos su colaboración.

—¿De qué se trata?

—Si no le importa, se lo explicamos en comisaría.

—¡De acuerdo! Deme un minuto para cambiarme.

—¡Sí, cómo no!

Joe se vistió, cogió su documentación, las llaves y su móvil y cerró la puerta de su apartamento. Los dos se metieron en el vehículo y se dirigieron a comisaría. Una vez allí, Barch acompañó a Joe a la sala de interrogatorios y le dijo: —¡Espere aquí un momento!

Barch fue al despacho de Lorenzo y le informó: —Tenemos a Joe Lang en la sala de interrogatorios.

—¡Buen trabajo, Barch! Vayamos ahora mismo.

Los dos agentes entraron en la sala y allí estaba Joe Lang muy calmado, sin dar ninguna señal de nerviosismo. Una vez todos sentados, Lorenzo le dio al *play* a la máquina de grabaciones. — Son las 15:18, en la sala de interrogatorios estamos el detective Lorenzo, el detective Barch y Joe Lang. Empezamos con el interrogatorio. Señor Lang, ¿cuánto tiempo lleva usted trabajando para WEBIMP PLC 2000?

—Llevo como unos tres meses nada más.

—¿Conoce usted a Crooley Mckenzie?

—No mucho.

—¿Ha hablado con él alguna vez?

—No.

—¿No es usted su chófer personal?

—No.

—¿Le ha llevado usted alguna vez en las limusinas de la empresa?

—Sí, un par de veces, creo recordar...

—¿Cuándo fue la última vez que lo llevó en la limusina?

—No me acuerdo.

Lorenzo, nada más escuchar esas palabras, giró la cabeza mirando a Barch, volvió a mirar a Joe y le dijo: —Usted debe de tener muy mala memoria, señor Lang.

—¿Y eso por qué lo dice? —preguntó Joe a Lorenzo.

—Tenemos una grabación en el *parking* del aeropuerto de LaGuardia el pasado sábado y usted fue quien llevó a Crooley. Sabemos que es usted, porque se ve claramente en las grabaciones que salió del vehículo momentos después de que Crooley saliera. Las cámaras no engañan. ¿Quiere que le enseñe las imágenes?

—No hace falta. Ya me acuerdo. Sí, es cierto. Lo llevé al aeropuerto el sábado.

De repente sonó el móvil de Joe, lo sacó del bolsillo y miró a ver quién era, enseguida cortó la llamada y volvió a poner el móvil en su bolsillo.

—¿No lo va a coger? —preguntó Lorenzo.

—No.

Joe estaba poniéndose un poco nervioso. Pensó que el que había llamado era Crooley, no lo sabía a ciencia cierta porque habían llamado desde un número desconocido, pero Joe intuía que era él. Hubiera querido, más que nada en este mundo, contestar esa llamada, pero tenía dos policías enfrente de las narices y no podía hacer absolutamente nada. Justo en ese momento Joe pensó que se le había escapado la oportunidad de su vida y no iba a tener ni una más. Estaba seguro de que Crooley no lo volvería a llamar otra vez.

—Bien, ahora que usted ha recuperado la memoria, ¿me podría decir a qué destino se fue Crooley Mckenzie?

—Eso no lo sé, nunca dice adónde va ni de dónde viene.

—¡Muy bien, señor Lang! Por ahora ya hemos terminado, pero no se vaya muy lejos, ya que probablemente volveremos a vernos. Interrogatorio finalizado a las 15:30.

Joe Lang salió de la comisaría y volvió a su domicilio. Lo único que estaba deseando es que Crooley volviera a llamar.

—Es obvio que este tipo nos está mintiendo, quiero que tenga vigilancia las veinticuatro horas del día, quiero saber todos los movimientos que hace. Encárgate de eso, Barch.

—¡De acuerdo! Mandaré un coche cada ocho horas para vigilarlo. ¡No me fio ni un pelo de ese tipo!

Lorenzo ya lo tenía en la cuerda floja.—Ahora mismo, ese tipo es la única persona que nos puede llevar hasta Crooley.

Miércoles, 17 de julio, 11:35 am

Dean y sus padres ya habían llegado al aeropuerto de Barajas, Madrid, para coger un vuelo con destino Australia. Cuando Dean llegó al mostrador, le dijo a la auxiliar de tierra: —¡Buenos días, señorita! Quiero tres billetes con destino Sídney, Australia.

—No hay vuelo directo, tendrán que hacer un trasbordo en Bangkok y luego coger otro vuelo a Sídney.

—¡De acuerdo!

—¿Cómo quieren los pasajes, Turista, Business o Primera Clase?

—En Business.

—¿De ida y vuelta o solo de ida?

—Solo de ida.

—¡Muy bien! ¿Me dan sus pasaportes, por favor?

—Sí, aquí tiene. —Dean ya tenía los nuevos pasaportes en la mano con la nueva identidad de los tres.

—¿Cuánto equipaje llevan ustedes?

—Solo tres bolsas de mano.

—¡De acuerdo! Son en total cuatro mil quinientos euros. ¿Cómo van a pagar, con tarjeta o en metálico?

—En metálico. —Dean sacó los cuatro mil quinientos euros y pagó a la auxiliar.

—Pues aquí tienen. El vuelo sale a las 16:45. Por ahora, es muy temprano para informarles de en qué puerta de embarque va a estar situado el avión, tendrán que estar pendientes de los monitores. ¡Que tengan muy buen viaje, señores!

—¡Gracias! —dijo Dean. Desde que salió de Manhattan para no volver, solo pagaba en metálico fuese donde fuese. No quería pagar con tarjeta de crédito para evitar dejar pistas

Nueva York, mismo día 15:30

Un coche de la Policía Secreta estaba aparcado justo enfrente del domicilio de Joe Lang para vigilar todos sus movimientos. Estaban seguros de que podrían dar con Crooley si seguían a Joe todos sus pasos. En ese momento, estaba Joe comiendo cuando sonó su teléfono. Vio que era un número privado y contestó inmediatamente. —¿Dígame?

—Soy yo, no menciones mi nombre, apunta este número y luego me llamas desde una cabina de teléfono pública.

Joe apuntó el número y dijo: —Ahora mismo lo llamo.

En cuanto colgó el teléfono, salió corriendo hasta la primera cabina que encontró y llamó al número que Crooley le había dado. Uno de los policías que estaba vigilando a Joe lo siguió hasta la esquina de enfrente mientras se quedaba observando con mucha atención todos los movimientos que hacía Joe.

—¿Eres tú, Joe?

—Sí, soy yo, jefe.

—Escúchame atentamente. Seguramente habrán pinchado tu móvil y tu teléfono de casa, así que a partir de ahora me llamas desde una cabina de teléfono y nunca desde la misma.

—¡Entendido, jefe!

—Apunta este nuevo número que te voy a dar. Mañana te coges un vuelo a Londres Heathrow y te quedas en un hotel cercano. Una vez que estés en el hotel, paga tu estancia durante tres días en metálico, después te diriges a una cabina y me llamas al número que te acabo de dar.

—¡Sí, jefe, así lo haré! —De repente, se cortó la comunicación y Joe volvió a su apartamento. Se dio cuenta que había dos tipos vigilándolo y tenía que despistarlos como fuese. No quería ser perseguido al aeropuerto bajo ningún concepto. Se arregló una pequeña mochila con muy poca ropa, cogió su pasaporte y esperó hasta las tres de la madrugada para salir por las escaleras de emergencia por la parte trasera del bloque para intentar despistar a los dos policías que lo estaban vigilando. Abrió la ventana y echó una ojeada a ver si había alguien a su alrededor y, sigilosamente, bajó por las escaleras y se fue al otro lado de la calle. Justo cuando estaba cruzando, dio la casualidad de que pasaba un taxi por su camino y lo paró. Los dos policías ni se inmutaron.

—¡Al aeropuerto de LaGuardia, por favor! —dijo Joe al taxista.

Los policías que supuestamente debían estar vigilando a Joe estaban medio dormidos y se creían que estaban haciendo un buen trabajo, pero la estaban cagando y bien. Pronto lo iban a averiguar cuando se enteraran que Joe Lang estaba en otro continente.

Joe llegó al aeropuerto bastante temprano, fue uno de los primeros pasajeros en comprar un billete y solo le quedaba esperar para embarcar.

Eran justo las 09:00 am cuando Lorenzo llamó a uno de los policías de guardia a su móvil.

—Agente John, ¿dígame?

—John, soy Lorenzo, ¿ha salido Joe de su apartamento en algún momento esta mañana?

—No, jefe, parece estar dentro todavía.

—¡Muy bien! No lo perdáis de vista, es muy importante que le sigamos todos sus movimientos.

—¡Entendido jefe!, estaremos muy atentos.

Ese mismo día, jueves 18 de julio a las 19:30, hora inglesa, Joe ya había salido del aglomerado aeropuerto de Heathrow y entraba en un hotel situado justo enfrente del mismo aeropuerto. Al llegar al mostrador, le atendió uno de los tres recepcionistas que estaban

trabajando en ese momento, ya que ese hotel, de renombre y bien situado, siempre estaba repleto de gente. —¡Buenas noches, señor! Bienvenido a nuestro hotel. ¿En qué le puedo ayudar?

—Quiero una habitación sencilla para tres días.

—¡Muy bien! Necesito su pasaporte para hacerle una copia.

—Aquí tiene.

—¡Un momento, por favor!

Joe empezó a sentirse un poco nervioso, no sabía si la Policía de Estados Unidos habría contactado con la británica para seguir sus pasos. En todo caso, él sabía que no podían hacer nada en contra suya, ya que no había cometido ningún delito.

A los pocos minutos volvió el recepcionista a atenderle. —Pues aquí tiene, señor. Es la habitación 310, puede coger el ascensor a su izquierda.

—¡Muchas gracias! —respondió Joe, asimilando un gran alivio en el cuerpo. Subió a su habitación, dejó su mochila y salió a la calle en busca de una cabina telefónica. Al encontrarla, marcó el número que le había dado la última vez.

Crooley contestó: —¿Eres tú?

—Sí, soy yo, jefe, he llegado hace poco.

—Dime en qué hotel estás y el número de habitación en el que estas hospedado.

Joe le dio los detalles y Crooley le explicó: —Mañana, un hombre tocará la puerta de tu habitación, le abres y le das doce fotos tuyas de tamaño pasaporte metidas en un sobre. El mismo tipo volverá al día siguiente y a la misma hora para darte tu nueva identidad y una tarjeta de crédito. Una vez que lo tengas todo preparado, al día siguiente te coges un vuelo al aeropuerto de Changi en Singapur, pagando el billete con esa tarjeta de crédito, y no te olvides de usar tu nuevo pasaporte en cuanto lo tengas. El antiguo lo destruyes. Cuando llegues, me llamas a este nuevo número que te voy a dar ahora y una persona irá a recogerte. ¿Lo has entendido todo?

—¡Sí, jefe, perfectamente!

—¡Muy bien! Esperaré tu llamada. Suerte.

Joe colgó el teléfono y apuntó todos los detalles para no olvidarse.

Cinco horas antes, en Nueva York, sobre las 14:45, Lorenzo volvió a llamar a John y le preguntó: —¿Cómo es posible que Joe no haya salido de su apartamento en toda la mañana?

—Pues no ha salido en toda la mañana, jefe, hemos estado vigilándolo en todo momento.

—Algo me huele muy mal. Id uno de vosotros a su apartamento y llamad. Si no contesta, me llamáis inmediatamente.

—¡Sí, jefe, entendido! —John fue quien se hizo cargo de ir al apartamento de Joe. Tocó varias veces a su puerta, pero no hubo contestación alguna. John se puso muy nervioso porque sabía que probablemente la había cagado y ahora le tenía que dar explicaciones a Lorenzo. Llamó inmediatamente a su jefe y le dijo: —Jefe, creo que Joe no está en su apartamento, he timbrado varias veces en su puerta y no contesta.

Lorenzo se quedó callado varios segundos y entonces contestó: —En cuanto os cambien el turno, os vais a descansar a casa, pero mañana a las nueve en punto os quiero ver en mi despacho sin falta. ¿Está claro?

—¡Sí, jefe!, entendido. —Justo en ese momento John pensó: «La bronca que nos va a caer va a ser bien gorda; espero que no nos suspendan sin empleo y sueldo, porque, viniendo de él, no me extrañaría nada».

Londres, 22:00

Después de que Joe terminara de hacer lo que Crooley le había ordenado, decidió ir a cenar algo en el restaurante del hotel, ya que no le apetecía salir. Se sentía bastante cansado y lo único que quería era comer algo e irse a dormir.

Viernes, 19 de julio, 09:00 am

John y su compañero Stewart hicieron acto de presencia, como se les había ordenado el día anterior, en la oficina de Lorenzo. Se quedaron de pie mientras esperaban a que Lorenzo acabara de hablar por teléfono. Una vez terminada la conversación telefónica, Lorenzo les dijo: —Entrad y cerrad la puerta. ¡Sentaos! ¿Me podéis decir cómo coño habéis perdido la pista de Joe?

—No lo sabemos, jefe, le puedo asegurar que nosotros estuvimos muy atentos toda la mañana.

—No os voy a echar la culpa directamente a vosotros, puede que ya se hubiera pirado antes de que vosotros llegarais, lo que sí os voy a pedir es que recorráis toda la ciudad de Nueva York, estaciones de autobuses, la estación de tren, empresas de taxis y, lo más importante, los aeropuertos LaGuardia y JFK. No volváis a esta oficina sin que me traigáis información que merezca la pena. ¿Entendido?

—Sí, jefe, nos pondremos a ello inmediatamente.

—¡Ya os podéis marchar!

Se levantaron y se marcharon a toda prisa con gesto de no querer hablar con nadie.

Lorenzo estaba bastante cabreado, quería cazar a Crooley, pero según pasaba el tiempo se le escapaba un poco más. Tenía la sensación de haber perdido la batalla y no era una sensación muy agradable para él. Lorenzo era un magnífico detective y nunca había dejado escapar a ninguno de sus criminales anteriormente. Se sentía con una impotencia inmensa, quería castigar a Crooley por todo lo que hizo y cada vez se le hacía mucho más difícil. Joe Lang iba a ser su única esperanza para dar con Crooley y tenía que dar con él como fuese.

Lorenzo había prometido a Jennifer que haría todo lo posible para encerrar a ese cabrón e iba a utilizar todas sus técnicas policiales para acabar con él de una vez por todas.

Londres, 15:00

Un hombre se acercó a la habitación donde se estaba hospedando Joe en el hotel, dio varios golpes en la puerta y, al oírlo, Joe fue a abrir inmediatamente y le dio el sobre con las fotos. Sin decir nada, el hombre se marchó. Joe cerró la puerta y se fue directo a la nevera pequeña que tenía instalada en su habitación. Al abrirla, pensó: «¡Necesito un trago y bien fuerte, además!». Se cogió un par de botellines de vodka y un vaso con hielo y se fue al balcón, se sentó en una silla y, mientras se tomaba su bebida, se fijaba como los aviones aterrizaban cada 45 segundos. Nunca se había fijado antes en el tráfico aéreo como lo estaba haciendo en ese momento. Mucha gente dice que el aeropuerto de Heathrow es el *Pit Lane* entre todos los continentes para repostar y seguir

con sus trayectos y que no hay nada mejor que comprobarlo en primera persona y en directo. Al admirar esas vistas de los aviones aterrizando en la pista de aterrizaje, pensó en ese mismo instante que su vida ahí mismo, estaba cambiando a una vida mejor.

Nueva York, 12:15, ese mismo día

John y Stewart, con un gran alivio en el cuerpo, se presentaron en la oficina de Lorenzo. —Entrad. Espero que tengáis noticias y que sean buenas.

—Sí, señor, las tenemos, aunque no creo que sean excelentes.

—Decidme, ¿qué habéis averiguado?

—Ayer por la mañana, Joe Lang tomó un vuelo con destino a Londres Heathrow.

—¿Ayer por la mañana? ¿Vosotros estuvisteis vigilando su domicilio ayer por la mañana, o me equivoco?

—Sí, fuimos nosotros, pero creemos que se fue de su apartamento de madrugada.

—No sé de quién es la culpa ni me interesa, lo único que sé es que Joe Lang ahora mismo está en otro continente y, como no ha cometido ningún delito, no podemos hacer absolutamente nada. Iros de mi despacho ahora mismo, no os quiero ver por aquí.

—¡Entendido, jefe!

Cuando salieron y cerraron la puerta, lo que se le pasó por la cabeza en ese preciso instante a Lorenzo fue: «Ese hijo de puta de Crooley Mckenzie al final se va a salir con la suya. No puede estar pasando esto, tenía que estar entre rejas y se nos ha escapado».

Domingo, 21 de julio a las 17: 45 pm, aeropuerto de Changi, Singapur

Dos días después, Joe salía por la puerta cuando se fijó en un hombre que estaba sujetando un cartel con su nuevo nombre, Mark Williams. Ya no se llamaba Joe Lang. Crooley le había proporcionado una nueva identidad y tenía que usarla a partir de ahora. Se acercó al hombre y le dijo: —¡Hola! Yo soy Mark Williams.

—¡Bienvenido a Singapur, señor Williams! Por favor, acompáñeme. Tengo instrucciones de llevarlo a un hotel donde se encontrará con un hombre.

Se montaron en el vehículo y recorrieron casi toda la ciudad. Para él, Singapur de alguna manera era como Nueva York, seguramente por la aglomeración de gente que veía a su alrededor y tanto tráfico por las calles. Llegaron al hotel y el conductor le pidió que fuese a la sala de espera. Pasaron casi diez minutos cuando, de repente, Crooley Mckenzie apareció en escena. Joe se percató de que se acercaba y, nada más verlo, se levantó del sofá y lo saludó.

—Es un placer verlo de nuevo, jefe.

—Lo mismo digo, Joe, aunque Joe ya no es tu nombre. Desde ahora te llamaré Mark Williams. Vayamos a mi habitación, dejemos tu mochila y salgamos a comer a uno de mis restaurantes favoritos. Tengo muchísima hambre y además tenemos mucho de qué hablar.

—¡De acuerdo jefe!

Una vez en el restaurante, se sentaron y Crooley pidió dos aguas minerales.

—Mark, prácticamente no sé nada de ti y aun así te he ofrecido que trabajes para mí. Para que

yo contrate a alguien que trabaje directamente para mí debo tener mucha confianza con él primero antes de contratarlo; sin embargo, a ti te he contratado a la primera, sin conocerte.

—Jefe, yo le agradezco esta gran oportunidad que me está ofreciendo y le aseguro que no lo defraudaré.

—Mark, trabajar para mí conlleva riesgos, ¿estás dispuesto a aceptarlos?

—Estoy a su entera disposición y dispuesto a todo, jefe.

—¡Muy bien, así me gusta!

En ese mismo instante, vino el camarero, les sirvió las aguas minerales y preguntó: —¿Han decidido lo que van a tomar, señores?

—Sí, tráiganos una ensalada de espárragos y dos langostas con salsa de setas y *brandy*.

—¡De acuerdo, señores!

Una vez que el camarero se fue, Crooley sacó del bolsillo de su chaqueta una caja y la puso encima de la mesa. —Mark este regalo es para ti, ¿y sabes por qué?

—No, jefe, no tengo ni la más mínima idea.

—Porque cuando te miro a los ojos, me veo a mí mismo hace veinte años. Tú y yo creo que vamos a congeniar muy pero que muy bien. Una vez que lo abras, sabrás lo importante que es trabajar para mí. Además, me gusta compensar a mi gente. Digamos que es un reconocimiento de confianza de la que no se puede quebrantar. ¡Ahora bien! Puedes hacer dos cosas, irte de aquí ahora mismo, olvidarte de todo y no decir nunca nada a nadie o abrir esa caja y estar a mi lado por mucho tiempo. ¡Tú decides, Mark!

—Lo decidí cuando hablamos en Nueva York, jefe. No tengo familia ni nada que me retenga en ningún lugar, soy un hombre libre y quiero trabajar para usted.

—¡Muy bien! No se hable más.

Mark cogió la caja y la abrió lentamente. No se podía creer lo que estaba contemplando con sus propios ojos. Era uno de los relojes de oro y diamantes valorados en trescientos cincuenta mil dólares.

Crooley le dijo a Mark: —Solo hay tres relojes idénticos como ese. Uno lo tengo puesto yo, como ves; otro lo tiene un amigo mío, que es como un hermano para mí, lo conozco desde hace años, y el que me quedaba lo acabas de heredar tú.

—No sé qué decirle, jefe. Me ha dejado sin palabras. ¡Muchísimas gracias! Nos conocemos desde hace solo una semana y usted me da una joya tan valiosa —dijo Mark.

—Ahora entenderás lo importante que es la confianza para mí, es un valor que no se puede quebrantar —contestó Crooley.

—No, por eso no se preocupe, jefe. Todo lo que pase entre nosotros será absolutamente confidencial. De mi boca nunca sabrán nada.

Mark se puso el reloj y lo admiró durante varios segundos. Daba igual en qué ángulo girara el reloj, brillaba con una belleza espectacular. En ese momento el camarero trajo los platos y Crooley dijo: —¡Bueno, vamos a comer!

—¡Qué pintaza tiene esto, jefe!

—¡Cuando vayas a comer conmigo, comerás de lo mejor!

Mark estaba en una nube y no quería bajar de ella. Hacía una semana ganaba un jornal para sobrevivir y ahora llevaba encima un reloj que costaba más que un Ferrari. Mientras estaban comiendo aquellas deliciosas langostas, Crooley le comentó a Mark: —Mañana vamos a coger un vuelo a Emiratos Árabes Unidos y estaremos allí una larga temporada. Mi intención es volver a Estados Unidos para vivir allí permanentemente, pero creo que pasarán unos cuantos años antes

de que eso ocurra. Una vez que estemos instalados en Emiratos tendremos muchísimas cosas pendientes por resolver, pero eso ya te lo explicaré más a fondo cuando estemos allí.

Pasaron dos semanas y la familia Walker no podía estar más feliz. Dean Saunders, llamado ahora Michael Walker, les había comprado a sus padres un chalet con piscina a las afueras de Sídney, en un barrio residencial llamado Rose Bay. Sus padres estaban encantados con su nueva casa. El lugar donde estaba situado era muy tranquilo y justamente lo que ellos querían. Fue un cambio para mejor, como les había prometido su hijo, e iban a vivir muy felices sin ninguna preocupación, no tendrían que angustiarse por el dinero jamás y así podrían disfrutar de su jubilación juntos.

Lunes, 19 de agosto de 2002

Crooley ya estaba prácticamente instalado en su nuevo apartamento de lujo en el centro de Abu Dabi. Él no malgastaba el tiempo. Dentro de su apartamento tenía lo mejor de lo mejor. Con cuatrocientos cincuenta mil dólares, abrió un nuevo negocio de exportación e importación: la empresa se llamaba EIFORUM CM PLC. En el país en el que estaba situado su nuevo negocio, prácticamente no tenía que pagar impuestos por ello. Todo era libre de impuestos y a él eso le venía de perlas, ya que así le era mucho más fácil esconder todo el dinero negro que generaba por otros medios. Acababa de inaugurarla hace poco y ya le estaba dando sus frutos en beneficios. En las primeras tres semanas de su apertura ya había triplicado lo que invirtió en la empresa. Crooley era una persona muy inteligente cuando se trataba de invertir dinero en negocios, era una persona con una mente prodigiosa y una máquina de hacer dinero. Eso no se lo podía discutir nadie.

Había empezado de muy joven en el mundo de los negocios y siempre le había ido muy bien, aunque la mayoría de ellos no fueran precisamente legales.

En su nueva empresa ya tenía contratados numerosos empleados y cada vez eran más y más, ya que el negocio iba creciendo con rapidez. Tenía en las oficinas a tres mujeres. Una de ellas era una economista especializada en Empresariales, otra era la directora de Marketing y, por último, estaba su secretaria personal. Tenía dos naves bastante grandes en las que trabajaban veinte hombres en cada una. Y, cómo no, también tenía como empleado particular a Mark Williams, antes conocido como Joe Lang. Mark Williams no formaba parte del negocio de Crooley, él trabajaba directamente para su jefe haciendo otro tipo de tareas. Crooley echaba de menos a su secretaria Michelle, de WEBIMP PLC 2000, pero no podía arriesgarse a contratarla de nuevo, por temor a ser descubierto por la Policía de Estados Unidos. Michelle era su secretaria de confianza porque llevaban muchos años trabajando codo con codo y la echaba ahora muchísimo de menos en lo que se refería a los negocios. Pensó que cuando volviera a Estados Unidos para quedarse definitivamente, volvería a dar con ella para contratarla de nuevo.

Era ya tarde y Crooley decidió ir a su apartamento, entró en el vehículo y Mark lo acercó a su domicilio. Cuando llegaron, le comentó a Mark que estuviera muy atento a su móvil toda la noche porque era muy probable que Crooley tuviera que irse de viaje unos cuantos días.

—¡Estaré pendiente, jefe! ¡Buenas noches!

Crooley subió a su apartamento y nada más entrar por la puerta sonó el teléfono.

—Jack Smith al habla, ¡dígame! —Ese era el nombre que estaba usando desde que llegó a Abu Dabi.

—¡Jack, soy yo! Tu amigo de toda la vida. —De inmediato, Crooley ya sabía de quien se trataba, lo reconoció por la voz. Era Juan Antonio Rosales, El Pico.

—¡Hombre, amigo mío! ¿Qué te cuentas?

—Me gustaría hablar contigo de algo muy importante.

—¡De acuerdo! Dentro de dos días estaré ahí para hablar contigo.

—¡Muy bien, amigo! Aquí te espero.

Crooley colgó el teléfono y de inmediato llamó a Mark, que todavía se encontraba conduciendo.

—Dígame, jefe.

—Mañana recógeme a las 08:00 am. Me vas a llevar al aeropuerto.

—¡Allí estaré, jefe!

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, jefe!

Al día siguiente, ya en el aeropuerto, Crooley le dijo a Mark que estuviera muy pendiente de la empresa, que se asegurara de que todo fuera sobre ruedas. ¡Váyase tranquilo, jefe! Si hay alguna novedad, se lo haré saber de inmediato.

—Estaré de vuelta en pocos días.

—¡Que tenga un vuelo agradable, jefe!

Miércoles, 21 de agosto

Crooley acababa de llegar a la hacienda Los Soles y estaba absolutamente rendido del viaje. El Pico le dio la bienvenida como amigo suyo que era y se fueron directos al despacho. Mientras Crooley se sentaba en una silla, El Pico estaba preparando dos copas de *whisky* y las puso encima de la mesa. —¡Gracias, amigo! Necesitaba un buen trago, y encima es un *whisky* exquisito.

—Aquí en la hacienda comerás y beberás de lo mejor. ¡Vamos al grano, Crooley! Tenemos que hablar.

—¡Tú dirás, amigo mío!

—Siento decirte esto, pero nuestro intento de encontrar a Dean Saunders y a tu mujer ha sido todo un fracaso. Es como buscar una aguja en un pajar. Al tener nuevas identidades y haberse ido de Estados Unidos, es imposible encontrarlos. El dinero que me diste para buscarlos te lo voy a devolver —dijo El Pico.

—No lo quiero, no te preocupes. Sé que es muy difícil, no te voy a mentir, pero estoy muy decepcionado. De todas maneras, ¡muchas gracias por intentarlo! Sé que pusisteis todo vuestro esfuerzo en el intento y con eso me conformo —respondió Crooley—. Lo que voy a hacer mañana es llevar los novecientos millones de dólares que tengo en la caja fuerte al banco para hacer una transferencia a otra cuenta. Necesitaré algunos de tus hombres para que me ayuden con todo el dinero.

—¡Por eso no te preocupes, Crooley! Mañana por la mañana me encargaré de que todo esté solucionado. ¿Qué tienes planeado hacer?

—Tengo prevista una cita en Ginebra el próximo mes con un cirujano muy bueno. Quiero que me cambie todos los rasgos de la cara. Tengo la intención de volver a Estados Unidos en un futuro no muy lejano para quedarme definitivamente, pero por ahora va a ser prácticamente imposible,

como tú comprenderás.

—¡Sí, claro! Lo entiendo perfectamente.

—La caja fuerte se quedará vacía, me llevaré todo el dinero. Lo que sí quiero pedirte es que me cuides el regalo que me hiciste, ya sabes, la semiautomática de oro macizo. Me encantaría llevármela, pero con la seguridad que hay en todos los aeropuertos, y encima sabiendo que para los americanos estoy en busca y captura, no sería una buena idea llevármela.

—No te preocupes, amigo, aquí estará a salvo y a tu entera disposición. Crooley, si a ti no te importa, me gustaría visitarte en Abu Dabi en un futuro próximo, si no es ninguna molestia.

—Tu presencia no es ninguna molestia para mí, ya sabes que tú estás invitado en cualquier parte del mundo donde yo esté viviendo.

—Te lo agradezco mucho.

—No tienes nada que agradecer, para mí es un placer, como siempre.

—Bueno, Crooley, ahora vete a descansar, que se te ve muy cansado del viaje, y mañana nos ocupamos del dinero.

—¡Está bien! Me tomaré una ducha y me meteré en la cama.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Crooley, que descanses!

A la mañana siguiente sobre las ocho, Crooley bajó al salón y la sirvienta ya le estaba sirviendo el desayuno. Tomó su primer sorbo de café y dijo: —Como el café colombiano no hay ningún otro. ¡Está riquísimo! —le dijo a la sirvienta.

—¡Gracias, señor! —respondió ella con una tímida sonrisa.

Después de haber desayunado abundantemente, ya que estaba muerto de hambre, se levantó de la silla y fue a buscar a El Pico a su despacho. Tocó varias veces a la puerta y se oyó desde dentro. —¡Entra, amigo mío! ¡Buenos días! ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Después de tomarme ese café de tu tierra, me siento ahora mismo como un roble y preparado para lo que venga.

—¡Me alegro mucho! Mis hombres ya están esperando junto a la caja fuerte con las bolsas para meter todo el dinero y llevarlo al banco, que, por cierto, ya han sido avisados de nuestra llegada y nos tendrán una oficina privada a nuestra entera disposición.

—¡No pierdes el tiempo! ¡Así me gusta! Pues vayamos a ello.

Los dos bajaron a la caja fuerte y empezaron a llenar todas las bolsas con billetes para cargarlos en los vehículos. Después, Crooley cogió la semiautomática y se la dio a El Pico. — ¡Cuidala, amigo mío!

—¡No te preocupes! Aquí estará a salvo.

Una vez cargado todo en los vehículos, se dirigieron a Bogotá, al Banco Central. Aparcaron cuatro vehículos justo enfrente de la puerta principal del banco y los hombres de El Pico, empezaron a meter sacos y sacos de dinero en metálico en una de las oficinas que habían reservado con previo aviso. Una vez todo contado y depositado, Crooley hizo una transferencia de novecientos millones de dólares a una de sus cuentas en Emiratos Árabes Unidos a nombre de Jack Smith. Al acabar el exhaustivo trabajo de esperar a que todo se tramitase con éxito, se montaron todos en el vehículo y volvieron a la hacienda Los Soles. El Pico y Crooley fueron directos al despacho y, una vez dentro, cerraron la puerta. El Pico se fue hacia la caja fuerte, sacó los cincuenta millones de dólares que Crooley le había dado para hacerse cargo de encontrar a su mujer y a Dean Saunders y lo puso encima de la mesa. —Toma Crooley. Te devuelvo todo el dinero.

—No lo quiero, ya te lo dije ayer. Quédatelo o repártelo entre tus trabajadores como gratificación mía, como lo creas más conveniente

—¡Amigo mío! ¿Tú crees que si reparto cincuenta millones de dólares entre mis trabajadores van a seguir trabajando para mí? Ya veré qué hago con ello. Desde luego, les daré un gran obsequio a cada uno de mis trabajadores. Les diré que es un regalo de Jack Smith. ¿Qué te parece? Vas a quedar como un rey.

—¡Me parece genial!

—Bueno Crooley, vayamos al salón para comer, que ya nos tienen la comida preparada.

Seis meses después, lunes, 20 de enero de 2003, 7:45 am

Mientras se encontraba en la cama durmiendo, Kimberly Walker, la madre de Dean, empezó a sentir fuertes dolores en todo el pecho. Su marido, asustado, llamó a una ambulancia y mientras hablaba con la persona al otro lado del teléfono le iba explicando los síntomas que tenía su mujer. La voz de aquella mujer en el teléfono intentaba tranquilizar a Kenneth mientras llegaba la ambulancia, pero fue inútil el intento. Sus nervios no le dejaban pensar con claridad. La ambulancia llegó bastante rápido. No habían pasado ni quince minutos desde que Kenneth los llamó y ya habían llegado al domicilio de los Walker. Kenneth subió a la ambulancia, siempre acompañando a su mujer y sujetándola de la mano en todo momento. Intentaba animarla diciendo que todo iba a salir muy bien y que pronto estarían de vuelta en casa, mientras a su mujer le salían las lágrimas de los ojos. Kenneth también quería llorar, pero tenía que demostrar fortaleza hacia su mujer, animarla y apoyarla en todo lo necesario, no derrumbarse. La ambulancia pasó por la entrada de urgencias, la subieron a una camilla y la trasladaron de inmediato para hacerle todo tipo de pruebas y análisis e intentar averiguar el diagnóstico de la paciente. A su marido no le quedó más remedio que esperar impacientemente y con bastante nerviosismo. Eran las 09:30 am cuando Kenneth decidió llamar a su hijo Dean, ahora llamado Michael Walker. Kenneth llorando le dijo: —¡Michael, Michael!

—¿Qué ocurre, papá?

—Tu madre está en el hospital, se despertó con fuertes dolores y ahora los médicos están averiguando lo que le ocurre.

—¿En qué hospital estáis, papá?

—En el Hospital Central de Sídney.

—¡Ahora mismo voy, papá! —Una vez allí, vio a su padre sentado en la sala de espera prácticamente derrumbado y desolado. Michael fue corriendo a darle un fuerte abrazo, llorando los dos. —¿Dónde está mamá? —preguntó Michael con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé, estoy esperando a que venga un médico y me cuente ya, de una vez por todas, que es lo que está pasando.

Eran las 11:45 am cuando apareció el doctor en la sala de espera y se acercó a Kenneth. —¿Es usted el marido de Kimberly Walker?

—Sí, doctor, soy yo, y este es mi hijo Michael Walker.

—¿Podría hablar con usted en privado?

—Lo que tenga que decir, quiero que mi hijo esté presente. ¿Cómo está mi mujer?

—Por favor, acompáñenme a mi despacho. —Una vez allí, se sentaron los tres y el doctor

empezó a hablar—. Señor Walker, me llamo George Fleming y soy especialista oncólogo. —En cuanto Kenneth y Michael escucharon esas palabras empezaron a saltarles las lágrimas sin parar porque ya sabían de qué se trataba—. ¡Señor Walker! Siento muchísimo comunicarle esto, pero a su mujer se le ha detectado un tumor bastante agresivo en los pulmones y lamento decirle que está muy avanzado y se le ha detectado muy tarde.

—¿Y eso cómo es posible? Mi mujer nunca había sentido estos dolores anteriormente.

—Es cierto que hay tipos de enfermedades que, en ciertas personas, se manifiestan con dolor. A eso se le añade que la gente no se hace reconocimientos médicos hasta que es demasiado tarde.

—¿Cuánto le queda, doctor? —preguntó el marido.

—De tres a cuatro meses, como mucho. Lo siento mucho, señor Walker.

—¿Puedo ir a ver a mi mujer?

—¡Por supuesto!, acompáñeme.

Una vez en la puerta, Kenneth se limpió con su pañuelo las lágrimas que le cubrían casi toda la cara y entró a la habitación. Kimberly se encontraba dormida y sedada por los fuertes dolores que había sufrido varias horas antes. Kenneth y Michael se sentaron junto a ella sigilosamente para no molestarla. Kenneth la cogió de la mano lentamente. —¡Mi querida Kimberly! Lo eres todo para mí, eres mi vida y, si me dejas, no hay razón ninguna para que yo siga en este mundo.

—¡Papá, no digas esas cosas!, ya sé que no te puede oír pero tu responsabilidad ahora mismo es animarla y hacerla sentir lo más cómoda posible.

—Tienes toda la razón del mundo, hijo, lo intentaré. Pero va a ser muy difícil para mí, sabiendo lo que sé.

Michael abrazó a su padre con fuerza. —Tenemos que ser muy fuertes y que lo pase lo mejor posible con nosotros.

—¡Lo sé, hijo, lo sé!

Dos horas más tarde, Kimberly abrió lentamente los ojos y lo primero que vio fue a su marido acariciándole la frente y besándole la mano.

—Kenneth, cariño, ¿qué es lo que me pasa?

Su marido no supo cómo reaccionar y empezó a llorar de nuevo; tuvo que salir de la habitación unos minutos. En cuanto salió, Michael cogió la mano de su madre y ella le dijo: —¿Así de grave es mi enfermedad? ¡Dímelo, hijo!, sin tapujos. ¿Qué es lo que tengo?

—Mamá, creo que papá debe ser la persona indicada para decírtelo.

—¡Ya has visto a tu padre! No me lo va a decir, lo conozco de toda la vida y sé que es algo muy serio, así que, por favor, dímelo.

—Está bien, mamá. Te han detectado un tumor, tienes cáncer de pulmón y está muy avanzado.

Kimberly miró hacia el techo y respiró profundamente. —¿Cuánto me queda?

—¡Mamá, por favor!

—¿Cuánto me queda, hijo?

—El oncólogo que te está tratando nos ha dicho que de tres a cuatro meses, pero vamos a buscar una segunda opinión.

Kimberly cerró los ojos durante varios segundos y, nada más abrirlos, le dijo a Michael. —No hace falta buscar una segunda opinión, hijo, los médicos no se equivocan en este tipo de cosas. He tenido una vida muy buena y tengo una familia maravillosa; no puedo pedir nada más. Me iré de este mundo muy feliz.

A Michael se le caían las lágrimas sin parar. —¡Te quiero mucho, mamá!

Se levantó de la silla, salió de la habitación y le dijo a su padre: —Papá, siéntate junto a ella

ahora mismo, tengo que ir a ver al oncólogo. —Una vez en su despacho le preguntó: —Doctor, ¿podría hablar con usted un momento?

—Sí, claro, por supuesto. ¡Siéntese!

—Gracias. Verá, doctor, quiero que mi madre esté en su casa con todos los medios posibles para sus cuidados y con cuatro enfermeras que vayan rotando los turnos para que esté atendida las 24 horas del día. El dinero de todos los gastos no será ningún problema, todo correrá por mi cuenta. Entregaré una gran cantidad por adelantado y el resto cuando haya finalizado todo.

El doctor, sin pensárselo ni un segundo de más, le respondió a Michael: —¡De acuerdo, señor Walker! Así se hará. Mandaremos un par de hombres a su casa para que instalen todo el equipamiento necesario para que su madre pueda estar lo más cómoda posible y que tenga todo el tratamiento necesario a su entera disposición. Se hará lo antes posible.

—¡Muchísimas gracias, doctor!

—No me las tiene que dar, será un auténtico placer ayudarles en todo lo que esté en mi mano. En cuanto esté todo listo, trasladaremos a su madre de inmediato.

Michael volvió a la habitación de su madre, abrió la puerta lentamente y vio cómo su padre y su madre estaban hablando muy bajo. Michael no quería molestar, así que decidió no entrar y se sentó fuera a esperar.

Crooley Mckenzie, llamado ahora Jack Smith, no era la misma persona, por lo menos no lo parecía. La operación de cirugía plástica había resultado todo un éxito. Era una persona nueva, su negocio había crecido con una rapidez inmensa. Su empresa estaba valorada en Bolsa en unos ciento cincuenta millones de dólares y había empezado con menos de quinientos mil dólares en menos de un año. Su fortaleza mental no tenía límites, cada vez se desarrollaba con más expectativas. No mucha gente tenía ese don de ver su negocio crecer con tal rapidez en tan poco tiempo. Sin embargo, sus hábitos no cambiaban: necesitaba sus copas de alcohol y sus rayas de coca para afrontar la monotonía diaria a la que estaba sometido.

Miércoles, 22 de enero de 2003

Eran las 13:30 cuando su secretaria le comunicó que acababa de llegar un amigo suyo muy lejano a verlo. Al instante, Crooley intuyó que tenía que ser Juan Antonio Rosales, *El Pico*.

—¡Dígale que pase!

—¡De acuerdo, señor Smith!

Diez segundos más tarde llamaron a la puerta de la oficina y Crooley fue a abrir. No se lo podía creer: efectivamente era su mejor amigo El Pico. Crooley le dio un gran abrazo y le dijo: —Pasa, amigo, y siéntate.

—Crooley, ¿eres tú?

—¡Sí, claro que soy yo! ¿No te acuerdas de que te comenté que iba a someterme a una operación muy pronto.

—¡Madre mía, Crooley! No te pareces absolutamente en nada al de antes.

—Esa es la idea, que no me reconocieras.

El Pico se quedó alucinado con el nuevo *look* de Crooley; no daba crédito a lo que estaba presenciando con sus propios ojos.

Mientras preparaba dos copas de whisky, le preguntó a El Pico: —¿Qué tal el viaje?

—Muy largo, amigo, pero también estuvo cómodo, no me puedo quejar. Te he traído una gran sorpresa.

—¿Sí? Pues ¿a qué esperas?, enséñamela.

El Pico cogió su mochila, sacó una caja roja y la puso encima de la mesa. Crooley dejó las copas de *whisky* en la mesa y se quedó mirando la caja durante varios segundos. Dio un trago y lentamente la abrió. Empezó a reírse. —¿Sabía que era la semiautomática! ¿Cómo has conseguido traerla a través de tanta seguridad?

—No era tan difícil. Se puede desmontar en nueve pedazos y repartí las piezas entre la mochila y mi maleta. Cuando llegué al hotel, la volví a montar y aquí la tienes.

Jack, suavemente, levantó la tan preciada semiautomática de oro macizo puro que le había regalado El Pico hace muchos años y se fijó cómo brillaba con la luz del sol que atravesaba por la ventana de su oficina. Mientras admiraba el arma con tanto placer, le dijo a El Pico: —Nunca he utilizado este arma, pero muy pronto la estrenaré y esta bala ya tiene destinatario. ¿Sabes a quien va destinada?

—Me lo puedo imaginar. ¿Cómo piensas encontrarlo?

—Tú dijiste que era como buscar una aguja en un pajar, pero yo te digo que el mundo es un pañuelo y créeme que lo encontraré.

—¿Y cómo lo piensas hacer?

—Es cierto que tiene nueva identidad y por ahí no puedo tirar, pero hay otro método para cazarlo y seguir todos sus movimientos.

—¿Y cuál es ese método si se puede saber?

—Existe un nuevo sistema americano de inteligencia militar de satélites que rastrea a cualquier ciudadano en cualquier rincón del mundo. En teoría, lo llevan haciendo desde 1972 pero no tan avanzado como ahora, obviamente. Se llama SEW365.

—¿Y tú como sabes todo esto? ¿No se supone que eso es información clasificada y de alto secreto del Gobierno de Estados Unidos?

—Tengo mis fuentes. No te olvides que con dinero la gente se deja comprar.

—¿Me estás contando que, si quisieran espíarme en mi propia hacienda ahora mismo, podrían ver todos mis movimientos?

—No sé de qué te sorprendes, amigo, lo llevan haciendo tres décadas. No te preocupes, este sistema es muy costoso y solo se usa en medidas extremas, para acciones militares, la mayoría de las veces por espionaje en tiempos de guerra.

—Me dejas sin palabras, Crooley; ahora me siento más primitivo que nunca.

Crooley sonrió, cogió su copa de *whisky* y la levantó a la altura de la cabeza. —¡Salud, amigo!

—Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedírmelo, estoy a tu entera disposición.

—Está bien saberlo, amigo mío. Por ahora no voy a mover un solo dedo. Si te necesito, te lo haré saber; puedes estar tranquilo. Hablemos de otra cosa. ¿Dónde te hospedas?

—En un hotel justo en el centro de la ciudad.

—¡Muy bien! Pero tú sabes que te podías haber quedado conmigo en mi apartamento.

—Lo sé, amigo, pero lo prefiero así.

—¡De acuerdo! No te insisto más. ¡Venga, vámonos! Te voy a invitar al restaurante al que suelo ir: la comida es extraordinaria.

Al día siguiente, Crooley le dio un *tour* por toda su empresa y El Pico se quedó alucinado de lo rápido que crecía EIFORUM CM PLC. El Pico pasó dos semanas en Abu Dabi de vacaciones y

le encantó. Él no solía salir de Colombia para irse de vacaciones; si tenía que salir del país era estrictamente por negocios.

Para Crooley todo volvió a la normalidad cuando su amigo volvió a Colombia. Él se preocupaba noche y día de su empresa, como solía hacer hasta en sus sueños.

Viernes, 7 de febrero de 2003

Kimberly ya estaba instalada de nuevo en su casa con todos los cuidados necesarios tanto en maquinaria, medicación como con las enfermeras, que estaban a su entera disposición noche y día. Aparte de la medicación que el hospital le había proporcionado a Kimberly, su hijo consiguió, por su cuenta, pequeñas dosis de morfina para que su madre no tuviera que sufrir ningún tipo de dolor. Kimberly era consciente de que no le quedaba mucho tiempo, pero, aun así, no mostraba su tristeza a nadie, todo lo contrario. Cuando alguien entraba en su habitación para hacerle una pequeña visita, ella siempre tenía una sonrisa en la cara. Iban pasando los días y las semanas y cada vez se la veía más débil.

Sábado 19 de abril de 2003 sobre las 21:00

Una de las enfermeras que estaban de turno le trajo la cena a Kimberly. Normalmente ella solía comer, pero esta fue una de esas noches en las que se quedó mirando la comida sin picar absolutamente nada. Pasaron unos quince minutos cuando Kimberly llamó a su enfermera. — ¡Anne!, llévate esto de aquí, no tengo hambre y, por favor, llama a mi marido, tengo que hablar con él.

No pasó ni un minuto y Kenneth ya estaba junto a su mujer. —¿Qué necesitas, amor mío?

—Necesito ver el amanecer.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Nunca he visto un amanecer en la playa y quiero que sea esta madrugada cuando pueda hacerlo. Quiero que me lleves y pueda ver las primeras luces del sol.

—Cariño, estás muy débil, no sería una buena idea hacerte pasar por todo eso.

—Es lo que anhelo y tienes que concederme ese deseo.

—¡Está bien, cariño!, pero con una condición.

—¿Y cuál es?

—Quiero que comas algo. No has tocado la cena para nada y tienes que reponer fuerzas.

—¡De acuerdo!

La enfermera volvió a traerle la cena y, sin muchas ganas, empezó a comer. Aunque dejó medio plato, por lo menos su marido veía el gran esfuerzo que intentaba hacer, y con eso era más que suficiente.

Eran las 04:45 am cuando Kenneth preparó su mochila y entre él y la enfermera ayudaron a Kimberly a entrar en el coche. Una vez dentro, los tres fueron rumbo a la playa, aunque realmente estaba muy cerca de su casa. Una vez allí Kenneth le dijo a la enfermera: —Toma las llaves del coche y vete a casa a descansar, mi mujer y yo estaremos aquí bastante tiempo. Te llamaré a tu móvil para que vengas a recogerlos.

—¡De acuerdo, señor Walker!

Nada más irse la enfermera, Kimberly le dijo a Kenneth. ¡Por fin, solos los dos!, en un paisaje tan maravilloso como este.

Era una mañana bastante fresca. Gracias a la brisa del mar podían sentir el aire fresco rozándoles la piel. El mar estaba bastante calmado, el sonido de las pequeñas olas que se rompían llegando a la orilla y el olor fresco del mar eran una bendición para Kimberly. Los dos estaban sentados muy cerca de la orilla arropados con una manta observando la belleza que les hacía cambiar cualquier expectativa de la vida. Mientras Kenneth sostenía a Kimberly en los brazos, empezó a verse poco a poco como se despertaba el día con ese hermoso gran amanecer, el resplandor y el brillo del sol cubriendo todo el cielo de un color naranja rojizo verdaderamente espectacular. Al contemplar tanta belleza, Kimberly le dijo a Kenneth. —Esto es lo más bello que he visto en mi vida.

—Estoy de acuerdo contigo, cariño, es un paisaje verdaderamente precioso.

Kimberly volvía a presenciar ese amanecer mientras Kenneth hablaba. Ella no quería perder ni un solo segundo de aquellas vistas tan magníficas.

—Kimberly, ojalá hubiéramos tenido tantas mañanas como esta, me estoy dando cuenta de lo preciosa que puede ser la vida con la persona a la que amas. ¡Te quiero muchísimo, Kimberly!

Ella no respondía. Kenneth giró la cabeza de Kimberly y tenía los ojos cerrados. —¡Por favor, Kimberly, no me puedes dejar! ¡Por favor, Kimberly, reacciona!

Kenneth se dio cuenta de que no tenía pulso y tampoco respiraba. Todo lo que le parecía una belleza al lado de su mujer se convirtió en un infierno en cuestión de segundos. Kimberly acababa de fallecer en los brazos de su marido viendo un maravilloso amanecer. Estaba hundido, no paraba de llorar, lo único que quería en ese momento era morirse junto a ella. No tenía fuerzas para seguir luchando solo. Pasaron dos horas desde que falleció su mujer y Kenneth seguía sujetándola en los brazos, acariciándola y hablando con ella como si estuviera viva porque eso era exactamente lo que veía Kenneth. Cada vez que él hablaba, oía a su mujer contestándole como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Eran las 09:15 am cuando los empleados encargados de limpiar la playa empezaron con sus labores diarias. Uno de los conductores responsables de una de las máquinas para alisar la arena de la playa se iba acercando poco a poco hacia donde estaban Kimberly y Kenneth. El conductor les dio una señal con la bocina, pero no reaccionaron. Se bajó del tractor y se fue acercando a ellos a paso lento, cuando descubrió que era un hombre llorando, sujetando a una mujer en sus brazos. —¿Señor, está usted bien?

—Mi mujer ha fallecido hace un par de horas en mis brazos mientras veía el amanecer.

—¡Lo siento muchísimo, señor! ¿Quiere usted que llame a alguien de su familia y se lo comunique?

—¡Sí, por favor! Aquí tiene mi teléfono, llame a mi hijo Michael Walker y dígame que su padre le espera urgentemente en este mismo lugar.

—¡Muy bien, ahora mismo llamo!

»Acabo de decírselo, señor, estará aquí en quince minutos.

—¡Gracias por llamar!

—No tiene que dárme las, esperaré aquí hasta que venga su hijo.

Michael miró por toda la playa y solo distinguía a tres personas, así que fue corriendo hacia ellas. —¡Mamá, mamá! —gritaba Michael mientras corría hacia ella. Cuando la vio en los brazos de su

padre con los ojos cerrados mientras su padre lloraba, se derrumbó y calló de rodillas en la arena —. ¿Qué hacía mamá aquí en la playa?

—Me insistió en que quería ver el amanecer. Yo le dije que estaba muy débil para hacer eso, pero ella insistió. Es como si tu madre supiera lo que iba a pasar.

—¡No te eches la culpa, papá! —Michael cogió a su madre en brazos y le dijo a su padre—. ¡Vámonos a casa, papá!

El empleado de la playa que estaba con ellos acompañó a Kenneth hasta el coche de Michael porque no se podía ni mantener de pie.

—Muchas gracias por todo —le dijo Michael a ese buen hombre.

Cuando llegaron a casa de Kenneth, Michael entró con su madre en los brazos y suavemente la dejó en la cama de matrimonio. La enfermera que estaba en casa en ese momento estaba llorando, se había encariñado mucho con la señora Kimberly y estaba destrozada, como todos. Michael se acercó a ella y le dijo: —¡Te puedes ir, como ves ya no necesitamos tus servicios! Si no te importa, comunícaselo al resto del personal.

—¡Así lo haré, y lo siento muchísimo!

—¡Gracias!

Al irse la enfermera, Michael cerró la puerta y se sentó en el sofá del comedor, mientras su padre seguía en la habitación junto a su madre. Su padre no podía hacer otra cosa que llorar sin parar. Michael quería mucho a su madre y sabía que su padre lo iba a pasar muy mal sin la mujer que había estado a su lado prácticamente toda su vida. Se levantó, sirvió dos copas de la primera botella de alcohol que se encontró en el mueble y le llevó a su padre una.

—¡Gracias, hijo! Pero no creo que me entre nada en el cuerpo ahora mismo.

—¡Bébelo, papá! Esto te aliviará aunque sea un poco.

—Hijo. ¿Te acuerdas de que nos dijiste a tu madre y a mí que íbamos a vivir una vida mejor y sin preocupaciones? Pues ya ves que en el mundo real no es así, siempre habrá sufrimiento y dolor por mucho dinero que tengas.

—Tienes toda la razón, papá. Mañana por la mañana tendré que organizar los trámites necesarios para el entierro. No te preocupes, que yo me encargaré de todo.

Mientras Kenneth sujetaba la mano de su difunta esposa sin parar de llorar, le dijo a Michael: —Como tú quieras, hijo mío, sé que harás lo mejor para tu madre.

Michael volvió al comedor y se sentó en el sofá con una botella de *brandy* en la mesita. Quería dejar a su padre a solas con su mujer por última vez. No quería molestarlo. Aunque él se moría de ganas por estar al lado de su madre, al mismo tiempo sabía que su padre se merecía estar los últimos momentos con su mujer a solas, y eso lo iba a respetar.

A la mañana siguiente sobre las 08:35, Michael se despertó, se sentía fatal y le dolían todos los huesos del cuerpo por quedarse dormido en el sofá. Se quedó sentado con las manos en la cabeza y con un gran dolor por culpa de la media botella de *brandy* que había consumido la noche anterior. Se dirigió a la cocina y preparó el café mientras se tomaba una aspirina con un vaso de agua para aliviarle del dolor de cabeza que estaba soportando. Pasaron unos cinco minutos cuando Michael entró a la habitación de su padre para darle un café, pero se encontraba durmiendo junto a su madre. Michael dejó el café en la mesita de noche, se acercó a su madre y le dio un beso en la frente. —¡Te quiero muchísimo, mamá! Se fue de la habitación y se metió directamente en la ducha. Una vez listo, salió de casa, se metió en el coche y se fue directo a arreglar todos los trámites del funeral

Martes, 22 de abril

Kimberly era muy querida en Rose Bay. El poco tiempo que había estado viviendo allí se había hecho amiga de mucha gente y eso se hizo notar en la cantidad de personas que acudieron a la ceremonia. Eran las 13:45 cuando Kenneth y Michael dieron su último adiós a Kimberly. Kenneth estaba absolutamente destrozado, no comía, ni siquiera dormía y, el poco tiempo que lo hacía sufría pesadillas. Era obvio que Kenneth no quería seguir viviendo sin la mujer que había estado a su lado toda su vida. Michael hacía todo lo posible para que su padre estuviera lo más cómodo posible e intentar distraerlo en todo lo que no estuviera relacionado con su mujer, pero ese intento era inútil. Kenneth realmente estaba esperando a que le llegara su hora, el día en que no tendría que sufrir más ni por dolor ni por tristeza. Ese día llegó. Fue el miércoles 14 de mayo de 2003, poco tiempo después del fallecimiento de su mujer. Michael fue a llevarle el café como hacía todas las mañanas desde que su padre se encontraba solo y, al dejar el café en la mesita, Michael llamó varias veces a su padre para que se levantara, pero fue en vano. Kenneth no respondía. Michael agarró el hombro de su padre, le dio media vuelta y vio que tenía los ojos abiertos y no respiraba. Michael cerró los ojos de su padre lentamente y le dijo: —¡Te quiero mucho, descansa en paz, papá!

Kenneth fue enterrado junto a su esposa dos días más tarde, el viernes 16 de mayo. A Michael ya no le quedaba nada en este mundo. Se sentía muy solo. Ni la gran fortuna que tenía escondida le iba a hacer feliz, lo que más quería en este mundo, que eran sus padres, ya no estaban con él.

Poco después de la muerte de su padre, vendió la casa de sus padres y su propio apartamento. No quería vivir en un lugar donde todo lo que le rodeaba le recordaba los últimos meses tan malos que pasó por el sufrimiento de sus padres. Necesitaba marcharse lo antes posible de ese lugar maldito. Fue a visitarlos al cementerio el sábado 23 de agosto. Dejó dos grandes ramos de rosas, una en cada tumba de sus padres. —¡Papá, mamá! Voy a estar un tiempo sin verlos, necesito salir de aquí o me volveré completamente loco. Nunca pensé que íbamos a estar tan poco tiempo los tres juntos desde aquella noche que me abristeis la puerta de vuestra casa en California cuando volví de Manhattan hace casi un año. ¡Os echo muchísimo de menos! Volveremos a vernos. ¡Os lo prometo!

En ese mismo instante, Michael Walker dio media vuelta y, poco a poco, fue desapareciendo. No quería mirar hacia atrás, tenía un inmenso y profundo dolor que no le dejaba ni respirar.

Michael McGregor, el mejor amigo de Dean Saunders, estaba medio despierto en su chalet de Santa Mónica, en Los Ángeles, California, cuando recibió una llamada.

—¿Dígame?

—Mike, soy Dean.

—¡Hola, Dean, amigo mío! ¿Cómo estás?

—No muy bien, la verdad. Mis padres han fallecido y me encuentro muy solo últimamente.

—¡Lo siento muchísimo, Dean!, no tenía ni idea. ¿Quieres que vaya a verte a Manhattan?

—No, no vivo en Manhattan desde hace un año. Necesitaba hablar con un amigo, eso es todo.

—¿Porque no vienes a mi chalet en Santa Mónica y pasas un tiempo conmigo?

—No puedo ahora mismo; me gustaría muchísimo, pero me es imposible. Quizás más adelante pueda ir a visitarte, solo te he llamado para que sepas lo de mis padres y que no te preocupes por

mí, sobreviviré como sea. ¡Un fuerte abrazo, amigo!

—Cuidate, Dean y que sepas que aquí tienes tu casa siempre que la quieras.

—Muy bueno saberlo. ¡Gracias, amigo!

—¡Adiós, Dean! —Mike colgó el teléfono y se quedó pensativo y preocupado por la situación de su amigo. No le había dicho ni siquiera donde vivía ahora. Dean no soltaba prenda. No quiso decirle lo que realmente le pasaba por la cabeza.

Dean Saunders, llamado ahora Michael Walker, era en ese momento un hombre sin responsabilidad alguna. Soltero, rico y con un propósito en la vida: vivir feliz sin preocupaciones ni persecuciones. Aunque no le habían molestado ni perseguido desde que llegó a Australia, no iba a quedarse tranquilo. Él sabía que Crooley no descansaría hasta dar con su paradero. Estaría siempre huyendo y eso no le permitiría vivir una vida tranquila como el soñaba.

Dean Saunders tuvo la gran idea de irse de safari al gran continente de África una temporada y desaparecer de todo y de todos. Siempre sintió cariño por los animales y pensó: «¿Qué mejor que conocer a todo tipo de animales a primera vista en un safari?». Así que decidió ir a Tanzania y Kenia para explorar no solo a los animales sino el gran paisaje a su alrededor. Quería distraerse para no tener que recordar los malos momentos que sufría de vez en cuando acordándose del pasado. Todo era muy reciente y lo tenía grabado en la memoria noche y día.

Aterrizó en el Aeropuerto Internacional Jomo Kenyatta de Nairobi a principios del mes de septiembre de 2003. Le esperaba una aventura muy atrevida y excitante a su vez. Bastante cansado del largo viaje que tuvo que hacer, salió directo de la terminal y cogió un taxi que lo llevase al hotel que ya tenía reservado en el centro de la ciudad.

A la mañana siguiente, se levantó bastante temprano para presenciar su primer amanecer en tierras africanas. No quería perderse ni un solo segundo de su nueva experiencia en un continente con una cultura totalmente diferente a la que él estaba acostumbrado. Iba a disfrutar de uno de los mayores espectáculos del planeta. Dispuesto a visitar zonas inolvidables, como el Parque Nacional de Tarangire, el de Serengeti, el de Saadani, el Kilimanjaro y la reserva natural de Masái Mara. Por cierto, estaba, sobre todo, interesado en visitar el río Mara, llamado el río de la muerte, que nace en Kenia y fluye hasta Tanzania. Dean quería presenciar en primera persona el famoso cruce de los miles de ñus y cebras intentando pasar al otro lado del río para continuar su viaje en busca de grandes pastos. Muchos de esos animales no tendrían la suerte de cruzar el río con vida, ya que los reyes del agua, los depredadores, los monstruos con la mayor fuerza en sus potentes mandíbulas jamás vistas y encima muertos de hambre, como son los cocodrilos del río Mara, iban a destrozar a algunos de esos animales sin piedad y devorarlos como si fueran cuchillas cortando hojas de papel.

Después de desayunar y reponer fuerzas, se dirigió a una agencia de turoperadores para hacerse su propia ruta turística. Lo normal es que dispusiesen de excursiones preparadas, unas más caras que otras, todo dependía de los precios al alcance de los turistas y lo que quisieran gastarse. Para Dean, eso no iba a ser un problema. Él quería algo diferente y no le iban a poner ningún impedimento, porque, cuando hay dinero por medio, todo lo demás queda en segundo plano. Dean estaba dispuesto a doblar el precio inicial sin ningún problema. Planeó un recorrido de dos meses en los cuales iba a cruzar de una punta de Kenia hasta la otra punta de Tanzania con dos todoterrenos, cuatro guías y todos los recursos necesarios para el viaje. Quería empezar su trayecto al día siguiente en busca de su nueva aventura. Le dieron el visto bueno para partir a las 07:00 am con rumbo a Amboseli National Park. Una trayectoria de 216 kilómetros de distancia

que duraría sobre unas cuatro horas de viaje. Sin embargo, iba a durar mucho más de lo previsto, dado que Dean quería detenerse en algunas aldeas para conocer a su gente y sus maneras de adaptación a su vida cotidiana. Los dos guías que acompañarían a Dean durante los dos meses de viaje se llamaban Akanni y Kibo Mariga. Ellos eran dos de nueve hermanos. Akanni y Kibo solo se llevaban un año de diferencia entre ellos. Eran los más jóvenes de la familia. Akanni tenía 27 y Kibo 28. Dean sentía mucha curiosidad por averiguar un poco sobre la historia de África y qué mejor que preguntárselo a los hermanos Mariga. Mientras Akanni conducía el todoterreno, Dean y Kibo estaban sentados en la parte trasera observando el gran paisaje que los rodeaba. —Kibo, ¿por qué no me cuentas algo sobre esta maravillosa tierra?

—Solo hay una página escrita sobre África: la miseria y la enfermedad, la pobreza y la tristeza. En este continente tenemos minerales muy ricos como son los diamantes, el oro, y el petróleo, pero todos sabemos cómo acaba todo esto —respondió Kibo con cara de pocos amigos—. África es inmensamente vieja, con una gran meseta rocosa, lo que hace que sea poco apta para el cultivo. Dicen que las personas crean el mundo, pero eso no se aplica a nuestro continente. África está llena de heridas y cicatrices, de poblados muy pobres por culpa de la avaricia, cuando este continente podía haber sido el más rico del planeta. Pero, como ya te he dicho, la avaricia es un poder maligno.

Dean veía un inmenso dolor y una gran tristeza en los ojos de Kibo y él lo entendía perfectamente, ya que Dean estaba pasando por un mal momento y no quería demostrar sus verdaderos sentimientos a nadie. Quería camuflarse entre gente diferente y culturas nuevas para no tener que pensar en recuerdos muy dolorosos. Dean no quería preguntarle nada que le afectara en su estado mental, pero esperaba averiguar más adelante lo que realmente le daba tanta pena. Su hermano Akanni era totalmente diferente en lo que a personalidad se refiere, siempre tenía una sonrisa en la cara.

Llevaban casi dos horas conduciendo cuando decidieron parar y cambiar de conductor, por lo que ahora era Kibo quien llevaba el mando del volante. Dean tenía pensado parar durante el trayecto varias veces para ver diferentes poblados y conocer a su gente, pero lo que realmente le interesaba era conocer a los masái.

Cuando llegaron a Amboseli National Park, después de cuatro horas conduciendo, se alojaron en el hotel. Todo el equipo se hospedó en diferentes habitaciones y, por supuesto, con todos los gastos pagados por Dean, como no podía ser de otra manera. Llegaron al hotel sobre las 12:30, justo a tiempo para que todo el mundo se diera una gran ducha y bajaran a comer al salón. Una vez que terminaron todos, se volvieron a montar en los dos todoterrenos para seguir descubriendo unas vistas impresionantes. La riqueza de la flora y la fauna es tan importante por aquellos alrededores que ha sido declarada por la UNESCO «Reserva de la Biosfera». Era un día totalmente despejado y eso les vino muy bien, ya que enfrente de los ojos estaban observando el pico más alto de África, el Kilimanjaro, que también es la montaña aislada más alta del mundo.

Qué paisaje estaba presenciando Dean, nunca había visto algo tan hermoso. Esas praderas abiertas y coloridas de la gran sabana, que rebosaba de animales salvajes, como el gran elefante africano, que sin duda es más grande que el asiático, ñus, cebras, hipopótamos, babuinos, jirafas, rinocerontes etc.; sin olvidarse de las cuatrocientas diferentes especies de aves, todo un lujo para el ojo del ser humano.

Al mismo tiempo que Dean estaba explorando nuevas aventuras por tierras africanas, en la otra parte del mundo Crooley seguía con lo suyo. Empezar su nuevo imperio a base de crecimiento

global y económico era lo que realmente sabía hacer. Aunque no tenía tanta motivación como al principio de su carrera. Había un obstáculo muy grande de por medio que le frenaba sus ambiciones avariciosas de siempre y no era nada más y nada menos que Dean Saunders. Nunca alguien se había atrevido a robarle jamás, pero, cuando lo hizo Dean, no solo le había robado casi todo su patrimonio, sino que estaba seguro de que le había quitado a su mujer o la había convencido de alguna manera para arruinarle la vida. A su mujer no se le hubiera pasado por la cabeza hacerle daño si no hubiera sido por Dean, al menos eso es lo que pensaba Crooley, aunque no podía estar más equivocado. Cada día que pasaba, era un día más con dolor, rabia y odio que sentía, y su venganza se aproximaba.

Viernes, 24 de octubre de 2003, 10:45 am

Benjamín Thomas, teniente general y asesor militar del secretario de Defensa de Estados Unidos, su mujer y sus dos hijas salieron de viaje desde el Aeropuerto Internacional Dulles, de Washington, hacia Europa para pasar unos días de vacaciones. Dos días después, el domingo 26, a las 19:30, Benjamín se sentó en la terraza de una cafetería en Via della Pace de la plaza Navona en la hermosa ciudad de Roma. En ese momento estaba sin su familia, ya que estaban disfrutando de la piscina climatizada dentro del hotel. Había quedado a las 19:45 con un hombre que no había llegado todavía. Benjamín se pidió un *caffè latte* y esperó su llegada. Cuando tomó el primer sorbo de ese delicioso café, apareció un coche negro que se paró justo enfrente de la cafetería. De la parte trasera del coche salió un hombre vestido con un traje negro y unos zapatos de cuero tan relucientes que era casi imposible no darse cuenta. Ese hombre era, nada más y nada menos, Crooley Mckenzie. Crooley se acercó lentamente hacia Benjamín, lo saludó y se sentó a su lado.

—¡Cuánto tiempo, teniente!

—¿Perdone? ¿Nos conocemos de algo?

—¡Yo creo que sí!

—Dicen por todos los rincones del mundo que Benjamín Thomas nunca se olvida de una cara.

—En este caso va a ser imposible reconocerme a no ser que te diga quién soy.

—Pues ¿a qué espera?, ¿quién coño es usted? —preguntó Benjamín.

—Soy Crooley Mckenzie. Es normal que no me reconozcas, ya que me han cambiado los rasgos de la cara por completo.

—¡No me lo puedo creer, Crooley!, te reconozco por la voz.

En ese momento, se dieron un abrazo enorme y Benjamín le dijo: —No te pareces en nada al que yo conocí hace tantos años. —Benjamín levantó el brazo para avisar al camarero, que enseguida hizo acto de presencia. —¡Póngale un *whisky* doble a mi amigo!

—¡Inmediatamente, señor! —respondió el camarero.

—¿Cómo te acuerdas de lo que bebo?

—Tengo una memoria prodigiosa y nunca se me olvida una cara. ¡Bueno, en este caso no es así! —respondió Benjamín con una sonrisa.

—Estoy más que impresionado de que te acuerdes después de tantos años. Eso dice mucho de una persona. Pero vayamos al grano, teniente. Ya sabes por qué nos hemos encontrado hoy aquí, ¿verdad? —preguntó Crooley.

—¡Claro que lo sé!, lo sé perfectamente, ¿cómo lo voy a olvidar? Pero temo decirte que las

cosas y el tiempo han cambiado para mal.

—No me vengas con esas ahora, Benjamín, tenemos un trato. Tú me buscas lo que yo quiero y, a cambio, cobras una cantidad más que generosa. —Las circunstancias han cambiado y, lamentablemente, no habrá acuerdo sin mis condiciones.

—¡Maldita sea, Benjamín! ¿Cuáles son, si se pueden saber?

—No quiero cobrar ni un solo centavo por el trabajo que vamos a realizar por ti, no soy un puto mercenario y no quebrantaré la ley por tu culpa. Solo hay una manera de arreglar todo esto.

—¿Me vas a decir ya de una puta vez que es lo que quieres? —preguntó Crooley.

—Quiero en mi poder, cuanto antes, toda la información posible sobre Juan Antonio Rosales, llamado El Pico.

Crooley se quedó helado durante varios segundos y muy sorprendido, a su vez, de que se le relacionara con él. —No sé de qué coño me estás hablando, yo no conozco a ese tipo.

—Lo sabes perfectamente, Crooley. ¿Tú crees que yo voy a hacer un trabajo con un tipo que me está mintiendo en la puta cara y en el que no puedo confiar para nada? ¿Tú te crees que soy un estúpido? —En ese momento, Benjamín sacó un sobre de su chaqueta que contenía varias fotos y lo tiró encima de la mesa—. ¡Abre el sobre!, quiero verte la cara cuando veas esas fotos.

Crooley cogió el sobre y lo abrió lentamente. De dentro, sacó varias fotos en la que estaba él mismo junto a El Pico en su mansión en Colombia.

—¿Me habéis estado espiando?

—A ti precisamente no, pero da la casualidad de que mientras estábamos investigando a El Pico, resulta que tú fuiste a visitarlo. ¡Es irónico, Crooley! ¿No te parece?

—¿El qué?

—Pues que tú estabas en busca y captura y te tuvimos a tiro y nadie movió un dedo para detenerte. ¿No te parece eso muy extraño?.

—Pues ahora que lo mencionas, sí que me parece muy extraño, sí. Pero algo me dice que tú tienes mucho que ver con todo esto. ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas para nada, Crooley.

—¿Entonces qué me estás contando de que no quieres quebrantar la ley cuando justo en ese preciso momento ya lo estabas haciendo? De todas maneras, debo darte las gracias por no haber intentado que mi captura fuese exitosa.

—¡De nada! Como tú has dicho, vayamos al grano, que mi familia me está esperando. ¿Tenemos un trato o no? —preguntó Benjamín.

Crooley jamás hubiera pensado en traicionar a su mejor amigo El Pico. Era amigo suyo de toda la vida, como un hermano, pero Crooley lo único que tenía en mente era encontrar a Dean Saunders y acabar de una vez por todas con su vida. No estaba en sus cabales, no pensaba con claridad y eso le podría pasar factura en el futuro. Crooley, en esos momentos, estaba atado de pies y manos. Si renunciaba a cooperar con Benjamín, entraría en una guerra que él sabía que la tendría perdida, por lo que no le quedó más remedio que aceptar el trato sabiendo que eso era una muerte segura para su amigo El Pico. Crooley le había salvado la vida hace muchos años, y ahora iba a ser el responsable de su muerte. —¡De acuerdo!, tenemos un trato. ¿Qué es lo que quieres que haga? —preguntó Crooley.

—Solo que me des toda la información necesaria. Me hacen falta los planos o, por lo menos, que me describas cada pasadizo secreto de su mansión, cuántos hombres trabajan para él, en qué lugar tiene sus escondites secretos para fabricar la cocaína y la heroína, dónde tiene su caja fuerte escondida, etc. Ese hombre tiene aterrorizada a toda una comarca, la gente está muy asustada y yo

soy una de esas personas que no toleran ese tipo de comportamiento contra gente inocente. Sabemos que maneja millones de dólares y, por supuesto, sabemos que ahora mismo es el mayor traficante de droga de todo el continente americano.

—A mí me da que vosotros queréis algo más que acabar con su vida, como millones de dólares en metálico y toneladas de cocaína pura. Dime si me equivoco.

—Te equivocas, amigo. Debo decirte que mis hombres tienen sus intereses bien intactos y harán todo lo que sea con tal de conseguir lo que se propongan —reconoció Benjamín.

—Si queréis acabar con todos ellos, ¿por qué no mandáis un misil militar de los vuestros y acabáis con todos ellos de un solo plumazo? —preguntó Crooley.

—Porque hay intereses de por medio que no se pueden destruir.

—¡Ya, ya! O sea que para vosotros es otro negocio más para vuestra causa.

—Así es, Crooley, pensamos igual. Cuando se trata de millones de dólares nos da igual quién se ponga en nuestro camino porque acabaremos con todos ellos sin piedad ninguna.

—Si, por cualquier motivo, algo saliera mal, ¿sabes que El Pico iría a por mí con todo? —preguntó Crooley.

—Eso no va a suceder, te lo puedo asegurar. ¿Sabes lo que más me sorprende de todo, Crooley? Que estés dispuesto a traicionar a tu propio amigo de toda la vida, solo para acabar con la vida de otro. Hay que tener la mente muy fría y un par de cojones para cometer una atrocidad así.

—¡Ya sabes que no me queda otra opción!

—Yo estoy encantado con esta situación, hace que mis planes sean mucho más fáciles —dijo Benjamin.

Crooley estaba disgustado sabiendo que iba a perder a uno de sus mejores aliados, pero esa era la única solución a su alcance para encontrar a Dean Saunders y acabar de una vez por todas con su vida por todo lo que le había hecho. Solo así podría tener la mente tranquila de una vez por todas para seguir con sus planes económicos, recuperar la fortuna que había poseído y, por fin, volver a Estados Unidos para vivir como un ciudadano más con una identidad diferente.

Cuarenta y cinco minutos después, Crooley le había dado todos los detalles sobre Juan Antonio Rosales, *El Pico*, con gran tristeza, sabiendo que lo estaba condenando a muerte. —¡Aquí tienes toda la información disponible a mi alcance! No te puedo dar nada más, eso es todo lo que yo sé.

—Con esto nos basta; es más que suficiente. Has sido de gran ayuda, Crooley, tu recompensa la tendrás muy pronto.

—¡Eso espero!

En ese preciso momento se despidieron los dos y se fueron por diferentes caminos.

Lunes, 3 de noviembre de 2003, 08:00 am

Dean Saunders iba a disfrutar de sus dos últimos días en Tsavo Plains, en East National Park, después de haberse recorrido de punta a punta todos los parques del safari entre Kenia y Tanzania. Lo que más le había gustado de todo era Masái Mara. Había sido tal y como lo había soñado, una experiencia inolvidable. Al final hizo muy buenas migas con los hermanos Kibo y Akami Mariga. Su amistad se veía con una gran fortaleza a medida que pasaba el tiempo, especialmente con Kibo, que había tenido una vida muy dura y que, al cabo de un tiempo, terminó por confesarle a Dean

muchas de las cosas que hasta el momento se había guardado para él mismo y no quería que salieran a la luz.

A la mañana siguiente, después de tener la cabeza pegada a la almohada toda la noche sin poder pegar ojo, Dean decidió levantarse, darse una ducha e ir a ver a Kibo porque le quería proponer algo muy importante. Una vez en el comedor del hotel, se juntaron todos para desayunar y hablaron de la ruta que iban a organizar ese mismo día para aprovecharlo al máximo, ya que iba a ser lamentablemente su última expedición juntos con el grupo.

Eran ya las 16:00 cuando Dean decidió llamar a Kibo. —¡Kibo!, acércate, quiero hablar contigo en privado.

Se acercó hacia él lentamente y le dijo: —¿Qué desea, señor?

—Primero, no quiero que me llames «señor». Me llamo Michael Walker, así que llámame Michael. Quiero proponerte algo que definitivamente cambiará tu vida por completo y espero que aceptes, porque nada me haría más feliz que eso en estos momentos.

—¡Usted dirá! —respondió Kibo.

—Aceptes o no, quiero que me prometas que lo que te voy a contar no lo contarás jamás. ¿Me lo puedes prometer?

—¡Se lo prometo!, confíe en mí.

—En mi situación, me es muy difícil últimamente confiar en la gente que me rodea. No me fio ni de mi propia sombra. Pero pongo la mano en el fuego por ti y por eso quiero proponértelo. Kibo, tú eres un tipo muy fuerte y tienes mucha experiencia en relación con las armas, técnicas de lucha, combate, etc., como me comentaste anteriormente. Me gustaría que a partir de ahora trabajaras para mí y únicamente para mí. Quiero que seas como un ángel de la guarda, para que me entiendas. Te pagaré cinco mil dólares mensuales, con todos los gastos pagados, como la comida, hoteles, viajes, etc. ¡Eso sí! A partir de pasado mañana, tendrás que venirte conmigo y estar separado de tu familia durante un tiempo, pero no te preocupes porque podrás verlos a menudo. ¿Qué me dices? ¿Aceptas el trabajo que te estoy ofreciendo?

Kibo en ese momento pensó: «¿Por qué necesitará protección Michael? Me parece un tipo normal y corriente. ¿Estará metido en algo sucio?». Eso le daba exactamente igual. Kibo había pasado por una experiencia terrible en su pasado que no se la desearía ni a su peor enemigo, así que la respuesta fue bastante clara. —¡Sí, acepto, señor Walker! Será para mí un gran honor servirle y protegerle. Daré mi vida por usted, si es necesario.

—¡Me alegro mucho de escuchar esas palabras, Kibo! No sabes la alegría que me das. Mañana mismo lo arreglaré todo. Ahora quiero que tu hermano y tú os toméis el día libre, ve a ver al resto de tus familiares y disfruta de ellos al máximo. Quiero que estés atento al móvil. Mañana por la tarde te llamaré con todos los detalles, en qué lugar del aeropuerto y a qué hora nos tenemos que encontrar.

—¡Muy bien, señor Walker! Esperaré su llamada.

—¡Ah, no te olvides de tu pasaporte! —dijo Dean con una sonrisa. En ese momento Kibo y su hermano se dirigieron al centro de Nairobi, donde vivían, para pasar el resto del tiempo que le quedaba a Kibo con la familia.

Jueves, 6 de noviembre de 2003, 17:57

Kibo no se lo podía creer. Estaba a treinta y cinco mil pies de altura y sentado en primera clase de un Jumbo 747 con los mejores servicios a su alcance. Se sentía como un príncipe cada vez que venía la azafata y le servía *champagne* con frutos secos calientes. Nasha, así era como se llamaba la azafata que atendía a Kibo personalmente, y por supuesto él estaba encantado. Cada vez que Kibo era atendido por Nasha, ella le soltaba una pícaro sonrisa, y Kibo tímidamente se la devolvía. Dean, más que atento, intentaba ocultar el rostro con el periódico, ya que se le escapaba alguna que otra sonrisa. Llevaban ya cuatro horas de vuelo y los pasajeros lentamente cerraban los ojos para tratar de dormir lo que quedaba de trayecto. Sin embargo, Kibo no lo quería hacer; estaba alucinado con lo que veía a su alrededor; nunca había subido en un avión y menos en un Jumbo 747.

—A partir de ahora vas a encontrarte con nuevas experiencias en tu vida —le dijo Dean a Kibo.

—Si todas son como estas de alucinante, me doy más que satisfecho.

El vuelo de Nairobi a Londres Heathrow duraría ocho horas y media a una distancia de aproximadamente 6819 kilómetros. La mitad del trayecto ya lo habían realizado cuando Dean le dijo a Kibo. —Vamos a estar dos días en Londres por negocios y luego te diré cual será nuestro próximo destino.

Justo en ese momento, un tremendo movimiento brusco en el avión hizo que Kibo se agarrase con todas sus fuerzas a su asiento mientras Dean trataba de calmarlo, explicándole que solo se trataba de unas turbulencias y que era muy común en los aviones, que eso solía pasar. —¡No te asustes, Kibo! Sé que nunca has estado en un avión, pero te aseguro que es el transporte más seguro y fiable que podrías escoger.

—¡Señor Walker! Es muy fácil decirlo, pero creo que me voy a tener que acostumbrar a volar más a menudo para que se me quite este miedo que llevo dentro.

—¡Vamos, Kibo! ¿Eres un tanque para luchar y le tienes miedo a los aviones?

—Nadie nace perfecto.

Dean movió la cabeza de arriba abajo varias veces y dijo: —¡Bien dicho, Kibo!

—¡Señor Walker! Realmente no me ha dicho por qué necesita protección.

—Todo a su debido tiempo, Kibo, todo a su debido tiempo. ¡Te prometo que te lo contaré todo muy pronto!

—No tiene por qué hacerlo, si no se siente cómodo con ello.

Al día siguiente, en uno de los más lujosos hoteles de Londres, donde estaban hospedados, Dean y Kibo bajaban por las escaleras de sus habitaciones hacia el impresionante salón cuando Dean le comentó a Kibo: —Tengo una reunión muy importante en el bar del hotel ahora a las cinco en punto. Tú quédate sentado en uno de esos sofás y ponte a leer un periódico disimuladamente y estate atento a cualquier movimiento sospechoso, por mínimo que sea.

—¡De acuerdo, señor Walker! Vaya tranquilo.

Dean se sentó en la barra del bar y se pidió un agua mineral. Eran las 16:58 y en ese momento estaba solo en la barra. Al beber un poco de agua, giró la cabeza hacia la derecha y vio a tres caballeros sentados a una mesa vestidos con traje y portando maletines. Uno de ellos se levantó y se sentó justo al lado de Dean.

—¡Me alegro de verte, Alan!

—¡Lo mismo digo, Dean!

—Por favor, llámame Michael.

—¡Claro, cómo no! ¡Siento mucho lo de tus padres!

—¡Gracias! ¿Cómo os habéis enterado?

—Michael, recuerda que nosotros fuimos los responsables de tu nueva identidad y, aunque no lo parezca, somos responsables de tu bienestar, y todo gracias a una persona.

—¡Déjame adivinar! Helen Mckenzie.

—¡Correcto! Nunca va a olvidar todo lo que hiciste por ella y tampoco lo generoso que fuiste con la mayor parte de tu dinero repartiéndolo a gente necesitada. No te olvides de que, cuando ella vivía en Nueva York, organizaba muchos eventos sobre ese tipo de cosas.

—¿Cómo sabéis lo que hice con parte del dinero?

—No es ningún secreto, Michael, salió en todos los periódicos de Estados Unidos que Crooley Mckenzie había donado tres mil millones de dólares a diferentes organizaciones benéficas, pero nosotros no somos tontos y supimos desde el primer momento que fuiste tú quien lo hizo. Helen confía en ti muchísimo, y más ahora después de tu gran generosidad.

—¡La echo mucho de menos!

—Yo sé que ella siente lo mismo por ti.

—¡Me encantaría verla otra vez!

—Seguro que muy pronto volverás a verla, Michael.

—¿De veras lo crees?

—Te lo aseguro. Michael, debo decirte algo muy importante. Te están persiguiendo desde hace tiempo. Los primeros indicios que tuvimos fue cuando entraron en casa de tus padres en California y lo destrozaron todo con el fin de encontrar algo para dar con tu paradero.

—¡Hijos de puta! Ya ves que no han tenido mucho éxito hasta ahora los muy cabrones. Para que no den conmigo, siempre tengo que estar un peldaño por encima de ellos y gracias a vosotros eso se está cumpliendo.

—Nos has citado aquí pero no sabemos el porqué —dijo Alan.

—¿Ves a ese tipo sentado en el sofá del salón mirando hacia nosotros? —preguntó Dean.

—¡Sí, claro que lo veo!

—Pues trabaja ahora personalmente para mí y necesito que le proporcionéis una nueva identidad, como hicisteis con mis padres y conmigo. Si algún día me pasase algo, no querría que esa gente fuera a por su familia.

—¿Tú confías en este hombre? ¿Desde hace cuánto tiempo lo conoces? —preguntó Alan.

—Un par de meses, pero pongo la mano en el fuego por él si es necesario.

—¡De acuerdo, Michael!, con eso me conformo.

Dean sacó un sobre de su chaqueta y se lo entregó a Alan. —Aquí tienes toda la información necesaria.

—Bien, el lunes 10 a las cinco en punto nos citamos aquí y lo tendremos todo preparado.

—No tenía pensado esperar tanto. Creía que mañana estaría todo resuelto, ya que pensaba largarme mañana mismo.

—Michael, somos rápidos, pero no tanto, veré lo que puedo hacer.

—Gracias, te lo agradezco. Esta vez yo me encargo de todos los gastos.

—Ni hablar, esto corre en la cuenta de Helen Mckenzie y no hay nada más que discutir sobre ese tema.

—¡De acuerdo! No te voy a insistir más porque sé que saldré perdiendo. ¡Por favor, dale mis agradecimientos a Helen de mi parte!

—¡Así lo haré, no te preocupes! —Alan le estrechó la mano a Dean y le dijo—: Pronto tendrás noticias nuestras.

Los dos caballeros que estaban sentados a la mesa se levantaron y se marcharon junto con Alan.

Dean se fue a donde Kibo estaba sentado y le dijo: —Vamos a explorar un poco Londres, ¿qué te parece?

A Kibo le salió una gran sonrisa, ya que él siempre había querido ir a Londres pero nunca había tenido la oportunidad. No había salido más allá de Kenia y Tanzania y deseaba explorar otro mundo. Gracias a Dean, sus sueños se habían hecho realidad. Salieron del hotel, se metieron en un taxi y lo primero que dijo Kibo fue: —¿Podemos ir a The House Of Parliament, donde está el Big Ben, y al río Támesis?

—¡Claro que sí, cómo no! —respondió Dean con una sonrisa en la cara—. To the House of Parliament, please! —dijo Dean al taxista.

Una vez allí, Kibo empezó a hacer fotos con su cámara sin parar hasta dolerle el dedo pulgar. Ya era de noche y las vistas no se podían apreciar como a la luz del día, pero aun así Londres también era muy hermoso por la noche con sus luces decorativas de Navidad en esa época de noviembre. Todas las avenidas y centros comerciales ya tenían sus luces expuestas y era casi imposible no darse cuenta de la cantidad de pequeñas bombillas de diferentes colores por cualquier dirección a la que se fuera. Era verdaderamente impresionante. Kibo medía 1,90 y pesaba unos cien kilos de puro músculo, pero en ese momento se sentía como un niño. Todo lo que veía a su alrededor le recordó cuando hace muchos años le contaba a su hermano pequeño el cuento de Peter Pan, y sentía mucha nostalgia en ese preciso momento. Le saltaban las lágrimas pensando: «¡Ojalá toda mi familia pudiera estar aquí para ver todo esto!».

Sin embargo, Dean sufría otro tipo de sentimientos que no quería ni recordar. La última vez que estuvo en Londres fue con sus padres y se sentía mal al recordarlo, pero no lo iba a demostrar enfrente de Kibo. Después de visitar varios lugares, Dean decidió ir a cenar a un restaurante con Kibo antes de volver al hotel para descansar.

Sábado, 8 de noviembre, 07:00 am

El teniente general Benjamín Thomas llamó desde una cabina telefónica cerca de su vivienda en Washington DC al móvil personal de Crooley Mckenzie en Emiratos Árabes Unidos, donde residía. Allí eran las cuatro de la tarde, nueve horas de diferencia. —¡Dígame!

—¿Es Jack Smith?

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—Este lunes día 10 cocinaremos a los corderos.

Una vez que Crooley escuchó esa frase, Benjamín colgó la llamada, y Crooley ya sabía de qué se trataba. Iban a liquidar a su gran amigo El Pico y a todos sus hombres. Crooley estaba a dos días de sentenciar a muerte a su amigo. El corazón le decía que tenía que evitar que eso pasara, pero la cabeza le decía todo lo contrario. Si intentaba frenar la operación de ataque contra El Pico y su gente, el sentenciado a muerte sería él mismo, porque Benjamín se vengaría de él sin piedad ninguna. Crooley era un tipo muy inteligente y podría desafiar a mucha gente, pero no lo intentaría contra Benjamín y su arsenal militar. Acabarían con él de un plumazo. Solo tenía en mente la venganza y matar a Dean Saunders de una vez por todas, y nada se iba a interponer en su camino. Benjamín le había comunicado que iban a liquidar a El Pico, pero no mencionó para nada del

paradero de Dean Saunders. De todas maneras, Crooley sabía que Benjamín era un hombre que cumplía con su palabra y no le iba a defraudar. Solo tenía que esperar a dicha información. No podía esperar más, estaba muy inquieto, nervioso y con una rabia en el cuerpo que no podía con ella.

Kibo había aprovechado el fin de semana para ver todo lo que pudo de Londres, ya que a Dean no le podían entregar lo que pidió hasta el lunes día 10 de noviembre a partir de las 17:00. Así que tuvo que cambiar sus planes y quedarse un poco más de tiempo de lo planeado. Kibo aprovechó su cámara a tope. No podía esperar a que toda su familia pudiera ver las fotos en las que él aparecía por todo Londres.

Lunes 10 de noviembre, 04:15 de la madrugada.

Un equipo especial de élite formado por diez soldados de los *Navy Seals* apareció silenciosamente en los alrededores de la hacienda Los Soles; iban matando a cada guardia que encontraban a su paso, rebanándoles el cuello como si estuvieran cortando mantequilla, y finalmente entraron en la casa. Eran silenciosos como las hormigas y feroces como los tigres.

A esa hora, El Pico dormía plácidamente junto a una preciosa mujer de pelo largo negro rizado que estaba completamente desnuda en la cama. De repente, la puerta de la habitación se vino abajo y tres soldados se precipitaron dentro. Uno de ellos cogió a la chica, le puso cinta adhesiva en la boca, la ató de pies y manos y la puso de rodillas en el suelo, apuntándole con una semiautomática a la cabeza. Lo mismo hicieron con El Pico, solo que a él no le taparon la boca.

—¿Quién coño sois vosotros?, ¿qué mierda hacéis aquí? ¿Sabéis quién soy yo?

El jefe de equipo de los *Navy Seals*, llamado Bon Clarke, se acercó a él lentamente con un puro en la boca y le contestó: —Somos tu peor pesadilla. Estamos aquí únicamente para dos cosas. Una es limpiar toda tu mierda y, la otra, la sabrás enseguida, y sí, sabemos perfectamente quién eres. Para mí, tú solo eres una puta rata de alcantarilla a la que vamos a aplastar. Primero te voy a dar la oportunidad de matarte rápido, y no sufrirás si me das cierta información. En caso contrario, que Dios tenga piedad de ti porque yo no la voy a tener.

La chica estaba aterrorizada y no paraba de llorar.

—Solo te lo voy a decir una sola vez, cierra la puta boca, zorra, o te vuelo los putos sesos aquí mismo —le dijo el soldado que la estaba apuntando con la semiautomática. No se la volvió a escuchar.

—¡No te preocupes, cariño! Estos mercenarios cabrones lo van a pagar muy caro —dijo El Pico. Enseguida recibió un puñetazo de Bon Clarke y le saltaron dos dientes. Empezó a sangrarle la boca y tenía parte del labio partido.

—¿Dónde tienes ocultos los laboratorios de cocaína?

—¡Iros al puto infierno, hijos de puta!

Bon, el jefe de equipo que le había soltado el puñetazo, le dio una patada en la espalda y, cuando se quedó tumbado en el suelo, sacó un cuchillo, cogió la mano derecha de El Pico y le cortó el dedo pulgar. Empezó a chillar como nunca lo había hecho; el dolor era tan insoportable que apenas le dejaba respirar.

—Te lo voy a preguntar una vez más, hijo de puta. ¿Dónde están los laboratorios escondidos?

—Yo estoy muerto, de todas maneras; no os pienso decir una mierda.

—¡Muy bien! —respondió Bon. En ese momento sacó una semiautomática, le apuntó a la oreja izquierda y disparó.

El Pico gritó con todas sus fuerzas y, con toda la adrenalina que salía de su cuerpo, ya no sentía ni dolor. Los gramos de cocaína pura que había consumido antes de dormir le estaban haciendo un efecto inmortal, al menos eso es lo que él se creía. —Hijos de la gran puta, iros a mamarla, cabronazos. —Al decir eso, empezó a reírse a carcajadas.

—Este cabrón está de coca hasta el culo —dijo uno de los soldados al jefe de equipo. Otro disparo, esta vez en su oreja derecha, lo dejó completamente sordo. Ya no podía oír absolutamente nada. Ambos tímpanos los tenía destrozados.

La chica, tirada en el suelo de rodillas, estaba presenciando una verdadera tortura realmente sangrienta. Pensaba que no iba a acabar la cosa así, y estaba en lo cierto. Dos de los tres soldados que estaban en la habitación cogieron a El Pico cada uno de un brazo y lo sentaron en la silla. Su calvario solo acababa de empezar. Bon sacó de su mochila una especie de tenazas con cables eléctricos conectados a una pequeña máquina y dos clavos gruesos enganchados uno en cada cable. El Pico, nada más ver eso, ya intuía lo que se le venía encima.

—Mi puta paciencia se me está acabando. ¿Dónde están los laboratorios escondidos?

—Es inútil preguntarle, jefe, no creo que oiga nada después de cómo le has dejado los tímpanos.

—Bueno, entonces esa zorra va a responder por él. ¡Traedla aquí!

Los dos soldados la cogieron y la tiraron justo sobre los pies de El Pico. La pareja se miró a los ojos y él agachó la cabeza de tristeza porque sabía que a su chica la iban a liquidar si no respondía a las preguntas. El jefe de equipo le quitó la cinta de la boca de un tirón y la chica empezó a llorar. —Yo no sé absolutamente nada. ¡Por favor, dejadme en paz!

—¿Cómo te llamas?

—Penélope.

—Muy bien, Penélope. Quizás tú me puedas decir dónde están los laboratorios escondidos.

—Ya se lo he dicho, yo no sé nada.

Entonces a El Pico le pusieron los clavos, uno en cada pierna, y conectaron la máquina. Empezó a chillar como un loco. Llegó un momento en el cual, del dolor, no tenía fuerzas ni de gritar. Ni los gramos de cocaína que había consumido le estaban salvando de ese inmenso calvario. Sufría como si estuviera en la mismísima silla eléctrica.

—¡Paren eso, por favor, párenlo ya! —rogó Penélope.

El jefe de equipo paró la máquina.

—Ya he tenido bastante paciencia. ¿Me vas a responder, Penélope?

—Sí.

—¡Bien, muy bien, así me gusta! Ya nos vamos entendiendo —dijo Bon.

Penélope miró a El Pico a los ojos de nuevo y él giró la cabeza de izquierda a derecha dándole la señal de que no dijera absolutamente nada, pero ella desobedeció sus órdenes.

—En el establo donde están los caballos hay unas escaleras que bajan hasta un sótano y os encontraréis cinco puertas. La última puerta al fondo es donde están los laboratorios.

—Muchas gracias, Penélope —dijo el jefe de equipo, al tiempo que apuntaba a El Pico a la cabeza y le daba dos disparos que acabaron con su vida.

Penélope empezó a gritar. —Sois unos putos mercenarios de mierda, no sois soldados, no tenéis nada de compasión.

Eso fue lo último que dijo Penélope. Ella también recibió un disparo en la cabeza. El jefe de equipo mandó a los nueve soldados a quemar los laboratorios y a abrir las dos cajas fuertes de «El Pico». Debían coger todo su contenido. Ya sabían de antemano dónde estaban las cajas fuertes porque Crooley le había dado toda la información necesaria a Benjamín Thomas. En media hora desaparecieron dejando toda la mansión en llamas. Desgraciadamente, ni los criados se libraron de la masacre que habían dejado los hombres de Benjamín. Habían arrasado con todo, ni siquiera dejaron que los pobres caballos en el establo pudieran escapar de las llamas, todos los animales se estaban quemando vivos

17:00, Londres

Dean Saunders recibió toda la documentación necesaria y ya podía partir hacia su próximo destino. —¡Kibo! Vamos a la habitación, tenemos que hablar en privado.

—¡De acuerdo, jefe!

Una vez dentro, Dean le dijo: —Kibo, esta es tu nueva identidad. Es necesario para tu protección y la mía, y lo más importante de todo es que nunca puedan ir a por tu familia.

—¿En qué gran lío está metido, jefe?

—Pronto lo sabrás.

«Me he metido en algo más gordo de lo que esperaba, pero soy un hombre de palabra y protegeré a mi jefe hasta la muerte si es necesario», pensaba Kibo.

—A partir de ahora, te vas a llamar Jabari Sirham.

—Ese nombre en mi lengua significa «valiente lobo» —dijo Kibo.

—Te llamaré Jabari a partir de ahora, olvídate de Kibo.

—De acuerdo, jefe.

—Esta va a ser nuestra última noche en Londres. Nuestro próximo destino va a ser Santa Mónica, California. —Dean Saunders iba a volver a Estados Unidos y precisamente a California, donde habían vivido sus padres. A él no lo buscaba la policía, ya que Crooley no le denunció por apoderarse de toda su fortuna. Aun así iba a volver con un nombre y apellido totalmente distintos. No tendría problema ninguno para regresar a su tierra. Dean también estaba más que preparado para asumir que se arriesgaba a ser encontrado por Crooley Mckenzie en cualquier momento. En ese preciso instante a Dean solo se le pasaba por la cabeza que tenía que volver a la casa de sus padres y ver cómo había quedado la vivienda después de que Alan le dijera en el bar del hotel que habían entrado en casa de sus padres. De ese modo, también podría visitar a su gran amigo Michael McGregor en Santa Mónica.

Miércoles, 12 de noviembre de 2003, 10:45 am

Crooley Mckenzie había recibido un pequeño paquete por mensajería y no tenía idea de lo que podría contener. Empezó a abrir el paquete lentamente y se encontró con algo que ojalá no hubiera tenido que ver jamás. Era el reloj de oro y diamantes que le había regalado a El Pico. El reloj llevaba restos de sangre. Empezaron a saltarle las lágrimas y se dijo: «Te he traicionado y nunca me lo perdonaré». Cogió el reloj con la mano derecha y se la pegó en la frente sabiendo a ciencia

cierta que lo habían liquidado los matones de Benjamín. Sabiendo que había traicionado a su mejor amigo, sentía un inmenso dolor que no le dejaba ni respirar, pero más fuerte aún era la sensación al saber que no tenía todavía a Dean Saunders en sus manos.

Crooley quería conocer su paradero cuanto antes, reconociendo que él mismo había tenido que sacrificar la vida de su amigo para encontrarlo. La rabia que sentía ya no daba más de sí, pero sabía que tenía que esperar su gran momento y estaba seguro de que estaría al caer.

Dean y Kibo aterrizaron en Los Ángeles sin problemas, cogieron un taxi y se dirigieron a Santa Mónica. Mike se llevó una gratísima sorpresa al abrir la puerta y encontrarse con su gran amigo. Los invitó a hospedarse en su casa. Al día siguiente, mientras los tres estaban desayunando en la cocina, Dean contó lo que le ocurrió desde que se fue de Manhattan hasta ese día. Tanto Mike como Kibo se quedaron de piedra al saber toda la verdad.

—Jabari, perdona que no te lo haya explicado todo antes, pero una de las razones de esperar tanto tiempo era que los dos estuvierais juntos como ahora. Los dos sois muy importantes para mí. Por eso esperé hasta este momento.

—Se lo agradezco mucho, jefe, por habérmelo contado.

—No me llames jefe, solo llámame Michael.

—Yo también te agradezco que me lo hayas contado —dijo Mike—. Una pregunta, Michael: ¿por qué decidiste llamarte así?

—Me puse Michael por ti, por mi mejor amigo.

Al escuchar Mike eso, se fue hacia Dean y le dio un gran abrazo. Jabari juró lealtad a Michael. —Daré mi vida por ti, para protegerte.

—Gracias, Jabari.

—Lo mismo digo, Michael, haré todo lo que esté en mi mano para que no te ocurra nada.

—Gracias a ti también, Mike. ¡Chicos!, voy a la casa de mis padres, a ver lo que me encuentro allí.

—Iré contigo, jefe —dijo Jabari.

—No, esto es algo que debo hacer yo solo.

—Como quiera, jefe, pero sería más seguro que fuera con usted.

—Te lo agradezco, pero quiero que te quedes aquí con Mike. Volveré en un par de horas.

Dean aparcó justo enfrente del domicilio de sus padres. Ni siquiera bajó del coche porque lo que se encontró fue una casa completamente destrozada y calcinada. No se podía creer que, después de tanto tiempo, la casa de sus padres estuviese en tal mal estado. Quiso averiguar si el incendio había sido fortuito o intencionado, así que decidió ir a una de las bibliotecas públicas de Santa Mónica para localizar algún artículo en cualquier periódico local del día posterior al incendio. Después de media hora buscando detenidamente en un periódico, encontró un artículo que decía que el incendio en el domicilio de sus padres había sido provocado, pero que los propietarios de la vivienda no estaban dentro en el momento del incendio. El artículo también mencionaba que la policía de Santa Mónica había investigado a los propietarios y que lo único que pudieron averiguar es que viajaron a Londres mucho antes de que se incendiara la vivienda, aunque perdieron su rastro en Andorra. Era como si se los hubiera tragado la tierra. La policía tampoco pudo averiguar quién fue el responsable del incendio.

En Nueva York, el detective Lorenzo estaba al tanto de esa investigación, ya que Dean Saunders había declarado por el caso de Steven Bradley. Lorenzo también sospechó que fue Dean quien le

mandó toda la información necesaria en relación a Crooley Mckenzie, pero no lo podía demostrar debido a que el paquete que recibió era anónimo.

Viernes, 14 de noviembre de 2003, 9:45 am

El móvil de Crooley estaba encima de la mesa de su oficina; sonaba sin parar mientras él se encontraba en el cuarto de baño. Al volver a su despacho, llamó a su secretaria para pedirle que le trajera unos papeles importantes. Cuando cogió el teléfono se dio cuenta de que tenía cinco llamadas perdidas de un número desconocido. Esa era la llamada que tanto deseaba y la que estaba esperando impacientemente. Estaba al cien por cien seguro de ello. De inmediato, llamó a Mark Williams y le comunicó que fuera a su despacho lo antes posible. Una vez que cortó la llamada, recibió otra de un número desconocido. Crooley enseguida contestó. —¿Dígame?

—Jack, ¿eres tú?

—Sí, soy yo, dime qué tienes para mí.

—El contenido que buscas está en Santa Mónica, California. Dirección: Rich Man Space, King Avenue, 22.

Una vez dicho eso, se cortó la línea y Crooley empezó a sonreír con una mirada malvada. Se levantó de la silla y se sirvió una copa de *whisky* con hielo para celebrar lo que estaba esperando desde hace tiempo. En ese instante, entró Mark en su despacho y le preguntó: —¿Qué sucede, jefe? Parecía muy ansioso por hablar conmigo. ¿Ha ocurrido algo?

—Siéntate. Tengo que hablar contigo de algo muy importante.

Mientras se sentaba, Crooley le estaba preparando una copa y se la puso en la mano. —Jefe, yo no bebo en horas de servicio y menos a estas horas de la mañana.

—¡Créeme, Mark! La vas a necesitar después de lo que te voy a decir. ¿Te acuerdas cuando te dije que trabajar para mí algunas veces conllevaba riesgos y peligros?

—Sí, jefe, me acuerdo perfectamente.

—Pues ha llegado el momento. Es la primera vez que te voy a pedir que hagas una cosa como esta, y espero que tenga que ser la última. Vas a matar a un hombre llamado Dean Saunders. Es alguien que me traicionó no hace mucho tiempo y le quiero devolver el gran favor. El que me traiciona lo paga con sangre.

Entonces Mark cogió la copa y se la bebió de un trago. Después de que el líquido ardiente le atravesara toda la garganta, empezó a hablar. —Me imaginé que este día podría llegar más temprano que tarde y estoy preparado para ello, jefe. Le dije que haría cualquier cosa por usted, y así será.

—Me alegra mucho oír eso, Mark. Desafortunadamente, no podré ir contigo, ya que tengo que asistir a una conferencia muy importante pasado mañana. Acuden empresas multinacionales de mucho prestigio a un congreso en Zúrich y no me queda más remedio que hacer acto de presencia. Créeme, Mark, me gustaría matarlo con mis propias manos si tuviera la oportunidad. Es lo que más deseo, pero las circunstancias son las que son y no ha salido como yo esperaba.

»Te vas a ir a Santa Mónica, California, a primera hora de la mañana. Ahora mismo mi secretaria se está encargando de todo el papeleo. Aquí tienes la dirección donde se hospeda y una foto de Dean Saunders. Fíjate muy bien en su cara y no la olvides.

»Toma, esta es la pistola que quiero que uses para matarlo. Tiene una sola bala. Cuando lo

tengas de frente, se la metes entre ceja y ceja. Puedes utilizar tu propio revólver para protegerte, pero para matar a Dean quiero que uses esta pistola. ¿Me has entendido?

—Sí, jefe, así se hará.

—Esta pistola se desarma en nueve pedazos. No tendrás ningún problema en pasarla por seguridad en el aeropuerto. Ve practicando cómo montarla y desmontarla, ya que lo vas a necesitar.

»Cuando acabes con él, me llamas inmediatamente desde una cabina a mi número. Si, por cualquier motivo, no contesto, deja un mensaje, pero no seas explícito.

—Entendido, jefe.

—¡Ah, otra cosa! Tráeme algo suyo para que vea que realmente está muerto.

—Si por mí fuera, jefe, le traería su cabeza, pero eso no va a ser posible.

Crooley sonrió y le dijo: —Sé que lo harás muy bien, confío en ti.

Lunes, 17 de noviembre, 7:30 am

Enfrente del domicilio de Michael McGregor estaba sentado Mark Williams en el interior de un vehículo que había alquilado en el aeropuerto, vigilando y estudiando todos los movimientos y cualquier detalle, fuese en el interior o exterior de la vivienda. Mark averiguó que esa propiedad estaba a nombre de Michael McGregor y quería ver si era quien decía ser o Dean Saunders se hacía pasar por él. Memorizó bien el rostro de su próxima víctima y no iba a dejar escapar su gran oportunidad. En cada lado del interior de su chaqueta de traje, guardaba su propio revólver y el de Crooley. Solo estaba esperando el momento adecuado para actuar. Sobre las 08:15 am, Mark vio salir de la vivienda a un tipo y se fijó detenidamente en su rostro. Llevaba un traje y maletín y pensó que seguramente se dirigiría hacia el trabajo. Después de observarlo durante varios segundos con sus prismáticos desde el vehículo, se dio cuenta de que no era Dean Saunders. Mark aprovechó en ese instante para colarse en casa de McGregor por la parte trasera de la vivienda. Iba vestido con un traje de color azul marino, zapatos negros, gafas de sol y unos guantes negros de cuero. Cualquiera que lo viera, podría pensar que se trataría del FBI o la CIA.

En ese momento, Dean y Jabari se encontraban en el sótano y, de pronto, Jabari tapó la boca de Dean con la mano izquierda y le susurró al oído: —Estoy oyendo unos pasos.

Nada más decir eso se escondieron en una esquina. Los dos se fijaron cómo se acercaba una sombra y enseguida vieron por la pequeña ventana del sótano que daba a la calle los pies del hombre mientras pasaba sigilosamente. Enseguida, Jabari cargó su revólver y le dijo a Dean: —Métete dentro de ese mueble y no salgas bajo ningún concepto hasta que yo te abra.

—De acuerdo —dijo Dean.

Jabari subió las escaleras del sótano lentamente y, al llegar arriba, cerró la puerta sin hacer ruido. Se escondió detrás de la barra americana que había en el salón y se tumbó en el suelo esperando su momento.

Mark sacó de su bolsillo una navaja y despacio forzó la cerradura de la puerta de atrás de la vivienda, que daba a la piscina. Una vez dentro, sus pasos eran más silenciosos que las de una araña merodeando por las paredes. El primer lugar al que fue a ver si había alguien fue precisamente el salón. Se quedó quieto en la entrada, dio un giro a su izquierda y se fijó en la barra americana. Empezó a acercarse lentamente y estaba a punto de mirar detrás de la barra

cuando, de repente, escuchó un portazo en la puerta de entrada de la casa. Salió del salón y se escondió detrás de la puerta de un cuarto de baño que se encontró en el pasillo.

—¡Michael, soy yo, Mike!, me olvidé de mi cartera —dijo, alzando la voz. Subió corriendo por las escaleras hacia su dormitorio y cogió su cartera, que estaba en un cajón de una de las mesillas de noche. Al girarse para salir del dormitorio, se topó con Mark Williams en la puerta apuntándole con su revólver.

—¿Dónde está Dean Saunders?

Mike, asustado y aturdido, respondió: —No sé de qué me está hablando, yo no conozco a ese tipo.

—¡Muy bien! Si es así como lo quieres... —Mark movió el percutor con el dedo pulgar y estaba a punto de apretar el disparador cuando, de repente, recibió un golpe en la cabeza con un palo de béisbol que Jabari se encontró en el salón.

Mark cayó fulminado e inconsciente en el suelo. —Me has salvado la vida, Jabari, te lo debo todo —dijo Mike con un gran alivio.

—Vamos a llevar a este cabrón al sótano —dijo Jabari. Al llegar, lo tiró al suelo y le desarmó toda la munición que llevaba encima y, a continuación, abrió el mueble para que Dean pudiera salir. Sentaron a Mark en una silla y lo ataron de pies y manos, le pusieron cinta adhesiva en la boca y ya solo tenían que esperar a que se despertara, porque seguía inconsciente.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Dean.

—Él ha venido a por ti. Me preguntó dónde estabas escondido.

—Estoy seguro de que Crooley ha mandado a este tipo para liquidarte —dijo Jabari.

—¿Cómo pudo averiguar este cabrón donde estaba escondido?

—Pues muy pronto lo vamos a averiguar —respondió Jabari—. Este cabrón no se anda con chiquitas. Mira la pistola de oro macizo y este revólver, muy parecido al de Colt Modelo 1927, que lleva encima.

Mark sangraba bastante por la parte trasera de la cabeza y tenía un buen corte por culpa del golpe que recibió.

—Menos mal que no le diste demasiado fuerte, Jabari, porque te lo hubieras cargado seguro y no le hubiéramos podido interrogar —dijo Dean.

—¡Tranquilo, jefe! Esa es la razón por la que no lo maté, sabía que teníamos que sacarle toda la información posible. Este cabrón nos va a decir todo lo que necesitamos saber, sea como sea.

—¿Y si no habla? —preguntó Dean.

—Créeme, jefe, este cabrón hablará.

Dean se fijó en el reloj que llevaba puesto Mark y le dijo a Jabari: —Hazle un par de fotos con esta cámara al reloj que lleva puesto y a él de cuerpo entero. —Jabari hizo lo que se le ordenó. Una vez hechas las fotos, Dean le dijo: —Quítale el reloj y tráemelo. —Jabari levantó la mano izquierda de Mark y le quitó esa joya tan cara que le había regalado Crooley—. ¡Madre mía! Este reloj es impresionante y debe costar una barbaridad. ¡Toma Jabari! Véndelo en una casa de empeños. Seguro que te darán mucho dinero por él.

—¡Muchas gracias, jefe! Te lo agradezco muchísimo. El dinero que saque por este reloj se lo mandaré todo a mi familia.

—Sabía que dirías algo así. Eres un buen hombre, Jabari, por eso acerté al contratarte.

—Voy a hacer unos cafés bien cargados porque los vamos a necesitar —interrumpió Mike.

—¿Y tu trabajo? —le preguntó Dean.

—No te preocupes por eso, ahora mismo llamo y les comunico que estoy indisponible.

Una vez que Mike volvió con los cafés, Mark empezó a despertarse aturdido y con un gran dolor de cabeza. No sabía dónde se encontraba hasta que Jabari le echó una jarra de agua bien fría en toda la cara. Al volver en sí, empezó a ver las cosas con claridad y se dio cuenta de que había fracasado en su primer intento peligroso de asesinar a una persona. No se lo podía creer. Ya sabía que iba a morir de una manera u otra. Por culpa de su falta de experiencia en este tipo de trabajo, iba a ser condenado a una muerte segura. Hasta el mismísimo Crooley lo mataría por haber fracasado. Mark ya conocía a Crooley lo suficiente como para saber que no se tomaba las decepciones con buen ánimo, y menos por este motivo.

—¿Qué pasa, hombre? Ahora no te crees tan chulito, ¿verdad? —preguntó Jabari—. ¿Quién te ha mandado aquí? —Mark lo miraba a los ojos, pero no le contestó. Jabari se acercó y le dio un puñetazo en el estómago y otro en la cara. —La próxima vez te parto la mandíbula. Te repito: ¿quién coño te ha mandado? —Mark seguía sin contestar—. ¡Muy bien! Si es así como quieres hacer las cosas... Mike, vuelve a ponerle cinta en la boca.

—¡De acuerdo!

Jabari se acercó a una cajonera vieja que estaba llena de herramientas y cogió unas tijeras grandes, se acercó mientras Mark inquieto no paraba de moverse de la silla con gran nerviosismo.

—¿Te acuerdas cuando te dije que te iba a romper la mandíbula? —Mark movió la cabeza de arriba abajo—. Pues te mentí.

Jabari le agarró el dedo meñique de la mano izquierda y con las tijeras machacó ese dedo hasta arrancárselo. Mark no paraba de gritar, sufriendo de dolor, aunque los gritos no se oían por culpa de la cinta que le tapaba la boca.

—¡Escúchame, hijo de puta! Podemos estar aquí todo el día y te arrancaré todos los dedos que te quedan si es necesario. Te voy a quitar la cinta de la boca y espero que empieces a colaborar —dijo Jabari—. ¿Quién te mandó para hacer este trabajo?

Mark seguía sin responder. Jabari estaba a punto de sujetarle el dedo anular cuando de sopetón dijo: —¡Vale, vale! Hablaré. Me mandó un tipo llamado Jack Smith.

—No te creo. —Jabari le puso la cinta de nuevo en la boca y le arrancó el dedo anular. Pasaron más de cinco minutos hasta que Jabari volvió a hablar. —Estoy perdiendo la paciencia, te lo voy a preguntar una última vez. ¿Quién te mandó?

—Jack Smith —repitió.

—Y ese tal Jack Smith, ¿es ese su verdadero nombre?

—No, su verdadero nombre es Crooley Mckenzie.

—Bien, bien, ahora ya nos vamos entendiendo. Me lo vas a decir absolutamente todo o ya sabes lo que te espera. ¿Para qué te mandó Crooley?

—Para asesinar a Dean Saunders.

—¿Dónde vive ese hijo de puta?

—En Dubái.

—¿Tiene Crooley alguna empresa?

—Sí, se llama EIFORUM CM PLC.

—¿Dónde está?

—En Dubái.

Dean cogió un folio y un bolígrafo y le dijo a Mark. —Quiero que escribas la dirección del domicilio de Crooley y de la empresa.

Mark cogió el folio con la mano derecha ya que la izquierda la tenía completamente inmóvil, y escribió lo que se le pidió. Una vez escrito, Dean cogió el folio, lo dobló y se lo guardó en el

bolsillo del pantalón. Jabari entonces le preguntó a Mark. —Si su verdadero nombre no es Jack, ¿cuál es el tuyo?

—Mi verdadero nombre es Joe Lang.

—¿Dónde se encuentra Crooley Mckenzie ahora mismo?

—Está en Zúrich, por negocios.

—¿Cuánto tiempo estará allí?

—Me imagino que hasta el miércoles.

—¿Cómo coño tendrá Crooley tanto dinero otra vez? Yo le dejé sin un centavo.

—Eso ya no lo sé, dijo Mark.

—¿Dónde lo conociste?

—En Dubái, fui allí a buscar trabajo y fue Crooley quien me ofreció un trabajo de chófer.

—Solo por curiosidad, Joe, ¿por qué tienes una pistola de oro macizo y con una sola bala? —preguntó Jabari.

—Crooley me ordenó que tenía que ser con esa pistola con la que matara a Dean, pero no me quiso explicar el motivo.

—Bueno, una última cosa, quiero que llames a Crooley ahora mismo y le digas que has liquidado a Dean Saunders. Como se te ocurra decir otra cosa que no sea esa, te rajo el cuello con esta navaja lentamente —dijo Jabari.

Como se le ordenó, cogió su móvil y llamó a Crooley.

—Jack al habla, dígame.

—El trabajo ya está hecho.

En cuanto Crooley escuchó esa frase, se le abrió una sonrisa de oreja a oreja. Llamó al camarero y le dijo: —Tráigame un par de botellas de *champagne* a esta mesa. Tengo algo muy importante que celebrar.

—¡Sí, señor, ahora mismo! —respondió el camarero.

Crooley se encontraba en un restaurante de lujo en el centro de Zúrich con unos empresarios internacionales muy importantes en el momento de la llamada. El camarero puso las botellas de *champagne* bien frías y con sus respectivas copas encima de la mesa. Cuando el camarero las llenó, Crooley cogió la suya e hizo un brindis. —Caballeros, brindo por una nueva relación de amistad entre nosotros. —Realmente no era eso lo que estaba pensando, a él no le importaba una mierda esa gente que estaba sentada a su alrededor. Él estaba celebrando lo más grande de todo. Por fin se quitaba de encima esa rabia y dolor que tenía dentro, sabiendo que Mark había acabado con la vida de Dean Saunders, el hombre que le arruinó la vida destrozando su negocio, robándole su fortuna y hasta su mujer. Crooley se había quitado un gran peso de encima y no podía estar más aliviado. Ahora podía concentrarse al cien por cien en lo que siempre le había salido redondo, que eran los negocios para crear su propio imperio.

Mientras, en el sótano de Mike, Jabari le preguntó a Mark: —Si tú trabajabas para Crooley como chófer, ¿cómo es que tenías un reloj tan valioso como este en tu posesión? ¡Sabes, Mark! No me estás diciendo toda la puta verdad y me estas cabreando de nuevo, y ya sabes qué pasa cuando me cabreo.

—El reloj me lo regaló Crooley, y esa es la verdad. Para mí fue una gran sorpresa que me regalara algo de tanto valor. Eso era como un anticipo por los trabajos sucios que le tendría que hacer.

—¡Dime, Mark! ¿Crooley tiene un reloj como este?

—Sí, lleva uno puesto y es idéntico a este.

—Bueno, ahora la gran pregunta es: ¿qué hacemos contigo? Tú viniste a matar a mi jefe Dean Saunders, y no te puedes ir de rositas —dijo Jabari.

—Haz lo que tengas que hacer pero que sea rápido. ¿Si os digo otra cosa me podréis perdonar la vida?

—Eso depende de lo que sea —dijo Dean.

—Crooley Mckenzie se hizo cirugía plástica en la cara. No se parece en nada a como era antes.

—¡Muchas gracias por esa información!

En ese momento Jabari miró a Dean y se acercó hacia él. Dean le susurró algo al oído y, en ese momento, Jabari cogió la pistola de oro macizo, apuntó a Mark en la frente y le pegó un tiro.

Mike se quedó helado y aterrorizado. Nunca había presenciado semejante barbaridad y del susto se le cayó la taza de café que se estaba bebiendo. Se acercó a Dean y le dijo: —Tú ya no eres una persona civilizada, te acabas de convertir en un puto gánster.

Dean cogió su taza de café, se bebió un pequeño sorbo y contestó: —Ya sé lo que soy, lo supe el día en el que todo por lo que luché se convirtió en polvo. No me quedaba elección. Si lo hubiera soltado, se habría vengado y no fallaría una segunda vez. ¡Créeme! Tú ahora estás tan involucrado como nosotros y aquí no te puedes quedar. En cuanto Crooley averigüe que Mark está muerto, mandará a su gente para matarte. Te tienes que venir con nosotros o morirás.

—Mi carrera está arruinada tanto como la tuya. ¿Qué coño voy a hacer ahora? —preguntó Mike.

—¡Lo siento muchísimo, amigo! Nunca debí venir a verte, jamás pensé que me iban a encontrar, pero lo han hecho; no sé cómo, pero así ha sido. Sé que es muy difícil asumir esta situación ahora mismo, pero te acostumbrarás como lo hice yo. No tienes que preocuparte por nada, me aseguraré de que tengas todo lo que perdiste y, por supuesto, todo correrá por mi cuenta. Vivirás una nueva vida en otro lugar.

—¡No, gracias! No tengo mucho en la vida, pero tiene que ser mía.

—¿Qué dices, Mike? Si no vienes con nosotros, te matarán seguro.

—Ese es un riesgo que tendré que asumir, pero por lo menos estaré viviendo mi propia vida.

—Mike se estaba poniendo muy nervioso, estaba temblando, no daba razón de sí y le sudaba todo el cuerpo.

Mientras Dean empezó a hablar con Jabari, en un descuido, Mike se acercó a la mesa donde habían dejado el revólver de Mark y se metió el cañón en la boca mientras Dean gritaba: —¡Noooooooo! —Y allí mismo acabó con su vida sin tener culpa de nada. Mike se había quitado la vida. Dean se arrodilló ante él cogiéndolo en brazos y llorando sin parar. —¡Perdóname, amigo mío! Yo tengo toda la culpa. Si no hubiera venido a tu casa, nada de esto hubiera pasado.

Jabari puso la mano en el hombro de Dean y le dijo: —Jefe, nos tenemos que largar de aquí enseguida. Puede que los vecinos hayan escuchado los tiros y llamarán a la policía.

—¿Y qué hacemos con Mike? No podemos dejarlo aquí tirado.

—No podemos hacer nada, larguémonos de aquí ya.

Jueves, 20 de noviembre a las 17:00 pm

Mark Williams tendría que haber regresado al despacho de Crooley, pero no había señales de él.

Crooley llegó el día anterior de Suiza. Decidió llamar a Mark a su teléfono e insistió varias veces, pero no obtuvo respuesta. Esperó una media hora y volvió a intentarlo. Esta vez sí que lo cogieron, pero no era Mark. La voz que oyó era de otra persona. —¿Quién eres? —preguntó Crooley.

—Soy tu peor pesadilla y la persona que va a acabar contigo de una puta vez. —Nada más decir eso, Dean colgó el teléfono.

En ese momento, Crooley supo que Mark había fracasado en su intento de asesinar a Dean Saunders y que probablemente lo habían matado. Crooley se puso las dos manos en la cabeza y se quedó inmobilizado durante varios minutos intentando pensar o planear en lo que tendría que hacer para encontrar a Dean de una vez por todas. Pero intuía que no iba a ser necesario encontrarlo, porque Dean Saunders iba a ir a por él. «He debido de subestimar a esta persona», pensó.

Lunes, 24 de noviembre de 2003, 10:00 am

En una cafetería cerca de la catedral de Santa María del Fiore, en Florencia, Dean Saunders acababa de terminarse su *espresso* cuando decidió dirigirse hasta la mismísima catedral. Una vez allí, esperó en la puerta de entrada. Ese era su punto de encuentro, donde iba a reencontrarse con la persona que él más deseaba ver en ese momento. Justo el día después de la muerte de su gran amigo Mike, Dean estaba absolutamente destrozado y no sabía qué hacer. Solo se le ocurrió una cosa, que era llamar a Diamante Negro y esa persona no era nada más y nada menos que Helen Mckenzie. Sus instrucciones habían sido que llamara en caso de estar en graves problemas y que su vida corriera serio peligro. Realmente lo estaba, porque por primera vez habían intentado atentar contra su vida sin éxito y no iban a parar hasta conseguirlo. Esa no era la razón por la que Dean llamó a Helen, sino porque había perdido a su mejor amigo y realmente necesitaba el calor de ella. Helen accedió a su petición sin ningún problema.

Eran las 10:15 am cuando un coche de color negro con los cristales traseros tintados aparcó en una de las calles cercanas que daban a la catedral. El chófer salió del vehículo y abrió la puerta de atrás. Tan preciosa y sorprendente como siempre, con un vestido blanco y unos zapatos de tacón de color rojo, bajó del vehículo y se dirigió lentamente andando hacia la puerta principal de la catedral. La única diferencia era el pelo, se lo había cambiado de color, a un negro oscuro y lo tenía rizado. Parecía una persona totalmente distinta a la que era, y eso era exactamente lo que quería: pasar desapercibida sin llamar la atención de nadie. Con el gorro y las gafas que llevaba puestas, no habría persona que la reconociera a primera vista. Nada más verse, se dieron un beso en los labios y un gran abrazo.

—Te he echado muchísimo de menos —le dijo Dean.

—Y yo a ti también, Michael. Porque ahora te llamas así, ¿verdad?

A Dean le salió una sonrisa. —Estoy seguro de que lo sabes todo sobre mí.

—Sí, tengo que protegerte, me lo prometí a mí misma, y como ya sabes tengo que proteger mis intereses.

—¿Quieres ir a una cafetería y hablamos tranquilamente? —propuso Dean.

—No, mejor nos metemos en el vehículo y hablamos sin que nos molesten.

Dean y Helen entraron en el vehículo, donde Bob estaba, como siempre, de chófer y

protegiendo a su jefa.

—Encantado de volver a verte, Bob.

—Lo mismo digo, Michael.

—Bob, demos un recorrido por la ciudad de Florencia mientras Michael y yo hablamos.

—De acuerdo, señora.

El vehículo se puso en marcha y hablaron durante una larga hora. Dean le contó absolutamente todo desde que se vieron ellos dos por última vez. Especialmente habló sobre sus padres y su mejor amigo, que ya no estaba con él. Dean nunca había sentido tanto odio hacia Crooley como ahora y quería acabar con su vida de una vez por todas.

—Michael, tú no eres un asesino. No tienes esa sangre fría para matar a una persona.

—Físicamente, tal vez no, pero psicológicamente te digo que sí.

—¿A qué te refieres? —preguntó Helen.

—Di la orden para que mataran a la persona que intentó asesinarme. Como ya sabes, tengo a Jabari trabajando para mí, pero no me siento bien con que él tenga que hacer todos los trabajos sucios por mí.

—Sé cómo te sientes, Michael, pero alguien tiene que arreglar esta mierda y nos ha tocado a nosotros. Michael, tú eres dueño de tu propio destino y solamente tú puedes cambiar el rumbo del camino que quieras elegir. Sea cual sea ese camino, yo te voy a apoyar al cien por cien. De eso que no te quepa la menor duda. Después de todo lo que hiciste por mí, te debo el cielo.

—¡Muchas gracias, Helen, por tu apoyo!

—No, gracias a ti, Michael, por salvarme de una vida tan miserable como la que tenía.

—Helen, yo te dije una vez hace tiempo que yo no era un asesino, y mírame ahora. Sé dónde vive Crooley y se dónde está su nueva empresa, voy a ir a por él muy pronto.

—No creo que sea muy buena idea que vayas tú. Crooley tendrá contratada a mucha gente para protegerlo y tiene mucha experiencia en ese tipo de situaciones.

—¡Lo sé, Helen! Pero tengo que acabar con él para siempre, y no voy a fallar.

—De acuerdo! Te ayudaremos en todo lo que necesites. Lo que no entiendo es cómo Crooley vuelve a tener dinero otra vez. Yo creía que lo habíamos dejado sin un centavo en el bolsillo.

—Yo también lo creía, pero debía de tener dinero escondido en otra parte que yo no pude averiguar.

—¡No te preocupes, Michael! Nosotros ahora tenemos nuestras armas para luchar contra él. Ahora tenemos poder y dinero. Necesitamos un plan estratégico, lo tenemos que pillar por sorpresa en el acto y sin que sus matones estén cerca, porque entonces habría una gran masacre y no se iba a librar nadie en ese momento —comentó Helen.

Comenzaba un mes muy importante para Crooley, ya que iba a recibir un premio por ser el mejor emprendedor del año. La ceremonia se iba a celebrar en un prestigioso hotel en el centro de Dubái. Crooley seguía esperando día a día y con mucha paciencia a Dean Saunders. Estaba más que preparado para enfrentarse a cualquiera que se interpusiera en su camino. Ahora más que nunca, había contratado a gente especializada en tácticas de armamento y combate. Realmente eran unos mercenarios, asesinos sin escrúpulos, gente a la que le importaba más el dinero que cualquier otra cosa. Crooley, por primera vez, se sentía amenazado y a la vez más protegido que nunca y no iba a dejar que se le acercaran tan fácilmente, excepto a Dean Saunders. Crooley estaba deseando enfrentarse cara a cara con él.

20:00 del mismo día

Dean y Helen quedaron en un hotel para planear el asalto final. Un plan que no iba a ser tan fácil como ellos pensaban. Crooley parecía tener más protección a su alrededor que el mismísimo presidente de los Estados Unidos de América. Dean quería secuestrar a Crooley y que sufriera poco a poco hasta verlo muerto. Helen Mckenzie no estaba de acuerdo con eso. Ella quería liquidarlo en el acto, porque tenía razones para pensar que cuanto más tiempo estuviera Crooley desaparecido, más peligrosa se pondría la misión. La noche al lado de Helen cada vez se hacía más corta. A pesar de las dificultades que conllevaba el plan, era obvia la atracción que sentían el uno por el otro. Estaban solos los dos en la suite del hotel, mientras los hombres de Helen y Dean hacían guardia por los alrededores.

—Helen, hay una cosa importantísima que deberías saber. Cuando maté al hombre de Crooley que fue a asesinarme, me dijo antes de morir que Crooley se había cambiado el rostro, lo que quiere decir que se hizo cirugía plástica. Por lo visto, está irreconocible.

—Entonces, ¿cómo vamos a dar con él? —preguntó Helen.

—No te preocupes, también se cambió de identidad, pero sabemos su dirección, dónde trabaja y el nombre de su nueva empresa. Se hace pasar por Jack Smith. Mira esta foto y dime si reconoces algo.

—Sí, ese reloj, es el que lleva Crooley siempre puesto, nunca se lo quita. ¿Y cómo es que habéis hecho fotos de su reloj? Que yo sepa, no hay más relojes de oro y diamantes diseñados por él mismo circulando por ahí.

—Este reloj no era el de Crooley, lo llevaba puesto el matón que envié para acabar conmigo. Por lo visto, le regaló uno idéntico.

—Yo no sabía que tuviera más de uno

—Por lo que se ve, sí que los tiene. Le hemos sacado más información de la que esperábamos y ahora tenemos todas las papeletas para acabar con él.

—Habrá cambiado su rostro, pero no su voz, esa voz nunca la olvidaré —dijo Helen.

—No, no voy a permitir que te involucres en esta misión, Helen, será muy peligrosa y no quiero que te pase absolutamente nada. Si Crooley te descubriera, te mataría, eso tenlo por seguro.

—Quizás tengas razón, pero quiero ayudar en todo lo necesario para acabar con él.

—Sí, eso ya lo sé, Helen, y te lo agradezco mucho. Esto se ha convertido en algo muy personal entre él y yo —dijo Dean—. Por culpa de Crooley, mi mejor amigo está muerto, aunque también es culpa mía por haberme presentado en su casa. Si no lo hubiera hecho, mi amigo seguiría con vida.

—No debes sentirte culpable de lo ocurrido. Crooley haría cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—Lo sé, lo que no me explico es cómo, después de tanto tiempo sin localizarme, hayan dado conmigo justo cuando iba a visitarlo. Estoy seguro de que él no conoce mi identidad falsa, pero yo sí que conozco la suya. «¿Qué información habrán obtenido para dar conmigo?», pensaba Dean. De pronto, se quedó en blanco.

—¡Dean, Dean! Toma un coñac para que vayas entrando en calor —dijo Helen.

—¡Perdona! Estaba en otro mundo.

—Todo se arreglará, Dean, ya lo verás.

—Eso espero y cuanto antes, mucho mejor.

Era la una y media de la madrugada cuando los dos iban por la segunda copa de coñac. Dean se quedó mirando fijamente a los ojos de Helen, y ella sonriendo le preguntó: —¿Por qué me miras tan fijamente?

—Porque me pareces la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Helen volvió a sonreír de nuevo. Dean se acercó más a ella, casi rozándola. Estaban sentados en el sofá de cuero marrón rojizo. Dean cogió la copa de Helen, la puso en la mesita junto a la suya, le retiró suavemente el pelo negro rizado tan bello de la parte izquierda de la cara, y la acercó lentamente hasta que sus labios se juntaron. Se besaron apasionadamente durante varios minutos, y entonces Helen se sentó a horcajadas sobre Dean; seguían besándose mientras él le desabrochaba la blusa lentamente hasta el último botón. Helen cogió la blusa y la tiró en la alfombra. Dean le acarició la espalda lentamente hasta que tocó el sujetador, y, con un toque de experiencia y sutileza, se lo abrió sin más. Dean puso ambas manos en los pechos de Helen y se los acercó a los labios. Empezó a rodear con la lengua ambos pezones de Helen, uno tras otro, y despacio la lamía en dirección al cuello, hasta introducir la lengua en la boca de Helen de nuevo. Dean la agarró con ambas manos por la cadera y la tumbó en el sofá, le subió el vestido hacia arriba y lentamente le iba bajando la lencería sexy que llevaba puesta. Al quitársela, la tiró en la alfombra y cayó junto con la blusa. A continuación, puso las manos en sus piernas y se las abrió. Helen estaba muy excitada y susurró mordiéndose el labio. —¡Cuánto tiempo sin sentirme así!

Estaba muy húmeda y excitada porque no había tenido sexo desde la última vez que se acostó con Dean. No pasaron ni dos minutos y Helen ya había tenido un gran orgasmo. Se cambiaron de posición, y ahora era Dean al que le tocaba disfrutar, por lo menos con dos de los cinco sentidos. Helen empezó a abrirle los botones de la camisa uno por uno y con los labios le daba besos muy suaves por el pecho acariciándolo con sus suaves manos. Cuando Helen iba bajando lentamente con su húmeda lengua, puso la mano derecha sobre el pene de Dean y movió la mano sin parar suavemente varias veces. Le desabrochó el cinturón y el botón, y le bajó la cremallera. Dean se quitó el pantalón y lo tiró sin mirar a donde fuera a parar. Los dos estaban completamente desnudos y se tumbaron en la cómoda alfombra del salón junto a la chimenea. Pasaron varios minutos, Dean dejó a Helen tumbada en la alfombra, le subió las piernas, apoyó sus pies sobre sus hombros y la penetró hasta el fondo. Estuvieron durante un par de horas haciendo el amor hasta que cayeron fulminados de cansancio y se quedaron dormidos sobre la alfombra suave y gruesa. Cuando despertaron a la mañana siguiente, ambos tenían un dolor de espalda de mil demonios por haber dormido en esa alfombra.

Martes, 25 de noviembre, 09:45 am

Se dieron una ducha juntos y pidieron el desayuno al servicio de habitaciones. Una vez que entró el camarero con el *trolley* y el desayuno completo, lo dejó y se marchó con una buena propina que le había dado Dean. Se sentaron a la mesa para desayunar. Mientras se estaba tomando el café mirando a Helen fijamente a los ojos, a Dean se le cruzaba un cúmulo de pensamientos por la cabeza, pero el más importante de ellos es que se había enamorado ciegamente de ella. A partir de ese momento, no podía ocultar sus sentimientos. También estaba pensando si Helen sentiría lo mismo por él o solo era afecto. Realmente en ese momento Dean estaba flotando en una nube: se

encontraba en una de las ciudades más bellas del mundo, como es Florencia, y estaba desayunando en un hotel de lujo con la persona de la que se acababa de enamorar ciegamente, ¿qué más podría pedir?

—Dean, te noto muy callado, ¿qué te ocurre?

—Nada, estoy muy feliz de estar a tu lado otra vez.

—Lo mismo digo.

Dean estaba aterrado de preguntarle a Helen si sentía algo por él, por miedo al rechazo. Él pensaba que no lo podría soportar, así es que ni se molestó en preguntar. A lo que no estaba dispuesto era a ponerla en cualquier tipo de peligro, quería cuidarla y protegerla para el resto de sus días aunque ella no quisiera estar con él. Tenía que protegerla a toda costa. En cuanto Crooley se percatara de quien era realmente, no dudaría ni un segundo en acabar con ella. —¡Helen! ¿Qué piensas hacer? ¿Dónde piensas irte?

—No lo sé, si te digo la verdad. No sé si irme muy lejos de aquí o quedarme en Italia una temporada. Si me voy muy lejos, estaré muy distante de ti otra vez y no quiero que eso vuelva a suceder.

En cuanto Dean oyó esas palabras, se convenció de que ella también sentía algo por él, así que se levantó de la silla, se acercó a ella y le dijo: —Te amo —y la besó dulcemente en los labios.

Helen lo miró directamente a los ojos y le contestó. —Yo también te amo, y desde hace mucho tiempo.

Dean volvió a sonreír por primera vez desde la muerte de sus padres y de su mejor amigo. Se encontraba muy solo hasta ahora, pero Helen lo cambió todo. En ese mismo momento, parecía el hombre más feliz de la tierra. —¡Helen! Quiero que sepas que me acabas de devolver la felicidad que nunca pensé que volvería a recuperar otra vez. Cuando perdí a mis padres, fue un duro golpe para mí. Los quería con locura, se sacrificaron mucho por mí para que pudiera tener una buena vida por lo que, cuando murieron, me derrumbé por completo. Y, después, mi mejor amigo se suicidó. Te juro que lo único que quería yo hasta ahora era morirme, pero tú me has mantenido fuerte, aunque fuera en la distancia, me diste fuerzas para seguir adelante. ¡Gracias por todo! Nunca podré pagarte todo lo que has hecho por mí.

—No tienes que darme las gracias. Para mí ha sido un gran honor y privilegio conocerte. El destino ha querido que estemos juntos y nada ni nadie nos podrá separar jamás —dijo Helen. Al haber recibido tal cantidad de dinero, empezó a comprar propiedades en muchas partes del mundo. Podría esconderse donde quisiera, pero ella solo quería estar junto a Dean en todo momento y no volverse a separar de él.

—¡Helen, en uno de los hoteles más lujosos de Dubái se va a organizar un acontecimiento único a nivel empresarial y profesional. Será el martes 9 de diciembre, justo dentro de tres semanas. Han escogido a los mejores cincuenta empresarios a nivel mundial para que representen a sus empresas y den una charla. Va a ser una gran fiesta por todo lo alto para ellos, ya que darán un gran premio al ganador. Para los empresarios, este acontecimiento es como para los actores ganar un Oscar.

»Jack Smith ha sido uno de los galardonados para este premio. Todo el mundo le ve como un salvador, un héroe, le tienen mucho respeto, sin saber realmente qué clase de persona es. Lo que yo necesito, Helen, es que te apartes de todo esto, no quiero ponerte en peligro. Dentro de dos semanas, Jabari y yo vamos a ir a Dubái para acabar con él de una vez por todas. Quiero que te quedes aquí en Italia hasta que todo esto haya acabado

—No quiero que te vayas, Michael, estoy enamorada de ti y no quiero perderte. Vosotros sois solo dos; Crooley tendrá un ejército a su alrededor y os matará seguro —dijo Helen.

—Me gustaría mucho coger las maletas e irnos tú y yo muy lejos y vivir una vida tranquila y feliz, pero tú sabes, al igual que yo, que nos perseguirá noche y día hasta encontrarnos y matarnos, y yo quiero que todo esto se acabe cuanto antes. Necesito hacerlo, Helen.

—¡De acuerdo, Michael! Sé que no te voy a hacer cambiar de opinión; por lo tanto, quiero que te lleves a dos de mis mejores hombres para protegerte.

—¡Gracias! Necesitaré toda la ayuda posible. Tú estarás a salvo aquí, en Florencia. No te tienes que preocupar por nada.

Transcurrieron dos semanas muy largas en las que había noches en las que no podían dormir, noches de repletas preocupaciones por lo que pudiera pasar.

Lunes, 1 de diciembre de 2003, 9.30 am

Dean y Jabari, junto con dos hombres que trabajaban para Helen, aterrizaron en Dubái, territorio muy peligroso para ellos, sabiendo que Crooley tendría muchísimos hombres a sus órdenes y podrían estar en cualquier lugar de la ciudad, vigilando o espiando a cualquiera sin que se dieran cuenta. Dean había reservado con antelación cuatro habitaciones en uno de los hoteles más baratos de Dubái para no llamar mucho la atención e iban vestidos de turistas con cámaras fotográficas alrededor del cuello cuando el recepcionista le dio a cada uno de ellos su llave electrónica para que se instalaran en sus habitaciones respectivas. Habían reservado hasta el día nueve de diciembre, justo el día de la ceremonia empresarial en la que participaba Crooley Mckenzie.

Al día siguiente Helen voló a Suiza en un viaje relámpago, ya que quería solucionar algo que para ella era importantísimo. Hizo el viaje de ida y vuelta el mismo día.

Se estaba acercando el gran día, y Dean y su equipo ya estaban listos después de estudiar a fondo lo que tenían planeado para acabar de una vez por todas con Crooley Mckenzie.

Día clave, martes, 9 de diciembre de 2003, 21:00

Alrededor del hotel más caro de Dubái había una seguridad impresionante. Patrullas de Policía, vigilancia de seguridad, Policía Secreta, etc. Si no se tenía pase VIP, lo mejor era dar vuelta atrás y largarse cuanto antes. Solo dejaron entrar a dos periodistas sin cámaras para presenciar la ceremonia, de cientos de ellos que había fuera del hotel.

La gran sala del hotel donde se iba a celebrar esta magnífica ceremonia estaba preparada para recibir a todos los invitados. Cada mesa tenía dos de las botellas de *champagne* más caras cubiertas en hielo para recibir a los empresarios, la mayoría de ellos con sus familias. La ceremonia iba a empezar a las diez en punto. Los invitados empezaban a llegar con sus limosinas, que iban directas al *parking* subterráneo del hotel para evitar aglomeraciones de gente en la entrada principal. Poco a poco, los invitados iban sentándose a las mesas mientras los camareros les iban sirviendo una copa de *champagne* a cada uno de ellos para darles la bienvenida. Uno de los presentadores más famosos de Estados Unidos fue invitado como presentador de la gala empresarial que estaba a punto de comenzar. Cada empresario tenía su turno para ir al escenario y

dar una charla sobre su empresa.

A Crooley le tocaba el número veinte, y cada charla y presentación en pantalla no podía durar más de quince minutos para cada uno, así que Crooley tenía que esperar un buen rato a que le llegara su turno. Crooley empezó a saborear el *champagne*, que le encantaba. Cinco minutos después, empezó a sentirse mareado y a sufrir fuertes dolores de cabeza. Se fue al baño corriendo y vomitó. Estuvo metido dentro del baño unos cinco minutos. Una vez que se echó agua fría en la cara para despejarse un poco, salió del cuarto de baño y le dijo a su chófer que lo llevara a su domicilio inmediatamente, ya que no se encontraba nada bien. El chófer, más dos de sus guardaespaldas lo acompañaron a la limosina, subieron los cuatro a ella y salieron del *parking* con dirección a su domicilio.

Nada más salir del *parking*, empezó a seguirles una furgoneta negra a cierta distancia. Ellos no se dieron cuenta hasta que se pararon en un semáforo en rojo y se les empotró por detrás. Mientras Dean se quedaba sentado encargado de conducir, se bajaron de la furgoneta tres hombres y rompieron los cristales de la limusina. Los guardaespaldas de Crooley empezaron a disparar pero por el golpe recibido estaban un poco aturdidos y no apuntaron bien, por lo que fallaron. Esa fue la clave para que Jabari y los hombres de Helen dispararan dardos anestésicos a Crooley y a sus hombres. No dispararon a matar. Jabari cogió a Crooley en sus hombros y lo tiró en la parte de atrás de la furgoneta, cerraron la puerta y se dirigieron al aeropuerto, donde les estaba esperando un avión militar de los Estados Unidos de América. Dean Saunders había planeado algo increíble que no muchos esperaban de él.

Al día siguiente sobre las 19:00, Crooley estaba atado de pies y manos, con una cinta en la boca y una venda en los ojos, sentado en una silla. Estaba en un cuarto completamente oscuro y en silencio. Enseguida, empezó a escuchar que alguien caminaba a paso ligero. De repente, se abrió la puerta, se encendió la luz y le quitaron la venda de los ojos.

Al principio, Crooley no distinguía nada y, una vez que se le fue aclarando la vista, no se pudo creer a las personas que tenía enfrente de él. Eran los detectives Lorenzo y Barch, la que seguía siendo su esposa, Helen Mckenzie, Dean Saunders y, para su sorpresa, el teniente Benjamín Thomas.

Crooley no podía dar crédito a lo que estaba viendo. —Benjamín, ¿tú qué coño haces aquí? Nunca me imaginé que tú pudieras traicionarme. No entiendo nada, tú me ayudaste a localizar a Dean Saunders para liquidarlo y ahora os veo a los dos juntos. No entiendo absolutamente nada.

—Como ya te dije una vez, Crooley —respondió Benjamin alzando la voz—, yo no trato con criminales, sois una escoria, una basura para esta sociedad. Lo que yo hago es eliminar a la gente como tú que aterroriza a personas inocentes.

»Yo me puse en contacto con Dean Saunders y le pregunté si él era capaz de conseguir que yo me trajera a Crooley Mckenzie a Estados Unidos, a lo que él me respondió: «Si usted puede negociar con ciertas eminencias de Emiratos Árabes Unidos para que le dejen entrar con un avión militar en su espacio aéreo y permitir que aterrice en el aeropuerto de Dubái, yo me encargaré del resto». ¡Y ya ves! Ahora estás de vuelta en casa, Crooley, como tú querías.

—Y vosotros, ¿qué tenéis que decirme vosotros? —preguntó Crooley a Dean y Helen.

Dean empezó a hablar. —Tienes que darle las gracias a Joe Lang o Mark Williams, como lo quieras llamar, porque gracias a él te hemos encontrado. Es irónico, ¿no te parece? La persona que mandaste para asesinarme fue liquidada y encima nos dio lo que todos deseábamos. Por cierto, ¿te gustó el *champagne*? Uno de mis hombres —dijo refiriéndose a Jabari— se hizo pasar por camarero y te puso algo en la copa mientras te lo estaba sirviendo enfrente de tus narices y no te

diste ni cuenta. Gracias a eso estás aquí con nosotros. Me gustaría matarte con mis propias manos ahora mismo. Por tu culpa, mi mejor amigo está muerto. Solo te voy a decir dos cosas: la primera es que te vas a pudrir en la cárcel el resto de tu vida gracias a que descubrí todos tus secretos guardados en tus archivos, que, por cierto, los tiene en su posesión este señor llamado Lorenzo, y la segunda es que te tengo que dar las gracias porque, si no hubiera sido por ti, nunca habría conocido al amor de mi vida.

—¿Podría hablar con mi esposa a solas un momento?

—Ni hablar —dijo Dean.

—No, no pasa nada, Dean, quiero escuchar lo que tiene que decir —respondió Helen.

—Está bien, pero los detectives se quedan aquí contigo —contestó Dean.

Dean y Benjamín salieron del cuarto y los detectives Lorenzo y Barch se quedaron dentro vigilando a Crooley, que preguntó a su esposa: —¿Te acuerdas de cuando me fui una semana de vacaciones y te dije que a la vuelta tenía que decirte un par de cosas muy importantes?

—Sí, me acuerdo —respondió Helen.

—Pues una de ellas era pedirte el divorcio porque sabía que no eras feliz conmigo; lo supe el día en que me enteré de que tenías una aventura con Steven Bradley, y la otra cosa es que la mitad de mi fortuna la hubieras heredado de todas maneras sin necesidad de robarme como lo has hecho.

—Precisamente tengo los papeles del divorcio aquí y quiero que me los firmes —dijo Helen.

—¡De acuerdo! Dámelos —dijo Crooley.

Helen se quedó sorprendidísima de que aceptara a firmarlos tan rápido.

—¡No! —dijo Lorenzo—, no te acerques a él. Yo le doy los papeles para que los firme. — Lorenzo se acercó a Crooley, le dio los papeles y un bolígrafo, y este los firmó mientras seguía esposado. Helen McKenzie ya era una mujer libre.

Cuando Helen guardó los papeles en su bolso, antes de salir por la puerta, le preguntó a Crooley: —¿Tú mataste a Steven Bradley y a Larry?

Crooley respondió con sangre fría frente de los detectives que estaban registrando la conversación con una grabadora. —Sí, los maté yo a los dos y lo volvería a hacer otra vez.

En ese momento, Helen salió de la habitación, cogió Dean de la mano y se marcharon juntos, mientras los detectives sacaban a Crooley esposado de la habitación unos segundos más tarde.

Benjamín estaba esperándolo fuera y, en cuanto lo vio de nuevo, encendió un puro habano, le echó todo el humo en la cara y le dijo con una sonrisa en la cara: —¡Buena suerte!

Un año después, Dean y Helen Saunders se habían casado, tuvieron la gran fortuna de tener dos preciosos mellizos y se mudaron a California, donde compraron una mansión cerca de Malibú, donde vivirían felices el resto de sus días.

Jabari volvió a África con su familia muchísimo más rico, construyó un chalet enorme con piscina para toda la familia y montó un negocio de guía turístico para la ruta del safari.

Mientras, Crooley McKenzie se pudría en la cárcel para el resto de sus días por dos asesinatos, blanqueo de capitales, extorsión, tráfico de drogas y tráfico de personas.

-FIN-